

Una vez pasado en limpio,
Hasta Carlos Spagnolo, de
Ploze y Jans, y ofrecerse para
Ploze y Jans. Telet. (91) 2150634

Daniel Moyano

el violon y 10 flautas

~~MARIA VIOLEIN~~

Y OTRAS VARIACIONES

Dejar como
ambrosia para
otro libro de cuentos,
esta

quitar los verbos y poner tú, etc
lo mismo los verbos

PIEZAS DE COLECCION

Creo que conozco ya todo el mundo, quedan pocas ciudades relativamente importantes para ver, y puedo asegurar que la visión planetaria que tengo de este conjunto de experiencias, o de lugares para ser más preciso, es bastante desagradable. Yo no viajo por el gusto de viajar, o para ver paisajes como hace todo el mundo. Mi frialdad ante cualquier paisaje es total. Montaña, valle, costa, río, todo es repetitivo. Los paisajes no son ni agradables ni desagradables: se trata de repeticiones, muy precarias por otra parte. Yo viajo para ~~explorar~~ buscar signos que me expliquen el mundo. Colecciono esos signos, esos gestos. Otro de los motivos por los que viajo es para no ser yo también repetición, una montaña que se encuentra hasta en el más impensado país, un paisaje integrante de este montón de tierra y agua y piedras que gira en el espacio. Ningún satélite de los muchos que nos espían desde el aire podrá nunca fotografiarme en un lugar definitivo, fijarme de algún modo. Haciendo lo que hago velo sus fotografías y me burlo de sus informes. Es como si no quisiera pertenecer a este mundo, aparentemente. Por desgracia, soy de aquí; aunque uno pueda dudarle en determinadas circunstancias. Aunque uno, de algún modo, no quiera serlo.

Anoto en un cuaderno todos los signos que me parecen importantes, revelaciones que me podrían conectar con algo. Desgraciadamente, estos signos envejecen, pierden vigencia a medida que uno viaja, así que hay que ir tachándolos y anotando otros que los sustituyen durante algún tiempo. Algo descubierto y anotado ~~en~~ y luego subrayado con ~~una~~ línea doble en Rotterdam, es tachado sin ~~ninguna~~ consideraciones al llegar a ~~la~~ Praga por ejemplo; era un signo falso o ilusorio. No intentaré aquí explicar esos signos. Para poder hacerlo, necesita-

ría previamente la existencia innegable de esos signos, y su posesión total. ^{Mis} ~~yo sólo tengo~~ ^{son} signos provisionarios; ya se sabe que se trata sólo de una búsqueda. Todos los meses hago una revisión completa de mis anotaciones, y tengo que tachar casi todo. Nunca he tenido más de dos o tres signos momentáneamente vigentes. Sólo una vez en muchos años quedé completamente descapitalizado, me quedé peligrosamente sin ningún signo durante cuatro días fatales. Para dar un ejemplo no muy feliz que digamos, el signo basado en la relación techo-cabeza, que durante mucho tiempo me pareció importante, que anoté tantas veces, hoy me haría reír. Uno siempre va perdiendo cosas mientras viaja. Habría que ver con qué se queda uno cuando llegue a la última ciudad del planeta. Los signos que uno busca son algo así como (no sé exactamente lo que quiero decir).

A la mitad de las ciudades conocidas las visité solo; ~~xxxxxx~~ ~~xxxxxx~~ al resto, con Claudina. Creo que nos conocimos en un tren. Ella coleccionaba sombreros, pero no por los sombreros mismos. Estábamos en la misma cosa. Apareció de pronto, ~~xxx~~ flequillo y ~~xxxxxxxx~~ ~~xxxxxx~~ vestidos estrafalarios, el vagón del tren (o el autobús) lleno de sus sombreros. Ella venía de Oslo, me dijo hola, yo de Roma, y ~~xxxx~~ cuando vimos que los dos andábamos ~~en~~ en la misma cosa decidimos asociarnos y seguimos el largo viaje juntos. Ahora estamos terminando de dar la vuelta al mundo. Nuestra sociedad se basa estrictamente en la búsqueda común, cada uno anota sus propias cosas en su propio cuaderno, ya se sabe que la única certeza es la soledad de cada cual. Además, yo incorporé a Claudina como signo. A ella, que los busca.

Los coleccionistas ^{de objetos} siempre me parecieron estúpidos. Montones de basura para nada. ¿Adónde estaban sus significados? Este planeta es

una colección de paisajes, cada montaña y cada río pegado en el álbum como un sello, mirar distraído los sellos un día de lluvia, de puro aburrimiento. Por eso viajo, para olvidarme de la colección de sellos, aunque Claudina explica, dice que viajar es mirar la colección durante un día de lluvia, no ~~may~~ se puede ir a ninguna parte cuando llueve y entonces te pones a mirar la colección de sellos o monedas. Hojear el álbum sin mirar los sellos siquiera, estar mirando distraído la lluvia que cae al otro lado de los vidrios. eso es lo que tú haces desde siempre mi querido. Los coleccionistas/buscamos una clave, un signo. De todos los sombreros existentes saldrá el sombrero imaginario, el verdadero sombrero ¿no te parece? Conociendo bien el sombrero, siendo amigo del sombrero, quizás uno pueda atisbar el núcleo de la cabeza, parte tan importante del conjunto de cosas de este mundo y de nosotros además, decía Claudina mientras llegábamos a la plaza mayor de la primera ciudad que visitamos juntos. En la plaza ella tuvo ese gesto que la convirtió en signo, en Claudina diferenciada. Fue un rictus brevísimo que anuló la mayoría de mis anotaciones. Y ~~XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX~~ ese fue el primer ^{gesto} ~~rictus~~ de mi ~~XXXXXXXX~~ colección. ^{de signos.} A lo mejor algún día los ^{gestos} ~~rictus~~ me permitan ver un poco el núcleo de esta suma de ciudades y de campos que llamamos Tierra, ^{que} podría tener otro nombre mejor. Gracias al ^{gesto} ~~rictus~~ de Claudina descubrí la importancia de ^{gestos} ~~rictus~~ ^{entonces} olvidados: el oso polar, el muñeco de madera y tantos otros que estaban perdidos en ciudades ya olvidadas; ^{los presos,} sin contar/los ciegos y los vendedores ambulantes, verdaderos ^{síntesis} ~~gestos~~ del ~~XXXXXXXX~~ mundo.

^{Lo que} El rictus que fija a Claudina entre toda posible muchedumbre es el movimiento de su cabello en la plaza mayor de cualquier ciudad. A mi me da lo mismo entrar a la ciudad por cualquier parte, no preguntar nada, visitar lo que me salga al encuentro, ya he dicho que

no ~~es~~ paisaje lo que ~~me~~ me interesa, todo lo contrario. Claudina *en cambio* ha comprado el mapa de la ciudad antes de llegar, antes de salir del hotel tiene trazado el recorrido hasta la plaza mayor. No hay ninguna distracción en el trayecto, aunque hubiese camellos saltando entre los rascacielos. Camina sin mirar nada. El centro de la ciudad parece una cuestión tremenda para ella. ~~Y~~ Cuando llegamos echa una mirada distraída; ha llegado a la plaza mayor y no la mira, apenas una ojeada que ya empieza a ser su ^{gesto} ~~respuesta~~, su respuesta, cierta actitud repetitiva de algunos animales, que no pueden evitarla; el perro mover la cola, el saltito de los gorriones. Y es justo cuando Claudina mueve la cabeza hacia un costado desechando la plaza, la mueve de golpe y el cabello salta de su cauce como un agua que se va a aventar; luego vuelve al recipiente, los cabellos se acomodan solos otra vez en el mismo lugar y ella dice entonces la parte verbal de su ^{visión} ~~respuesta~~, de su respuesta: ¿qué te parece si vamos a ~~ver~~ conocer los suburbios? La primera vez que lo hizo tuve que preguntarle por qué buscaba con tanta ansiedad el centro, que ni miraba siquiera, para salir de allí hacia los suburbios. No te voy a pedir desde ^{el} ~~un~~ suburbio que vayamos hacia ~~un~~ el suburbio; únicamente cuando se llega al centro de la ciudad se está en condiciones de visitar los arrabales, sobre todo porque hay un trayecto de por medio, dice Claudina caminando sin mirar nada, sin mirar con los ojos abiertos como cuando hacemos el amor, está sola frente a ella, es el momento en que menos me pertenece Claudina, hasta que se relajá, el suburbio ha llegado por fin, entonces me mira y habla en un tono más humano, casi sonríe cuando me dice como te habrás dado cuenta lo de los sombreros es un juego, yo en realidad colecciono suburbios.

Es que en los suburbios, dice Claudina, está la cáscara de las ciudades, lo que te permitirá verlas como se mira una naranja. Y no me refiero a suburbios simplemente físicos como podrás imaginarte. Las plazas principales y los monumentos históricos no existen, son un invento arquitectónico, dibujo, maqueta solamente. El objeto final de mi búsqueda es poder ver la cáscara de las ciudades. No puedes verla pero si la descubres lo habrás visto todo. Después ^{se} tratará simplemente de pelar la naranja. Habla con la pasión de un fialtélico, yo la escucho con la indiferencia de un empleado de correos harto de estampillas. Pero cuidado, dice, que el subutbio a veces está en la Plaza Mayor.

El problema es que nos quedan pocas ciudades por visitar. Tenemos más tiempo que ciudades, y no sabemos exactamente qué puede pasar cuando se nos acaben., qué haremos entonces con el tiempo que nos sobre. A decir verdad, ninguno de los dos sabe bien qué es lo que buscamos. A lo mejor viajamos no para encontrar caminos y objetos valederos, viajamos solamente para saber qué puede haber más allá de los viajes y de los destierros, y lo de las colecciones sea un puro pretexto para distraerse en los viajes, novela policial barata que se abandona en el asiento sin terminar la lectura.

El oficio de mirar ciudades que siempre se repiten con el mismo esquema, nos ha llevado a fijarnos solamente en ciertas exquisiteces de este mundo en train de se finir según no desdeñables cálculos. También se nos gastan las palabras, por lo que preferimos ^{algunas veces} hablar en cuatro idiomas mezcladamente ~~algunas veces~~, y otras expresarnos en un pequeño idioma inventado por nosotros, compuesto por unos pocos monosílabos que sirven para designar

las pocas cosas de real interés que nos van quedando: ciegos, presos, un par de bichos, suburbio y plaza mayor por supuesto. Los medios de locomoción tienen todos un mismo fonema, aunque se trate de modernísimos aviones o de ^{vehículos de} tracción a sangre, al final todos vienen a ser lo mismo. Ella se llama ki y yo también. Esto nos permite sustituir la palabra amor por kiki, que no está tan usada. Al resto de las cosas del llamado universo, que ya casi no tienen importancia, las seguimos designando, cuando estamos obligados a mencionarlas, con sus nombres convencionales en varias lenguas.

Ya casi en el final de nuestros viajes, de todo lo visto me interesan personalmente los zoológicos, los ciegos y los vendedores ambulantes. No están particularmente ni en los suburbios ni en las plazas mayores, pero se repiten en todas las ciudades. Entre otros, son gestos permanentes de nuestro planetita. Al fin y al cabo este es un planetita que se repite de ciudad en ciudad, de campo en campo, lo de allá y lo de acá todo lo mismo, el ciego de Madrid, el vendedor ambulante de ^{Valparaíso} Chile, el oso de todos los zoológicos, llama peruana en Berlín, urogallo español en Tugucigalpa. Gestos de bichos, gestos del mundo, aunque mundo es una palabra demasiado pretenciosa para esta colección de gestos y suburbios.

Hoy llegamos muy temprano a esta ciudad que todavía no sé cómo se llama, el nombre es lo de menos. Puros rascacielos llenos de oficinistas y banqueros. Ni suburbios, ni zoológicos, ni plaza mayor ni nada. Bloques llenos de oficinas-cárceles. Ni siquiera tiendas. Ni pensar en sombreros, pobre Ki. Hay que salir cuanto

antes de este engendro. Ni a Ki ni a Ki nos gustan los eufemismos. Parece que ni siquiera hubiera gente. Y pensar que veníamos de las tascas madrileñas, hablar y beber, te dicen dónde conseguir los mejores sombreros, ciegos a montones, cacharrereros que pregonan (el tono de los vendedores ambulantes en cualquier lengua del planeta es el mismo ofreciendo sus miserias como la boca abierta del oso glotón para que le echas una golosina). En esta ciudad nada que hablar, nada que comprar, nada que beber. Menos mal que trajimos de Madrid una botella de Torres sin edad que es mucho mejor que el consabido Napoleón. El tren para huir de aquí sale a las tres de la madrugada, no sé a qué tren puede ocurrírsele salir a esa hora. Si nos acostamos habrá tren perdido, mientras tomamos la botella ojeamos mi colección de ^{gestos} ~~muecas~~ ¿te parece?

¿Y esto? El vendedor de muñecos móviles de un arrabal de Buenos Aires, ¿te acordás? Sí, el muñeco de la boca articulada y el vendedor que desde las ocho de la mañana decía mirá cómo come agitando el muñequito, una especie de madera babosa colgando de hilos azules, mirá cómo come a las ocho de la mañana y a las seis de la tarde lo mismo pero con voz ronca, había vendido dos o tres, ya no decía mirá cómo come, decía apenas come come come, no le quedaba voz. Sí, y el muñequito era una mierda, quién le iba a comprar eso, a quién se le ocurre pobre tipo, los porteños desviaban los ojos para no mirarlo. ¿Y no tienes el oso polar de ese Zoo de no sé qué país como el tuyo en Suramérica? Aquí lo tengo. No sé cuántos años puede vivir un oso polar en un país caliente, pero a ese oso, que es de mi país, lo he visto desde mis catorce años balanceándose entre dos ángulos precisos, muriéndose siempre de calor, a los catorce años míos y a los treinticinco años míos, de eso me acuerdo muy

bien, siempre con el mismo balanceo. No sé si se trataba del mismo oso o de osos de recambio cuando los anteriores se morían de calor. El asunto es que en ese Zoo había siempre un oso polar. Tengo un retrato de primera comunión al lado del oso. Me gusta mucho tu colección de ~~vidas~~ o de gestos, ~~que viene a ser lo mismo?~~ Oye, ¿y de qué país es este otro? Bueno, las ciudades no importan finalmente. Son de utilería, para que puedan moverse los actores, que son lo que importa. Se trata de un ciego de Plaza de Castilla, en mi primer viaje a España. Todavía no te había encontrado a vos ¿en un tren? ya ves que antes de conocerte me interesaban los suburbios. El ciego tenía un pregón como de vendedor de naranjas en ^{Asumción del} Paraguay o en Chumbicha, ofrecía los últimos números de la lotería, pero además se balanceaba como el oso polar de la Córdoba de allá, y en general como se balancean los presos en sus celdas en cualquier ciudad del planetita. El oso polar de Sudamé-^rrica y el ciego madrileño son las piezas más importantes de mi colección. Los coleccionistas del futuro si es que los hay ofrecerán millones por ellas. Es muy bonita tu colección, dice Claudina, todo lo conseguiste gracias a mis suburbios, tienes una colección de colecciones. ¿Queda coñac? Un ^{poco} traguito todavía. Hay que hacerlo durar hasta las dos y media por lo menos. A las tres nos vamos de esta ciudad sin nada. No te creas, le digo, mirá que acá todos deben ser presos en cárceles lujosísimas, y esto los conecta, cosa muy importante, con los osos polares y los ciegos, por lo menos en el balanceo. ¿Te has preguntado alguna vez por qué se balancean? Como para no preguntármelo. ¿Para qué ~~eran~~ creés que los colecciono? Se balancean para insertarse en el planetita. Porque están en los arrabales creyendo, los pobres, que eso en lo

que quieren insertarse es algo importantísimo.

-Yo pienso lo mismo- dice Ki.

-Yo también ^{diría} dice el Oso Polar.

-Eso, eso ^{dirio} dice el preso.

-Me quedan tres tiras solamente- ^{dirio} dice el Ciego.

-Mirá cómo come -el Muñequito, pregonando.

-Mejor llamamos un taxi, si no podemos perder el tren-dice Claudina ambiguamente.

-Tren, tren - dice el Oso Polar creyendo que el tren lo llevará hacia el frío, ignorando que los trenes no admiten osos, y mucho menos polares, eso lo sabe cualquiera menos el oso por supuesto.

~~-Tren tiran solamente - dice el Ciego.~~

-Tren, tren - se balancea el Oso.

-Tren, tren - se balancea el Ciego.

-Tren, tren - se balancea el Preso.

-¿Ki? -dice Claudina balanceándose.

-Ki -me balanceo yo, Ki, el insomne.

Y pierdo el tren, me pierdo en Claudina, me hundo en Claudina oyendo el pito del tren que sale.

-Ay, ay - dice el Oso.

-Ay, ay - dice el Preso.

-Ay, ay - dice el Ciego.

Todos quieren entrar en el planetita y sólo quedan algunas pocas ciudades. Ya veremos, les digo.

Y me quedo en Claudina, Plaza Mayor y suburbio a la vez, tan tibia, tan dulce, para poder seguir viajando, para no tener despistes, ~~ya veremos. Claudina,~~ ^{que} en el momento de acabar, emitirá un gemido que nos dejará tan solos como siempre.

→ Claudina, lo vivio* a que puedo aferrarme, Claudina que en el momento de...

Cambiar Yo lo
= Procto
oqui y
el cuento
Voldio.

SOBRE LA MEJOR MANERA DE CONFRATERNIZAR EN EL EXILIO

Pst
M. Violin,
Suprimiendo
la de Pst y
dejando la
del Conservatorio

Estos hombres venidos de lejos no sólo habitaban en ENx@xx chabolas sino que, a la par, se hallaban obligados a sobrevivir, de repente, bajo otras costumbres extrañas, separados de sus mujeres y de sus hijos, pasando meses y meses sin hacer el amor con nadie. Esa E exclusión equivale a un empujón definitivo hacia la muerte del deseo y, cuando el deseo muere, también el cuerpo se siente ya dispuesto para dejarse morir.

is?
Tahar Ben Jelloun

Huslato
Huslato

Las organizaciones helvéticas para la protección de los animales conocieron con estupor una noticia publicada en la capital de Argentina, por el "Buenos Aires Herald", y que llegó a Europa a través de varias agencias internacionales de noticias, en la que se informó que los perros vagabundos, después de ser aprehendidos por las patrullas municipales, de noche, para evitar "el triste espectáculo en la vía pública", son lanzados vivos a trituradoras de basuras.

Varios libros
El Pais, Madrid

Que no es el caso del gatito que vino de contrabando en el barco según un cuento popular de esos que inventa nadie sabe quién, porque él comprendió enseguida que el exilio es un problema de lenguaje y nada más, se trata de ajustar las palabras para que se adecuen (me han dicho que se pronuncia así, no adecúen como decíamos ayer y allá), total la cosa que nombramos es la misma. Este gatito tuvo que salir razonablemente apurado de Buenos Aires cuando el asunto de los perros, no vaya a ser que después se la agarren con los gatos que joder, in lato sensus *hustacetansis* argentino. Enseguida se dio cuenta el gatito que lo de Bernard Shaw sobre la incomunicación entre USA e England era también aplicable a España y *América Latina,* Argentina, o sea que todos nos une menos el idioma. Pero al fin uno se adecúa y aprende que el asunto no es agarrar sino coger, y que no es coger sino joder, pero como se trata de la misma cosa, al final resulta que coger y joder son

sinónimos, y que eso es lindo, es decir, bonito, aunque bonito por otra parte sea el nombre de un pescado. Resulta entonces que el gatito empezó a perder su identidad por adecuarse a las palabras entre otras cosas, como los biólogos y filósofos sudamericanos que se adecuan a sus tenderetes en las ramblas de Barcelona vendiendo baratijas. O en las estaciones del metro de Madrid tocando la flauta los psiquiatras, o los que se pasan todo el año ~~limando~~ lijando maдерitas juguetitos para vender cerca del Corte Inglés rajá hermano que viene la cana, quita que te coge el gris, que el alcalde socialista de Madrid ha prohibido la venta callejera, lamentable espectáculo, que los latinoamericanos se adecuen como puedan, que es como decir que se jodan entonces, perritos callejeros los sudamericanos sin plata y sin fe, chileno huevón uruguayo boludo argentino pelotudo, y en la volteada caen también los españolitos parados, o sea desocupados, o sea sin trabajo, lamentable espectáculo los sudamericanos vendiendo cosas por las calles dice el alcalde, que es de los nuestros, para poder vender en las calles hay que echar una instancia o sea presentar una solicitud para obtener la licencia o sea el permiso para vender, para lo cual primero hay que volver al país de origen y conseguir el visado correspondiente para poder estar en España, tai loco negro ¿y si me cogen?, lamentable espectáculo, hay demasiado perro en este mundo, menos mal que yo soy gato, pensaba tumultuosamente el gatito exiliado mientras perdía su identidad caminando por Atocha, y no sabiendo o no teniendo adónde mierda ir, que no entendía nada, que no podía hacerse entender, si pedía salame le daban cualquier cosa con pimentón, si pedía salchichón le daban salame me cago en la leche, vamos a ver, a qué llama usted salami o salame, inútil explicarlo, como/^a~~limando~~ Juan Carlos Onetti, cuando le preguntan qué significa "la mina rajó del bulín" y dice Onetti "la percanta piantó del co-

torro, qué querés que te diga", y la mina tan en ayunas como antes, el único español que nos comprende bien es Rafael ~~Alberti~~ Alberti que sigue vivo pese a Borges y además tiene novia, que los otros días dijo "esa son boludeces", Alberti nos comprende porque hizo un curso de 24 años en Argentina becado por don Paco. El caso es que el gatito, después de merenda un buen trozo de solomillo expropiado en una carnicería o carnicería de Lavapies, fue a pedir una beca al Centro Iberoamericano de Cooperación y no le hicieron ni puto caso por ser gato, y además esas becas deben solicitarse desde Iberoamérica, previo visado del director técnico de turno, y en ese caso hay que adcuarse, etcétera, hay que ser algo así como primo o sobrino de Pinochet. ¡coger!. pensó el gatito equivocándose de verbo.

Caminaba adecuándose un sábado a la tarde por las tristes aceras del exilio, al socaire del tierno canto de las aves que ya se guarecían en sus χ nidos como el rabadán en su cabaña, sin tener un carajo que hacer, caminaba por las calles de Lavapies. Con paso azorinesco. Husmeando en los figones. El gatitito. Pensando en otra noche de sábado solo, sin gatita, pero que afortunadamente no era perro. Que no era biólogo ni filósofo ni perro. Sólo un gatito lleno de vida a pesar de, y de erecciones, con Miller de moda en Madrid, con George Bataille de ultimísima moda en Madrid, edificios antiguos con tejados pensados para el lujo de los cuerpos de los gatos, pequeños paraísos artificiales en cada recoveco, lujo, calma y voluptuosidad, cuando en eso apareció ella la gatita, enésima χ potencia de hembra la gatita, apenas cubierta por un finísimo pelaje tornasol, cuatro tetitas al aire y otras ocultándose, unos pezones divinos, solos los dos en esta desdichada pero a veces venturosa comunidad hispanparlante ma non troppo.

Partido nocturno, campo sin público ni árbitro, los jugadores se

miran estudiándose, es un encuentro importante, internacional, en los primeros minutos el juego es en el centro, con un leve dominio territorial de la gatita, ella está muy firme en la defensa, con algunos fallos que el gatito aprovecha para disparar a bocajarro, pero ella actúa muy bien bajo los palos.

Claro, hay que decir algo, al final tenemos una lengua común, no estamos en Amsterdam Jodenbieenstaat ni en Warzawa ul. Soemloewocza ul. Grzybowska, después de todo el idioma nos une y entonces es una maravilla poder decir ¿cómo estás gatita? supongo que acá también se llaman gatas, y ella: pues estoy de pie. Claro, ya lo sabía ^{dice} el gato, y ^{salieron} caminando por ahí, ella tan segura jugando en cancha propia, él vacilante y sintiéndose medio pelotudo, quizás no deba decirse cómo estás, quizás haya que decir qué haces, qué dices o qué hay, y bueno, soy argentino, piensa el gatito acongojado recordando a Fernández Moreno (César), y le dice ¿sabés? es que soy argentino, y ella: hombre, se nota. Siente que va perdiendo dos a ^{la portería} cero, gravísimo error, ha cometido una falta directa sobre ~~el arco~~ el arco local penal penalty, recoge tristemente el balón la pelota la bola del fondo de la red, de nada le vale ser campeón del mundo, pero se consuela pensando que sólo es un problema de palabras, y entonces se anima, ¿me dejás que camine un rato a tu lado, gatita de la madre patria? y ella mete el tercer gol de la tarde cuando le ~~le~~ dice ¿por qué me pides lo que ya estamos haciendo? ¿eres un bobo tú? mientras permite que él la roce con su cuerpo al doblar en una esquina. Hay una rápida mirada de entendimiento, una corrida hasta el árbol más próximo, un a ver quién llega primero a la parte más alta del árbol, él lo consigue y ya estamos tres a uno y todavía

falta el segundo tiempo, cariñitos en las ramas tres a dos, cuando bajan y ~~XXXXXXXXXX~~ corretean por las calles ya son casi novios los gatitos, por ahí empieza la verdadera solidaridad. ¿Qué te parece si caminamos por la vereda?, dice el gatito buscando un terreno más seguro, y ella que corrige diciendo no seas bobo gatito argentino, no se dice vereda, se dice acera, y esto no lo cuento como gol. Caramba, dice el gato, tenés razón, pero pensándolo bien, me parece que sería mejor caminar por los techos, estaremos más solos, y la gatita que corrige no se dice techo, di tejado que es lo suyo, y él sumisamente se corrige y pide disculpas a la gatita, hasta que ella, cansada de caminar por aceras y tejados, le cuenta que tiene hambre, me apetece un solomillo, imposible dice él, las carnicerías o como se llamen están cerradas. Ella piensa ^{un} momento, se detiene para pensar, y entonces le dice al gatito argentino, le dice ¿qué te parece si cogemos un ratón? Propuesta maravillosa, el gatito ve que la pelota el balón viene del corner, está solo frente a la portería el arco, puede ser el gol del empate, para la pelota el esférico con el pecho y tira violentamente diciéndole por fin ~~te~~ pesqué, no se dice ratón, es un tiro alto, la pelota el balón ~~XXXXXXXXXX~~ sube gradualmente, el portero arquero ^{la gatita} se lanza al aire pero a destiempo diciendo: ¿que no se dice ratón? ¿cómo se dice entonces?, y la pelota entra por el ángulo izquierdo, el arquero la gatita de rabia de gusto golpea la hierba mientras el gatito dice rato, se dice rato, ¿enten-

dés gatita? Está bien, dice ella, qué te parece entonces si cogemos un rato, y se adécua, y él bueno, ya que insistís, y también se adécua, y los dos tan felices en el tejado en el techo, en la acera, en la vereda, ya no importa dónde, ~~la pelota el esférico ha llegado al fondo de la red.~~ *¡ qué golazo, manita.*

Exclamaciones: hoy que se baidos como
quien no sabe, como ~~quien~~ bajando

ARGENTINA, CALL AGAIN

El océano y otras circunstancias parecidas me impiden, desde hace tiempo, ver a Juanjo y a Galita. Espero sus cartas como a personas muy queridas que bajan de un barco y, a pesar de que las recibo regularmente, parece que no escribieran nunca, durante el viaje las cartas pierden la memoria, bajan del barco y tanto esperar para qué, ya han bajado todos y aquí no hay ninguna tía Francisca dice el capitán, el barco está lleno de turcos por ejemplo. Te cuentan muchas cosas en las cartas, pero nada significativo que modifique la ausencia, o que por lo menos la explique, salvo el párrafo final que suele agregar Osvaldo. Pero la letra de Osvaldo es ilegible, receta de médico decíamos entonces, casi una línea sola que apenas se ondula sin llegar a ser signo. Al cruzar el mar, las letras de Osvaldo se borran con el agua y nunca puedo enterarme de las cosas más importantes que sólo Osvaldo puede ver. Además, Osvaldo no sabe escribir, nunca podrá ~~exhibir~~ saberlo (circunstancias parecidas al océano), hace sus trazos sobre el papel muy a pesar suyo y sólo porque tiene algo muy importante que decir y lo intenta a su modo. Si uno estuviera de acuerdo con el mundo tal como es no intentaría descifrar los signos de Osvaldo y se conformaría con las tautologías de Juanjo y de Galita: llueve, los ciruelos están en flor, la gata tuvo tres gatitos preciosos. Pero es casi vital para mí poder estar con ellos de nuevo, para evitar la certificación definitiva de la pérdida. Lo sabía cuando dejé el país. Inútil lo que decían ellos, hoy las distancias son más cortas y los años pasan pronto, todo mentira, los años no pasan nunca, esto lo sabe cualquiera que desee algo o alguien, y la distancia, ya se sabe, deforma las percepciones: la carta que uno lee ya no existe en la memoria del que la escribió, ese turco, el último que baja por la escalera, era la tía Francisca, por ejemplo.

Nada que hacer con las cartas, son formas de la pérdida, y entonces probamos con el teléfono, señales ~~crisis~~ cristalinas del satélite, discamos

tercer mundo, call again dice el satélite y nos deja plantados, todo lo real como las cartas o el teléfono está siempre lleno de postergaciones. Por fin el satélite no dice nada y nos da paso hacia el otro lado del mar, ya estamos allá de algún modo aunque la pérdida subsista, pero no me negarás que la voz aproxima bastante, es una maravilla oír sus voces, lo que pasa es que vos querés lo imposible, Sí, es la voz de Galita. Y de Juanjo. ¿Y qué con eso? Nada que decir. Sí, estamos bien, ¿hace frío allá? No, hace calor. No te olvidés que. Tenés razón, me olvidaba. Y largo silencio, el clic de otra moneda de diez duros, bueno, ya nos/ escribiremos. Cuando dicen última carta no me entero de nada, es una carta que todavía está cruzando el mar o anda dando vueltas por oficinas de correos, ya la recibirás y entenderás lo que te digo ahora, mirá, ya no me quedan duros, voy a tener que cortar, no sé quién es Eusebio, te lo explicaba en la última carta, ¿no anda Osvaldo por ahí?, no, está durmiendo el pobre, aquí son las cuatro de la mañana, pero, y se corta, no hay un duro por ninguna parte, el satélite se los ha tragado todos, debe tener el estómago lleno de monedas/ la alcancía, quiero decir la hucha que sólo sabe decir call again y tragar duros a lo avestruz. Entonces me entra la superstición, y otra vez probaré echando los duros con la cara siempre para el mismo lado, el reverso siempre hacia mí, a ver si así aparece Osvaldo y por ahí dice algo, algo que no sea información sobre las lluvias caídas y el casamiento de Laura (¿quién era Laura?), ayer podamos otra vez la parra de tu casa, yo no entiendo nada, no sé qué dicen los turcos que bajan del barco.

Qué querés que te diga, hay que buscar por otro lado, por eso cuento hormigas para dormirme. Por más que se le pongan obstáculos a la hormiguita del jardín, ella siempre encuentra la manera de llegar a la boca del hormiguero. Antenas contra piedra, contra palos, contra montones de tierra, ella hace sus rodeos y llega. Incluso si uno tapa la boca del hormiguero, la hormiguita entrará lo mismo, no sé cómo, quizás por el jardín de enfrente en Santa Bárbara, el asunto es llegar, desear llegar. Ahora el hormiguero se traga los duros para/ decirme que allá llovió bastante, y que Eusebio está por termi-

nar el bachillerato, siempre tan estudioso, mientras Juanjo y Galita no aparecen, comienzan a ser esa cosa espantosa llamada recuerdo, no sé con quién estoy hablando, es alguien de la casa sin embargo, soy yo, me dice, me habla de Eusebio y no sé quién es Eusebio, no sabe nada de Osvaldo por supuesto, ¿de qué me sirve saber que ha llovido mucho este año?, la tía Catalina tiene cataratas, fijate vos, y a mí qué mierda me importa.

Pero hay que insistir. En el jardín de Santa Bárbara uno puede meterse como una moneda de cinco duros por la boca del hormiguero. En el primer tramo hay tibiezas de sábanas, uno se adormece, lo importante entonces es mantener la otra cara del duro para el mismo lado, para el lado de Osvaldo, para poder perderse como corresponde y olvidarse de las circunstancias que impiden el acercamiento a Juanjo y a Galita, las lluvias caídas, las falacias del satélite. Uno va cayendo con la otra cara de la moneda para el lado del sueño y llega a la ciudad de ellos sin saber exactamente adónde queda la casa, ya la hemos olvidado. La práctica cotidiana del descenso te permite saber, luego, que la casa está al otro lado de la plaza, pero el asunto ahora es llegar, estas calles no son fácilmente transitables, pueden cambiar su trazado en cualquier momento, clic, otra moneda de cinco duros, afortunadamente hay varias en el bolsillo, uno puede caminar otro tramo, ya está en la casa, pero en eso las luces se apagan, ellos se han ido y la casa también, ya no está en su lugar, uno llama y no responden, es otra casa, otra vez será, otra vez Madrid entonces, la plaza de Santa Bárbara, las cartas envejecidas que uno lee mientras sube las escaleras/ de la bohardilla de la calle Hortaleza, casi enfrente de la plaza de Santa Bárbara donde hay una cerveza negra muy buena, y cuando vas por el segundo piso ya se oye la flauta del vecino (o su canario, nunca se sabe), del vecino que sopla todo el día, me interesa la música sudamericana dice siempre, dime cómo se llama ese instrumento con varios tubos en forma de triángulo, creo que se llama siku o sikur o algo así, no entiendo mucho de esas cosas, la música pentatónica, claro, sí, es muy interesante, dejemos lo del charango para otro día, creo que ya te expliqué cómo era, el quirquincho, eso es,

ahora no puedo, tengo que leer unas cartas ¿sabés?, Madrid otra vez, la vecina de la ventana del frente sale a colgar ropa en el alambre, se le cae un broche, coño, el broche abajo entre papeles y cáscaras de sandías o algo así, sandías del verano pasado, ella me pregunta otra vez si le escribo a la novia que dejé en Venezuela (cree que soy de allá), avanza el alambre sobre las roldanitas, la ropa lavada viene hacia mi ventana, son pañuelos blancos, el pañuelito blanco bordado con mi pelo, no, le digo, estoy escribiéndole una carta a una hormiguita que vive allí en la plaza de Santa Bárbara, eres un cachondo me dice, vos no entendés nada de hormigas le digo, ella cierra la ventana, los pañuelitos tiemblan en el frío, mientras escribo echo una ojeada a la última carta de Galita, párrafo final de Osvaldo incluido, parece una fórmula química, fórmula con ácido fórmico, tres grageas por día antes de las comidas, firma de Osvaldo probablemente, o sea garabato, mientras de la picita del vecino llega el sonido de la flauta, esta vez no es el canario.

Dentro del hormiguero los sucesos tienen su propio tiempo. Cuando aquí son las seis, allá también pueden ser las seis, pero de otro día. Poner el duro con la cara para el lado que corresponde no es suficiente. Hay que llegar durante el suceso, nunca antes, nunca después. Las pocas veces que logré llegar a la casa (casi siempre la casa se acababa mientras yo iba por la ciudad), el suceso no había comenzado (Juan/^{yo}y Galita estaban por llegar), o ya se había acabado (Juanjo y Galita acababan de marcharse). ¿Y Osvaldo? Bueno, creo que Osvaldo vive en otro suceso, aunque puede coincidir, todo depende de.

Anoche me di cuenta de que cortando por la calle de la Estación podía llegar más pronto a la casa. Lo hice por necesidad: anoche yo era un duro solamente, no tenía más monedas en el bolsillo. Y tuve la suerte de que el suceso casa comenzaba en ese mismo momento, apareció en su lugar justo cuando yo llegaba, así que ahora no había peligro de que la casa desapareciera cuando yo tocara el timbre, como pasó tantas veces. Había luz adentro, por fin podría encontrarme con lo que buscaba. Seguro que los otros sucesos iban por la mitad, por lo menos, y me quedaría tiempo para entrar en la casa y esperar-

los en el caso de que no estuvieran, de que hubiesen ido a un casamiento, una fiesta cualquiera, como tantas veces.

Contra toda expectativa, fue Eusebio quien me abrió la puerta, pese a que a esas horas tendría que estar terminando su bachillerato. Si, existía, lo conocía, sólo me había olvidado de él. Su presencia me devolvía una parte de lo que yo buscaba, en cierto modo él hacía vacilar la pérdida. Peño me devolvían otro ejemplar del libro, de la misma tizada y características gráficas, pero ~~mi~~ no el ejemplar que perdí, faltaban mis anotaciones marginales y la dedicatoria. Eso era Eusebio para mí, aunque existiese, aunque hubiese existido siempre. Como ahí no hay tiempo que perder, todo es tan frágil, de entrada le dije que no perdiéramos el tiempo en inútiles reencuentros, que evitáramos las palabras que se usan en esas ocasiones, los abrazos, pero cómo has venido, etc.. Una rápida ojeada al interior de la casa me permitió saber en el acto que Juanjo y Galita (y Osvaldo por supuesto) no estaban en ese momento, y este era el suceso. Se lo pregunté para estar más seguro, nerviosamente, pensando que el tiempo de comunicación comprado con un duro es muy breve, el duro podía caer, clic, y después nada, lo siempre real, el sonido de la flauta, los escalones de madera hasta la bohardilla. No hubo clic gracias a Dios, el suceso iba por la mitad, quizás todavía hubiese tiempo y el suceso pudiese ser modificado mediante una imprevista aparición de Osvaldo, por ejemplo. Concretamente, le pregunté a Eusebio si podía esperar, ~~siquiera~~ si había alguna probabilidad de que ellos llegaran en los próximos segundos. Eusebio contestaba pero no yo entendía sus palabras, salvo los nexos (pero, y, entonces, aunque) la voz era una flauta que sonaba dentro de un baúl. No había significados. Hablaba como escribía Osvaldo, con palabras pasadas por el mar. Los rasgos apenas corvos que deforman las palabras escritas de Osvaldo eran ahora rumores acuosos, vagidos que se perdían en el aire en el mismo momento de ser emitidos, que volvían a su boca como si no encontraran cauce. Menos mal que él comprendía lo que yo le decía, y le pedí que llamara urgentemente a alguna persona que pudiese dialogar conmigo. Se subió a un cajón que estaba contra la tapia y llamó a la casa vecina con uno de

sus vagidos y enseguida apareció una mujer entrevista. Me saludó como si me conociera. No has cambiado nada, qué alegría verte, y se reía, no paraba de reír atenta más a la alegría que le producía el encuentro que a mis urgentes necesidades. Reía sin escucharme, me preguntaba lo más obvio, quería hacer durar más de lo debido el estricto tiempo del encuentro, sin decidirse a avanzar en el tiempo, impidiendo a todas luces que yo pudiera aproximarme a Juanjo y a Galita. ¿Te acordás de mí? Soy Laura. No me acordaba pero le mentí. Por supuesto, cómo no me voy a acordar de vos.

-Laura -dije decididamente en un momento en que parecía que iba a dejar de reír y preguntar tonterías -, yo necesito saber si Juanjo y Galita vendrán ahora. Supongo que esto es un sueño o algo así, y estas cosas, bien se sabe, acaban en cualquier momento, uno se despierta y todo desaparece. ¿Podré verlos sí o no?

-Creo que no, no has llegado en el momento oportuno.

-Aquí pasa siempre lo mismo -protesté-. Siempre la misma reiteración, como allá afuera.

-Estas cosas son así, vos lo sabés mejor que yo -decía Laura muy seria pero riendo de algún modo, reír era su suceso personal, como el mío esperar inútilmente la llegada de los otros-. Lo que pasa es que has llegado al final de este sueño (o lo que sea). Tal vez en otro, quién te dice. Osvaldo lo explicaría mejor, él entiende de estas cosas, pero no puede, y además no está, no está casi nunca. Mirá, Juanjo y Galita están ahí mismo, casi están entrando por esa puerta, pero has llegado tarde, como siempre. Esto también nos preocupa a nosotros, no es un problema tuyo solamente.

-Esta es la primera vez que logro entrar en la casa -dije muy contrariado-, y esto es muy desagradable para mí. Me he pasado años llegando solamente hasta la ciudad, sin poder ver la casa, y ahora esto. Es increíble.

Contestó con ~~una~~ una de sus risitas, que era además la advertencia de que el duro se acababa. Estiré un oído inútil para tratar de oír la voz de Eusebio aunque no entendiésemos sus palabras, pero el turno de él ya había pasado, el de Laura también, desaparecía y no había memoria de ella ni de

sus risitas, y ahí mismo también mi turno, clic, ochenta y tres escalones que hay que subir otra vez, pero fue un desenso provechoso a pesar de todo, ya se oye la flauta , algún día los veré, el tiempo es largo.

Hasta ahora los sueños han sido preparados para que no pueda verlos, de eso no hay ninguna duda. Exactamente como en la realidad. En la otra cara del duro, el sueño se parece a una fotocopia del original, de esas fotocopias baratas que hacen en la Plaza Mayor, dos pesetas, que se ponen amarillas con el tiempo hasta desaparecer. O sea que por las vías del sueño (o de lo que fuese) no hay manera de evitar la pérdida. Habrá que dar un salto, algo puede haber en medio de las dos caras idénticas, acaso el elemento Osvaldo, lo que pasa es que me equivoqué de suceso, acaso Osvaldo esté en otro. Entonces saco la cabeza del hormiguero, ninguna carta en el buzón, son ochenta y tres escalones y a la altura del cuarenta empieza a sonar la flauta o el canario, abro la puerta de la bohardilla, tengo que comprar una estufa sin falta, mañana mismo compraré la estufa, hay ropa tendida en el alambre rozando el vidrio de mi ventana, la vecina se asoma y corre la cuerda para recogerla, no recuerdo su nombre, aquí todas son María con cualquier otro nombre al lado, es un nombre de almanaque, la ropa vuelve hacia su ventana, pañuelitos blancos bordados con mi pelo dice el tango de Filiberto, ella me pregunta si terminé la carta, sí le digo, ahora mismo bajo a ponerla en el buzón, suena la quena o el canario, zumbido de la flauta igual al del satélite, call again dice la flauta o el canario, del barco siguen bajando turcos como locos.

Daniel Moyano
Ronda de Segovia, 2
Madrid 5 - España
Telef. 266 99 95

Daniel Moyano

MARIA VIOLIN

OJO: si lo manda tambien a los 2 concursos de novela breve, hacerlo con 2 titulos diferentes.

Orden de los relatos

- x * María Violín x (cambiándole el título)
- * En la atmósfera x 45
Esqueletos de caracoles blancos
- * Carta al carcelero x 15
- * La alegría del cazador
- * Quelonios
- * Tiermusik
- * Tía Lila
- * Golondrinas
- x * La bandita del paraíso x (con este título) 36
- * Al otro lado del mar x 26

para León:

~~At~~
Caracoles blancos
En la atmósfera
La bandita
al otro lado del mar } buscalo en buen título

Título para el concurso de León }

Crónicas del destierro e:
~~estas crónicas de destierro~~

Los sucesos
Pasó después
en el ICE para
que me pase a
12 1º quincena de octubre

Escribir a Ugre que suale
la versión anterior de este libro

GOLONDRINAS

(Retocar bastante)
A Osvaldo Gómez

Al final ¿qué me traje para aquí? Prácticamente nada: una mujer de papel, un re bemol y unas pocas cosas más. Acaso un gallo que canta antes de tiempo. Por más que le doy vueltas a la cosa, eso es lo único que queda. A lo demás se lo está llevando el viento. Allá, el viejo apilaba ladrillos, hormigueaba todo el día alrededor de cosas que iba amontonando y que finalmente eran una casa, ~~y uno podía mirarla, estaba allí con sus puertas y ventanas.~~ A las personas vivas uno también puede verlas durante una respetable cantidad de tiempo, o escribirles si están lejos, en alguna parte están respirando. El viejo y la mujer de papel son más difíciles, no los puedo ver, solamente tengo las palabras. A las palabras también se las lleva el viento. Generalmente el viento se lleva un montón de cosas. Puede llevarse tanto una palabra como una persona. Para él todo es lo mismo, para él casi no hay pesos ni sustancias. Claro, las palabras tienen algunas ventajas: casi no existen. Es difícil esconder una casa o una persona viva para que no se las lleve el viento: tienen demasiado volumen, ^{el viento las ve.} Las palabras, en cambio, pueden esconderse, caben en cualquier parte, ^{y de fácil} ~~y en algunas ocasiones sirven para reconstruir la casa o las personas que se perdieron, incluso~~

→ Los cosas reales, en cambio, tienden a desaparecer. Por más que le doy vueltas al ~~re caso~~, de todo aquello sólo me quedan papales y soci-dos. A lo demás, ^{resuento,} es como si se ~~llevasen~~ ^{hubiera llevado} el viento.
Incluidos seres vivientes de existencia verdadera,

el viento que se las llevó.

Por eso ^{mismo} Urgentemente hay que reconstruir al viejo, sobre todo porque existió, tuvo existencia real en aquella piecita de tres por tres donde yo mismo viví con él durante una respetable cantidad de tiempo. Las camas contra la pared, una silla de paja, el calentador Primus en el suelo ^{la mesa era para la música} (~~creo que no había mesa~~), la guitarra, y afuera el patio de tierra con la morera y la puerta de calle que pertenecía a la lluvia, siempre mojada y pudriéndose, absurdo tener una puerta de madera a la intemperie. En las otras piezas hay tucumanos recién venidos a Córdoba, trabajan todos en el ferrocarril de seis a dos todo corrido, se levantan antes que nosotros. Los que no tienen calentador hacer hervir el agua para el mate en el braserito que arde afuera, son tres o cuatro braseritos negros con llamas casi coloradas en medio del patio cuando no llueve, y si llueve los braseritos están contra la pared al lado de cada puerta tiznando las paredes, es una vergüenza cómo me están dejando la casa estos tucumanos decía el encargado cuando iba a cobrar el alquiler de las piecitas.

Nosotros, con el Primus, no teníamos problemas. Creo que fue el mejor calentador a querosén de la Argentina. Es cierto que había otras marcas. Pero como el Primus ninguno, ^{este s es un} decía el viejo haciendo pasar el querosén por una media de mujer antes de ponerlo en el calentador, allí quedaban las basuritas, por eso nuestro Primus no se tapaba nunca. Había que cuidar la media, eran caras las de nylon y en la piecita no había una mujer que nos dejara las medias viejas para limpiar el quero-

Una sola vez en cursivos, luego ya no las

(1) por ser real, como es más fácil que un sud-

por una tapia

sén. La mujer que había era de papel, estaba en la partitura, en el re bemol que tanto le gustaba a mi viejo. La única cosa femenina que había en la piecita era esa media vieja que un día trajo el viento, volando. Tampoco tenían mujeres los tucumanos. Las habían dejado en su provincia, traerían a sus familias cuando ganaran unos pesos, eso decían tomando vino en el patio los fines de semana antes de ponerse tristes con el alcohol y pelearse a cabezazos, discutiendo si los ferrocarriles debían ser de los ingleses o de nosotros. El Primus tenía sus tres patas soldadas sobre el bronce reluciente. Un poquito de alcohol de quemar calentaba el serpentín, y las patas chirriaban contra las baldosas del piso cuando el viejo le daba bomba y enseguida aparecía la llama azul del Primus que empezaba a zumbar, entre sueños yo lo oía zumbar como el viento en la puerta de calle, entre sueños el viejo se lavaba la cara en la palangana, entre sueños el ruido de las chupadas que le daba al mate, se los tomaba de una sola chupada, no sé cómo no se quemaba con el agua ^{tan caliente} ~~casi hirviendo~~, me daba uno a mí, levántate que ya salieron los tucumanos o sea que son más de las seis todo entre sueños, y salíamos para la obra, yo le alcanzaba la argamasa, él levantaba las paredes balanceándose sobre el andamio.

Era muy real dándole bomba al Primus en la mañana, pero me costaba mucho acostumbrarme a que él fuera mi viejo. Lo había visto durante un tiempo considerable, pero yo era muy chico entonces, ^{y entonces era} ~~lo había visto~~ como entre sueños. Y justo

cuando casi me había olvidado de él, una carta que llega. «Si querés venite conmigo a la ciudad, ahora tengo un trabajo más o menos fijo, te voy a enseñar música, ya vas a ver qué linda ^{7/} ~~es la música.~~» Los viejos postizos que yo tenía en el pueblo se alegraron, me dieron la plata para el ómnibus, como tres horas hasta la ciudad y llego con mi valijita y golpeo la puerta de la pieza y resulta que no está, sale un tucumano de no sé qué pieza y me dice ya tendría que estar aquí, en todo caso buscalo en el boliche de don Elías, queda en la otra esquina, y entro en el boliche donde hay un montón de tipos chupando apoyados en el mostrador, a ver cuál puede ser mi viejo. Hay cinco o seis que podrían. Cualquiera, pienso, todos se parecen. Hay olor a cal y a masilla en el boliche. Hay uno que me mira como pensando, tiene los ojos juguetones de vino, de pronto me mira fuerte, no puedo sostenerle la mirada. Trato de reconstruir alguna cosa que me quedara de él, pero nada. Debe ser alguien que tenga una cara parecida a la mía, pero vieja, con muchas arrugas y el pelo blanco, eso estoy pensando cuando el bolichero me hace una seña que no entiendo, y como no entiendo me dice picátelas pibe, las ordenanzas son muy serias, vos no podés estar aquí. Entonces uno de los tucumanos que me ve parado al lado de la puerta de mi viejo y ya es de noche y se están poniendo medio frío me dice vení chango, si querés tomar una sopa con nosotros, y yo bueno, Son tres los tucumanos de esta pieza (en las otras hay más), tienen un espejo grande y dos loros por lo menos. No

están en jaulas, cuelgan de unos soportes de alambre. He visto estas caras y estos loros en los trenes que bajan de Bolivia y pasan por mi pueblo, es gente que va a buscar trabajo a Córdoba o Buenos Aires, en los loros llevan su buena suerte. Son muy habladores, dicen los tucumanos señalando a los bichos con sus cucharas. Todos los que tienen loros dicen eso pero es mentira. En mi vida he visto un loro que diga más de dos o tres palabras, y siempre las mismas, la papa para el loro o algo así. Los tucumanos hablan de cosas de su provincia, yo tomo la sopa sin comprender nada, miro la olla tiznada en medio de la mesa, los ojos de los loros, que no son ojos de pájaros, y afuera el brasero donde chilla el agua para el mate. Después los tucumanos toman mate jugando al truco y de pronto uno de ellos me dice ahora que has venido a lo mejor tu padre no va a chupar más, le vas a dar una gran alegría, hace rato que quería llamarte pero no encontraba trabajo fijo. Y en eso el ruido de la puerta de calle siempre hinchada, la puerta que nunca cabía en el marco, y mi viejo que llega y se asoma a la pieza de los tucumanos con los ojos chispeados, va a ser difícil acostumbrarme.

No, nunca vi un alhelfí. Es la primera vez que oigo la palabra. O a lo mejor lo he visto sin saber que era un alhelfí. ¿Así que nunca viste un alhelfí?, dice mi viejo riéndose. No, nunca, palabra que nunca. Mirá, hay alhelfies en cualquier parte. Los he visto hasta en los cercos. Todos los jardines tienen alhelfies. No, nunca. Bueno, a lo mejor allá en el pue-

blo no hay, pero es una flor que está en todas partes. Como no vas a conocer el alhelí. He visto alhelíes en el norte y en el sur, conozco el país como la palma de mi mano, y es cierto lo que dice ese tango, la humildad del alhelí. ¿Pero nunca oíste la palabra por lo menos? A lo mejor conozco la flor, sin el nombre, claro.

Difícil acostumbrarme al viejo, a sus cosas siempre nuevas, a la música aprendida nota por nota, hay que solfear moviendo una mano acompasada. No se parece en nada a lo que me imaginaba. Además, nunca me había imaginado nada de él. Sabía que andaba por ahí, eso era todo. Y siempre hablando de cosas que no me pertenecen o que nunca he visto. Apenas he aprendido las notas, y ya viene trayendo la partitura de Flor de alhelí, estudialo despacio, ya vas a ver qué lindo tango. Las notas, la guitarra y mi viejo, todo tan nuevo para mí, todo tan alhelí. Te vi entrar en el boliche ese día pero no me animé, a lo mejor me equivocaba, la última vez que te vi todavía te hacías pis en la cama y ahora sos casi un hombre; y además ese día yo estaba un poco chispeado, por eso me demoré, esperé hasta que se me pasó un poco, y no me tratés de usted, no seas boludo. Yo esperaba otra cosa, la verdad, por eso ahora resulta tan difícil la reconstrucción, ladrillo por ladrillo para ver al viejo, nota por nota para ver a la muchacha de Flor de alhelí que va por la pradera del tango entre ^{flores} ~~florcitas~~ mañaneras con la humildad del alhelí te vi pasar dice la letra, camino de la iglesia del lugar con un tul cubriendo el pelo y un librito de rezar, primavera

en el tango, en las notas, pero en la piecita un frío bárbaro ^{por el viento de} en pleno agosto, el viejo en el andamio y yo en la piecita dale que te pone con las notas, cuidado con los re bemol, son las campanas de la iglesia del lugar adonde va ella a saltitos por la pradera con un tul cubriendo el pelo, debe llevar medias porque el aire de la mañana es medio fresco, para detener las basuritas del querosén y que no se tape el Primus, las patas del calentador chirriando contra las baldosas, el viejo silbando me da el primer mate, quedate hoy, aprendé bien el tango, este fin de semana lo podrás tocar, no sabés cómo me ilusiona eso, sigue silbando cuchara en mano en el andamio, yo en la piecita con las notas, de las notas va surgiendo ella, la letra del tango no dice cómo se llama la muchacha pero ella va apareciendo, me estoy ilusionando con ella que va con su tul cubriendo el pelo, Flor de alhelí te dije en tono confidente y más después nació el amor para los dos, las campanas (re bemol) ya se echaban a volar, Flor de alhelí, ya nunca más te apartarás de mi existir. Al viejo le brillaban los ojos como si estuvieran chispeados de vino ese fin de semana cuando toqué el tango sin equivocarme, che, esos re bemol son una maravilla dice, y los dos pensamos en la mujer que ninguno tiene.

Claro, la mujer era de papel y todo sucedía en un pueblito chiquitito y tan bonito como tú según el tango cursi oído después en la radio de los vecinos de enfrente. Pero en mi pueblo no había ni alhelíes ni praderas, puras lomas y espi-

nas, mucho piquillín y chañar y mucho tala, qué va a haber alhelíes entre los yuyos. Ella va temerosa con su librito por la pradera en el pueblito, debe ser un pueblo de la pampa húmeda, inútil buscarla por aquí, y además a los tangos los hacen los porteños, todas las praderas y todas las mujeres son de ellos, y mi viejo y yo ilusionados con ella, qué va a nacer el amor para los dos, y menos cerca de los tucumanos que se dan cabezazos entre un escándalo de loros.

Y qué va a ser mi viejo ese viejo que le da bomba al Primus, que cada día vuelve más chispeado, salimos de la obra a las seis de la tarde y cuando estamos llegando al barrio me dice seguí vos nomás, andá a estudiar el tango, yo me quedo por aquí, por cualquier cosa estoy (y vacila) al lado de Elías. Al lado del boliche de Elías hay un baldío, el viejo se va a chupar con los tucumanos, vuelve tarde y se queja despacio para no despertarme, al otro día se levanta silbando, si querés quedate hoy, hace mucho frío, che qué lindo suenan esos bemoles, perdoname hijo, no puedo dejar de chupar, cualquier día me largo.

Después no hay casi nada. Meses. Tiempo. El viento ha empezado a llevarse algunas cosas. Ella siempre va por el prado pero nunca nos mira, además tiene la cara un poco tapada por las notas, está dibujada sobre el pentagrama. No sabemos cómo se llama ni de qué pueblo es. Mi viejo era demasiado cierto como para poder acostumbrarme a él, y ella demasiado alhelí, demasiado pradera, demasiado caminar a saltitos buscando un

tipo normal para hacer su nido con él y quedarse en el pueblo para siempre. Y para colmo yo siempre equivocándome, a veces me fallaban los bemoles y me fallaba también el día, viejo, me parece que son las seis, ha cantado el gallo, y él despertándose se ríe y me dice qué van a ser las seis, ¿no ves que los tucumanos todavía no se han movido? Debe ser un gallo pelotudo que canta antes de tiempo. Y era cierto, al rato pasaba el último tranvía en la calle Bulnes, era la una. Y nada más, tiempo y tucumanos y ferrocarriles y ella que nunca llegaba a la iglesia del lugar, y justo cuando estoy acostumbrándome al viejo, que miro su cara cuarteada por la cal y veo que mi cara, a medida que también va cuarteándose, se parece a la de él, él que viene y me dice algo que nunca había oído, una de esas palabras tan raras para mí, me dice esto: obrero golondrina. No, nunca vi un obrero golondrina. ¿Así que nunca viste un obrero golondrina? No, palabra que no. ¿En verano, en los trenes? No, nunca, es la primera vez que oigo la palabra. Casi todos los trenes tienen obreros golondrina, a lo mejor los viste sin conocer la palabra. A lo mejor los vi. Mirá, en verano, para el tiempo de las cosechas, los techos de los trenes de carga van llenos de obreros golondrina. Claro que los había visto.

Te dejo la guitarra pero me llevo el Primus. Vos podés conseguir uno en cualquier momento. Che, pero no te despistés con el canto de los gallos, siempre hay un gallo ~~pelotudo~~ *infeliz* que canta antes de tiempo. Y aprendé bien ese tango. Es bár-

baro. Mirá, ya está pitando el tren. Pero el viejo no sube todavía, espera que el tren se ponga en movimiento, si no lo harían bajar. Trepa al último vagón que ya se mueve, lleva arrastrando esa bolsa de cuero muy larga que estaba debajo de la cama y nunca vi. Bolsa triguera dice desde arriba, es una cosa larga como un cajón de muerto pero de cuero. En el techo del tren hay más golondrinas, cada una con su bolsa larga. Y allá va el viejo sobre el tren carguero a levantar cosechas en la pampa húmeda, puede que el tren pase por el pueblito de la partitura y se encuentre con la muchacha. Mi viejo se mezcla con las otras golondrinas, ahora cualquiera de ellos puede ser mi viejo al lado de Elías, pero me parece que es el que levanta la mano perdiéndose en la pradera de la partitura, ~~conoce muy bien la palma de su mano.~~ ^{p jump que está confundido con}

Al final el viejo viene a ser lo mismo que ella. Al final los dos vienen a ser la misma cosa, aunque el viejo, qué duda cabe, tuviera existencia real y ella no, los dos parecen de papel. Y después no queda casi nada, tiempo solamente, a los tucumanos se los ha llevado el viento, la papa para el loro. ~~Queda~~ Queda el re bemol (alteración accidental), un re de cuarta línea tocando las campanas de la iglesia del lugar. Al final el re bemol es lo único que me queda.

El viejo vivía sin mujer, yo estoy lejos sin mujer. El se llevó el Primus y aquí no hay Primus, probablemente no los hubo nunca. Y ahora allá tampoco hay Primus, han pasado de moda, y aquí hay muchas cosas que ver mientras se olvida,

Madrid es una ciudad grande, la pucha, qué jodido es vivir, como dijo el encargado cuando le dije que le dejaba la pieza y que me iba, y él colgaba el cartelito que decía se alquila una pieza, lo colgaba en la puerta siempre hinchada que nunca cabía en el marco. No sé por qué me decía eso a mí, que apenas entendía nada. Qué tenía que decirme a mí ese gallo *cretino* ~~peletudo~~ cantando antes de tiempo.

TIA LILA

Para Carol Dunlop, in memoriam.

Pobre tía Lila con su vestido blanco, tan alta, tan soltera. Un vestido en el que trabajaron todas las costureras de las sierras para plisarlo y darle esa forma de campana ondulante que tenía todas las tardes tía Lila cuando nos llamaba a rezar. Chicos, dejen ya esa pelota; a lavarse las manos, a frotarse las rodillas, a lavarse la nariz que vamos a rezar. Un vestido que de tan plisado que era, ella podía levantarlo o moverlo para cualquier lado sin que se le vieran las rodillas: nunca se acababan los pliegues, ni siquiera cuando tomaba las puntillas del ruedo y alzaba el vestido con sus brazos para ser un pavo real, o juntándolos encima de la cabeza, cerrándose allá arriba las dos puntas para ser escarapela. O puro remolino si bailaba, el vestido se abría y giraba como el remolino donde se ahogó el tío Jacinto. Y qué manera de tener encajes y bordados el vestido de tía Lila. Hilos de todos los colores formando dos grandes mariposas en el pecho, repetidas en las mangas cerradas en los puños con tiritas amarillas, todo encerrando a tía Lila en una gran blancura.

Chicos, hoy nos vamos a Cosquín a visitar al tío Emilio. Y a portarse bien, no llevar las hondas, no matar palomitas de la virgen, no entrapar jilgeros. Portarse bien con el

tío Emilio que es tan bueno y les dará leche de cabra, pan con chicharrón y miel de sus panales. Cuidado, chicos; a portarse bien, a ser juiciosos en la casa del tío Emilio tan bueno tan hermoso. Nada de cazar pájaros y clavarles agujas, ^{o con los ojos} ustedes pueden quedar ciegos en cualquier momento si hacen eso. Miren al tío Emilio que es tan bueno y nunca mató pájaros ni los dejó ciegos. Por eso lo mejor es portarse bien, ir a juntar berro peperina piquillín para el tío Emilio, y a no olvidarse de pedirle la bendición. ¿Y no podemos llevar la pelota? No, eso no, dice la tía Lila, porque entonces juegan y gritan demasiado, los gritos ponen nervioso al tío Emilio y además espantan sus abejas.

Que Dios los bendiga mis queridos, dice tío Emilio tocándonos la cabeza. Y ahora vengan a ver mis flores, mis panales, mis cabritos, mis melones, mis jaulas con Siete Colores, mis canteros de margaritas y coronas de novia. No, gracias tío Emilio, queremos ir a jugar a la canchita. Bueno hijos, vayan con Dios; pero no se junten con los negros, no se peleen ni se insulten. No, tío Emilio, porque Dios está en todas partes y nos está mirando y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.

Desde la canchita hacemos señas a los negritos del rancheo, que vienen como moscas. Che, ¿no tienen pelota ustedes? Podríamos jugar un partidito. Qué van a tener pelota ellos. Pero hacen señas con los ojos para que miremos el suelo. Y ahí vemos un montón de sapos que han salido del arroyo a buscar bichos, déle saltar por la canchita.

Lo lindo de esto es que la pelota ayuda a gambetear, se gambetea sola. Linda pelota saltarina para los buenos tiros de voleo. Lo malo es cuando hay que cambiar de sapo. A veces te cortan en pleno avance diciendo che, esa pelota ya no vale, ahora la pelota es ésta. Entonces discutimos mucho, griterío, chicos, qué están haciendo en la canchita por amor de Dios, llega la voz de tía Lila.

Carozo y Titilo han formado dos bandos. Yo en el arco de Carozo, Beto en el de Titilo. Y hay cuatro negritos para cada bando. Y un montón de sapos, que en cierto modo también son jugadores, alternadamente; ellos, cuando no son pelota, van saltando por la canchita como si jugaran; uno que sube y otro que baja, siempre saltos, desde el arroyo hasta la casa de tío Emilio, hasta sus canteros de coronas de novia, todo es un latir de sapos.

En eso hay un pase alto de Titilo. Un negrito viene a la carrera con intención de cabecear, pero justo a tiempo recuerda la calidad de la pelota y entonces la para con el pecho, no la deja llegar al suelo, juega bárbaro el negrito; la frena en la rodilla, la bailotea con la izquierda y tira con la derecha a media altura y muy violento. Yo estoy bien colocado y embolso sin problemas. Pero ahí nomás la suelto, la tiro para atrás por encima del travesaño, está helada esta pelota, córner gritan varios. Automáticamente voy atrás del arco a buscarla, cuando llega la voz de Titilo diciendo

que la deje, ya no sirve. Y allá del córner con las patas abiertas viene girando el otro sapo, la ^{panza}/~~guata~~ le blanquea cuando pasa frente al arco, peligro para mí, he salido a destiempo, cuando Carozo salva la situación sacando de voleo, un tiro bárbaro que toma de sorpresa al otro arquero, que ni ve la pelota cuando pasa alta junto al poste casi en el ángulo y se estrella no sé dónde. Ya estamos uno a cero, nos abrazamos con el Carozo y los negritos.

Chicos, no se ensucien, dice tía Lila debajo de la magnolia. Y dentro de un rato vengan que vamos a rezar todos juntos por el tío Jacinto que está muerto pobrecito.

Nosotros no queremos rezar ni que nos cuenten otra vez la historia del tío Jacinto. Ya nos hemos olvidado de él. Sabemos que tenía bigotes y que usaba sombrero aludo porque así está en el cuadro, en la pared.

Es que el remolino lo hundi6 y lo devolvi6 tres veces a la superficie, dice siempre tía Lila mostrándonos tres dedos blancos, y nadie fue capaz de alcanzarle un palo una tablita al pobrecito, a la tercera vez ya no volvi6 a salir más.

Se ahog6 por boludo, decimos siempre con Titilo. Nosotros nos bañamos siempre en los remolinos, es mejor que en aguas mansas. Uno se deja llevar girando para abajo un par de metros, y en el fondo el remolino es un puntito que no tiene fuerza, acaba en cero. Todo lo que hay que hacer es apoyar un pie y con un envi6n salir hacia el costado, y ya se está fuera del giro. Después nadar hasta la superficie y otra vez

adentro. Como un tobogán, pero más divertido. El remolino no existe en el fondo del río, todo el mundo lo sabe menos el tío Jacinto. Y los que estaban ahí se lo decían: haga un enviñón cuando esté abajo, señor Jacinto, tenga en cuenta que el remolino lo llevará de abajo arriba tres veces solamente. Se lo decían con palabras y señas por si era sordo, pero él nada. En vez de hacer lo que le decían, él también hacía señas con los dedos, que nadie comprendía por supuesto. Los otros le decían tres, tres dedos le mostraban para que los mirase, y él también mostraba, cada vez que salía, tres dedos, siete dedos, nueve dedos. Tres veces, le decían los otros, pero él nada, haciendo su testamento, tres vacas, siete ovejas, nueve canarios, todo eso se lo dejo a mi querido hermano Emilio. Los bigotes y el sombrero chorreando. Tres veces te perdona el remolino. Pero él nada. Y claro, a la tercera vez el remolino se lo llevó al carajo. Entonces que se joda, decimos siempre con Titilo.

Qué hacés, imbécil, me grita Carozo cuando me dejo meter el gol, cuando no veo al sapo que pasa como un refusilo entre mis piernas, todo por acordarme del tío Jacinto. Menos mal que es gol anulado: la pelota es ésta, dice un negrito que se corta solo para el otro arco, y cuando va a tirar sale Titilo, taponazo, se la quitan y a cambiar de sapo.

Titilo busca el empate como loco y como sabe que yo no sé atajar ~~pelotas~~ altas se remuerde en un tiro demasiado alto que pasa por encima del travesaño; salto todo lo que puedo

viendo que el sapo va derechito a lo del tío Emilio, alcanzo a rozar la pelota con las uñas pero no hay caso, se me va, girando como un remolino con la panza para arriba, allá lejos el sapo se estrella contra la jaula del Siete Colores de mi tío Emilio. Y enseguida la voz de tía Lila tan buena tan creída, la voz que dice por amor de Dios mis chiquilines, dejen tranquilo a ese sapito y vengan a rezar. Ella hablando de un sapo y nosotros ya hemos usado como veinte.

Paren, penal, gritaron todos. Del penal del empate me acuerdo muy bien. Discutían a ver quién lo pateaba. Era un sapo grande, gordísimo, que no se quedaba quieto frente al arco mientras discutíamos. Lo ponían en su sitio y él siempre agarraba para el lado del arroyo. Al final lo pateó el Titilo, como siempre. Volvieron a poner el sapo en su sitio. Titilo lo miró, tomó carrera y se remordió en un tiro a media altura que no pude atajar desgraciadamente, mientras oía el grito de tía Lila como yéndose del mundo, cayendo en remolinos, mientras veíamos que su vestido blanco cambiaba rápidamente de color, mientras oíamos su grito más bien suave, como si fueran señas de gritos, más bien lánguido, como si en vez de gritar estuviese diciendo qué han hecho mis queridos, no se olviden que Dios y el tío Jacinto los están mirando desde el cielo.

Gol, golazo, gritan Titilo y sus negritos, que se abrazan con el Beto. Yo me retuerzo de bronca en el suelo, muerdo el pasto. Dejarme meter el gol y además mancharle el vestido a tía Lila. Ahora ella va a pensar que no la queremos. El ves-

tido tan blanco, tan bordado, tan puntillas, entre las dos mariposas ha reventado el sapo, a la altura del canesú alforzado del vestido de tía Lila pavo real y escarapela.

Es molestísimo rezar cuando se suda. Sudando es imposible concentrarse en el retrato del tío Jacinto, alumbrado con velas. Rezamos mirando de vez en cuando a tía Lila que llora en enaguas lavando su vestido en una palangana. Nunca sabremos si llora por su vestido o por el tío Jacinto. Titilo reza mirando el retrato, pero los ojos le relumbran de alegría. Yo rezo tratando de disimular la bronca que todavía tengo. Un poquito más y lo atajaba, le agarraba una pata, qué sé yo, lo echaba al córner. Si me estiraba un poco más ganábamos uno a cero. El tío Emilio que reza con nosotros como si contara cabritos o melones. La tía Lila que al siguiente verano habíamos olvidado como al tío Jacinto porque después no volvimos a las sierras. La tía Lila creyendo en tantas cosas buenas. La tía Lila que dicen que nunca pudo sacar del todo las manchas de sangre que hicimos en su vestido blanco. La tía Lila sin saber que nosotros seguiríamos matando sapos.

LA ALEGRIA DEL CAZADOR

A estas alturas ^(de lo posible) ya nadie discute la ^(probabilidad) posibilidad de que uno entre en su casa y se encuentre con un animal grande y desconocido. En tiempos menos intensos esto mismo hubiera parecido un sueño o algo así como un peligro geológico remoto. Ahora, cada vez que uno abre la puerta, sobre todo de noche, se abre también la posibilidad de oír su respiración antes de encender la luz y de ver su forma correspondiente al encenderla.

Se dice que mucha gente logró dominar estas presencias, domesticarlas, matarlas o tolerarlas. Los más débiles no pudieron sobrevivirlas y otros abandonaron sus casas y ciudades ante la imposibilidad de afrontar un hecho semejante. Finalmente los incrédulos lo niegan todavía diciendo que a ellos nunca les pasó nada.

Estos animales tuvieron su edad de oro cuando sus existencias no eran presentidas por los hombres. Podían convivir con nosotros, apenas ocultos, y pasaban ^{inadvertidos} ~~desapercibidos~~. Gozaban entonces de una confortable categoría de supersticiones o de fábulas. Como los ignorábamos, ^{era como si no existieran} ~~no podíamos percibirlos~~. Cuando descubrieron que la razón humana había conseguido sacarlos de la sombra, acoplaron sus ruidos y costumbres a los nuestros. Desde entonces viven en nuestro ritmo y en cierto modo nos habitan. Duermen cuando dormimos. Vigilan cuando vi-

gilamos.

Cada vez que llego a ~~mi~~ casa tengo la certeza de que él está ahí. De otra manera la abrumadora cantidad de indicios que soy capaz de percibir no tendrían explicación. A pesar del miedo, que no he podido superar en tantos años de búsqueda, no enciendo enseguida la luz. Mis ojos se han acostumbrado a la oscuridad y en esas condiciones puedo recorrer toda la casa sin equivocarme, destapando baúles, abriendo guardarropas, espiando debajo de las camas. El también está habituado a esto y sin duda se desplaza durante mi recorrido. Enciendo la luz únicamente cuando tengo presunciones más o menos ciertas de que el animal aparecerá enteramente, sorprendido en medio de la habitación o detrás de una puerta. Generalmente llevo un arma en la mano, lista para atacar y defenderme. A veces, lamentablemente, por caprichos de la rutina, uno ha olvidado el arma pero cree llevarla, y enciende la luz completamente indefenso. Me ha pasado muchas veces, y es gravísimo el riesgo. Por más seguro que uno esté de algo, hay momentos en que pierde todos los atributos de la seguridad y la confianza; mejor dicho, ya han desaparecido cuando uno los está buscando inútilmente. (Tengo que ver esto, es una de las tareas urgentes que me he impuesto desde hace tiempo; lo tengo anotado en un montón de papeles quizás perdidos, pero que de todos modos me aseguran la certeza del propósito de llevar a cabo una investigación seria sobre esta peligrosa falta de cuidado).

No estudié zoología procurando, a través del conocimiento de las formas conocidas, la percepción de las que se desconocen, de posiciones y actitudes vitales no cubiertas por las líneas evolutivas. Mis cuadernos de dibujo contienen millares de esas formas. Una de ellas, estoy seguro, coincide con la del animal que tenemos metido en casa desde hace tanto tiempo.

El problema, para mí, no es ahora de percepción, sino puramente mecánico. Cada vez que entro en casa ensayo un desplazamiento nuevo, rozamientos sesgantes, complicaciones geométricas, velocidades inteligentemente demoradas, en busca de sus misteriosas actitudes. Su condición, su naturaleza, que todavía ignoro, le da muchas ventajas en este juego y consigue eludirme siempre.

Mi familia compartió mis temores mucho tiempo, sobre todo cuando los hijos eran pequeños. Crecidos, están capacitados para gritar o defenderse, y creyendo que eso es suficiente ahora ya nadie se preocupa aquí, se han olvidado de los antiguos temores, duermen confiados en la noche propicia. Yo cierro las puertas permanentemente, pero sucede que están siempre sin llave o entreabiertas porque ellos no le dan más importancia a este asunto. Ni siquiera temen que el animal pueda venir desde afuera, que viva afuera y sólo venga por las noches. Yo no creo que viva afuera, porque está en casa, pero no descarto la posibilidad de que salga y regrese según lo necesite.

Las otras noches estuve a punto de descubrirlo. El animal estaba en el cuarto de baño. Fue inútil que él abriera muy despacio la puerta para entrar, mi oído es agudísimo y me permite oír ruidos imposibles. Caminé despacio hasta el lugar, sin encender luces. A pocos pasos de la puerta que lo ocultaba, su olor era perceptible. Por no perder una oportunidad tan buena no desperté a mi familia para decirles vengan, vengan y sientan, vengan y desmientan si es que pueden, vengan a ver cuánta razón tenía yo, vengan para que los perdone por haber dudado; en fin, esas cosas que uno va guardando para poder decirlas algún día. Era ^{el} olor ^{de vida, de fer-} ^{ma} ^{quita} ^{indudable} ~~de una bestia del monte.~~ Tomando por punto referencial ese olor, ^{puede ratificar algunos forms posible, tan borroso que luego fue imposible dibujarlo} deduje y supe que tenía pelos gruesos y sucios, como los del chancho del monte, aunque su posible aspecto fuese más bien el de una cabra salvaje deformada. Las pezuñas que sin duda tenía permitían ^{algunas de} intuir sus costumbres inmediatas. La cara, en cambio, era difícil de presentir por la gran cantidad de pelos desordenados crecidos allí durante las vigili-
 as. Respiraba, ^{claro,} ~~esto no podía evitarlo la bestia,~~ al mismo tiempo que yo, me bastó contener un instante mi respiración para oír claramente la suya, unos segundos solamente porque también la contuvo. Por el peso que se adivinaba sobre el piso, ^{ni su actitud ni su posición eran las de un cuadrúpedo normal.} ~~no estaba en la posición normal de un cuadrúpedo.~~ Estaba ^{Sin duda} erguido (o erguida), apoyando dos patas en la pared para adaptarse al poco espacio existente detrás de la puerta. A todo esto lo deduje ~~facilmente~~ ^{facilmente} por el olor, ^{mi percepción es trancida} A pesar de que una vez más no tenía las ^{armas} ~~manos~~ encima, empujé la puerta con

violencia, dando un grito a la vez para no oír el ~~grito~~ que pudiera dar el animal, que se confundiesen en uno solo, como las respiraciones. No estaba allí, pero subsistía su olor. Sin duda saltó, trepó por la pared para ganar la ventana, que está ^{altísima} ~~cerca del techo~~. Y otra de las cosas urgentes que debo hacer pronto es poner rejas en esa ventana. Busqué con la lupa cualquier resto de pelos o rayaduras en el piso y las paredes. No encontré nada. Su astucia ^{es} ~~es~~ increíble.

¿Qué busca en casa? ¿Por qué me persigue? ¿Tengo yo algún rasgo común con él? ^{o el} No es comida lo que busca. Hemos hecho muchas pruebas. Nunca falta nada. Los residuos son cuidadosamente observados antes de dejarlos ^{como} (al descuido, y al día siguiente están intactos. ~~De una cosa estoy seguro: busca calor humano. El calor de nuestra existencia. Seguramente~~ ^{busca aproximadamente} cuando ~~todos dormimos se aproxima todo lo más que puede para recibir~~ ^{cuando} ~~algo de lo que busca.~~ ^{por lo} ~~una parte de calor. No del calor físico (su piel es mucho más abrigada que nosotros): busca aproximaciones. Lo mucho que he meditado sobre su psicología, partiendo a veces de su forma posible, a veces de su olor, pero sobre todo de sus actitudes, me permite suponer todo esto. De lo contrario no hubiera convivido tantos años con nosotros. Se hubiera ido, hastiado o harto. Sin duda hay algo en mí que lo atrae particularmente. Yo mismo he empezado a estudiar mi ^{propia} forma para descubrir en mí el rasgo que lo atrae.~~

Algo muy importante.

~~Es muy posible que tengamos rasgos comunes.~~ ^{señala los rasgos} A veces, cuando mastico, me muerdo las partes internas de la boca como si tuviera dientes de más. Tengo la boca llagada por dentro. Y cada vez que me muerdo me siento un monstruo que se devora

a sí mismo por pura torpeza, por confundir el acto ^{civilizado} ~~histórico~~ de comer con quién sabe qué costumbres ancestrales. Cuando me afeito descubro en mí actitudes que no son de mi personalidad. Para verlas mejor finjo afeitarme, sin instrumento alguno, haciendo con la cara todos los movimientos que provoca el acto real de afeitarse. Es increíble la cantidad de rasgos desconocidos que surgen entonces. ~~Para ahondar más, abandono esa gimnasia~~ ^{Cuando Toss esto} me quedo muy quieto mirándome escrupulosamente la cara ante el espejo, ~~Y~~ ^{Y en un de sus instintos} advierto ~~actitudes~~ ^{diferencia} que no son de mi naturaleza, apenas disimuladas por las cejas, el mentón, ~~tan conocido, las cejas,~~ la distancia entre los ojos, la salvadora ubicación de la nariz. Es como si me mirara él. Esto, lejos de desalentarme, lejos de perderme en otras interpretaciones, me da más fuerzas para continuar al acecho. Significa que no somos tan extraños el uno para el otro, significa que algo de común tenemos, un vínculo muy lejano que justifica la búsqueda, algo que nos permitirá entendernos finalmente.

Volviendo a los motivos de su presencia en casa, no creo que se sustenten en la agresividad como fin, aunque haya motivos para estar seguro de que eventualmente pueda utilizarla como medio. La presunción de que salga y vuelva periódicamente permitiría pensar que uno de los factores de esta realidad es la costumbre, aunque antes de caer en la costumbre haya tenido motivos concretos para elegir mi casa como madriguera. Además, ¿qué sabemos de la naturaleza de los ^{monstruosos} ~~monstruos~~? Mucho tiempo se ha perdido en una aproximación lúdica a este aspec-

to tan ostensible de la realidad, descuidando su verdadera identidad. Y si es cierto que estos animales buscan ^{aproximarse} el calor humano, ~~la aproximación no necesariamente física~~, y además lo hacen por costumbre, quiere decir entonces que tienen una inteligencia mayor que la que les suponemos, una inteligencia que, acuciados por su condición de intrusos en nuestro mundo tan cerrado, pueden volver contra nosotros en cualquier momento. De allí los riesgos de mi búsqueda, de mi acción, que no pasa ^{inadvertido} desapercibida para su inteligencia peligrosamente mezclada a sus instintos. El conoce cada uno de mis movimientos, y mientras pueda evitarlos con un simple desplazamiento no me atacará; pero si éstos pueden volverse peligrosos para él a fuerza de perfectibilidad, entonces es seguro que en cualquier momento dará el zarpazo.

Por eso hay períodos en que no lo busco, lo dejo descansar para atenuar su posible violencia. Es cuando en casa se ponen contentos y piensan que he abandonado mis prácticas, cuando piensan que ya no hay peligro. Y es cuando más peligro hay. Lo hago simplemente para equilibrar la ansiedad acumulada, para darle un respiro a la bestia y tenerlo yo al mismo tiempo. Pero estos períodos coinciden con su mayor actividad, es cuando se acerca de noche a los lugares más próximos a nosotros; cuando, para él, se produce la comunicación plena.

Una de las dificultades grandes está en el desconocimiento de su forma; porque por más dibujos que haya hecho o haga, por más que trate de conformarme con alguna aproximación elegida sin rigor, producto del deseo, su forma, no quiero en-

gañarme, me es desconocida todavía. Me digo que es un cuadrúpedo. ¿Pero cómo lo sé? ¿Por qué es cuadrúpedo? Será porque desde hace años descarté la posibilidad de un insecto, debido a su olor evidente, a su inteligencia, al volúmen que positivamente sé que tiene. ~~Se trata de un volúmen considerable, a mitad de camino entre el de una cabra y un puma.~~ Incluso ha crecido en tanto tiempo. Cuando él está en la casa y yo llego, se me eriza la piel. Un insecto no provoca esta reacción. Un animal grande, sí. Además alguna vez encontré pelos. Yo afirmé que le pertenecían, y en casa nadie pudo demostrar lo contrario, pese a la violencia con que se opusieron a mi afirmación. En el suelo muchas veces aparecen rayas, que si bien pueden reconocer orígenes diversos incluyen entre ellos al monstruo. Cada vez que hicimos limpieza general apareció un indicio: olores, rayaduras, trapos amontonados como para dormir, parásitos. A pesar de lo sorprendente de estas limpiezas, siempre hay un espacio de tiempo para él (o ella) que le permite salir y esconderse.

Hace unos años, creo, después de una limpieza así, mi mujer (aunque nunca habla de esto porque dice que la entristece y la avergüenza) me preguntó si todavía creía en la existencia del animal. ^(o lo que sea) Yo no vacilé para responder, porque nunca vacilo cuando se trata de estas cosas, y le dije inmediatamente que no era un problema de creer o no creer, yo no creía nada, el animal simplemente estaba y su condición de algo que está era independiente de cualquier creencia que uno pudiera tener so-

bre su existencia real. Ella dijo que así no podíamos vivir, y se fue a otra pieza, creo que a llorar, no esperó mi respuesta, una respuesta que, por otra parte, no hubiera llegado nunca porque no estaba en mí, porque sencillamente no comprendí sus palabras. Ya sé que así no se puede vivir. Pero por lo menos hago lo posible.

Ultimamente hay muy poca comunicación entre los miembros de esta familia que constituimos hace tiempo para enfrentar la vida todos juntos. Me excluyen. A veces están hablando tranquilamente y cuando llego yo cambian de tema, no porque estén hablando de mis cosas, cambian de tema porque no me consideran apto para sus conversaciones. Aunque esto pueda molestarme un poco, no puedo prestarles toda la atención que merecen ni reaccionar de acuerdo con mis sentimientos porque estoy siempre muy ocupado en mis asuntos, mejor dicho en este asunto del animal que algún día resolveré para bien de todos.

Ellos me piden pruebas. Precisamente esta necia actitud de pedir pruebas es lo que les impide presentir la existencia de esa cosa. Yo no puedo darlas. En este sentido, estoy tan desvalido como el animal. Por eso me limito a una acción, a una actitud definida. Para colmo, las pocas veces que hago referencias al asunto todos callan, no me responden, ni siquiera me miran a la cara, bajan los ojos como avergonzados o entristecidos o temerosos. Ni siquiera el saber que mi padecimiento es por el bien de todos provoca en ellos un gesto de comprensión. Son indiferentes, van a las fiestas, dejan la casa sola, proyectan vacaciones, hablan de los estúpidos su-

cesos de la vida cotidiana, de las noticias intrascendentes que salen en los diarios. Del animal, nada. Nunca.

Sé que en el fondo me quieren y que este asunto no ha vulnerado sustancialmente las relaciones con mi mujer y mis hijos, Durante los períodos en que me callo y me quedo quieto para aplacar las posibles iras del habitante, ellos me hablan, me cuentan sus cosas, me dicen cómo van en el colegio, cómo anda todo por ahí. Y esto bastaría para convertirme en el simple hombre satisfecho si no fuera por esa presencia oculta entre nosotros.

A veces me siento fatigado. Los años pasan y este asunto continúa sin variantes. Pero hay una esperanza: el animal envejece y se pone cada día más torpe. Sus movimientos ya no son ^{aptos} ~~para~~ para sus designios. Esta inevitable alteración física puede resultar definitivamente útil para mí. Una noche cualquiera no podrá desplazarse con la rapidez de siempre cuando sienta que abro la puerta de calle. Entonces se quedará parado en medio de la habitación, indefenso, esperando el sacrificio o la conmiseración, cuando yo encienda la luz. Cerrará los ojos para no verme y esperará cualquier cosa, cansado de todo. Si es horrible como pienso, tratará de disimular su aspecto de algún modo, el temblor del miedo le restará grandeza a su ferocidad agotada. Si no lo es, abrirá en vano una boca llena de colmillos gastados y ya inútiles que no podrán atemorizar a nadie. Cerrará los ojos y estirará el cuello al filo del cuchillo.

Pero no sé si lo mataré. Por otra parte, nunca fue ese mi

propósito. Cuando lo vea, ~~habré descubierto la parte más im-~~
~~portante de nuestras naturalezas, o sea que tendré la certeza~~
~~total de la existencia.~~ ^{3d} ^(y de la vida) Estiraré las manos ^{hasta} ~~como para tocarlo,~~
para estar seguro de su calor y su respiración. Acercaré ^{lejos} ~~po-~~
~~co a poco~~ mis dedos hacia el ámbito casi inmortal de su ca-
beza, los iré estirando poco a poco ~~para tocarlo,~~ y entonces, ^{por fin,}
~~me parece,~~ ^{suspiré una alegría pura (pura)} ~~lloraré de alegría~~ ~~ante la certeza total de su~~
~~existencia~~ ^{y de la vida.}

→ sentiré la pura alegría plenitud
de su existencia ^{plena} y de la vida.

Cuando lo vea, lo primero que haré será
tocarlo. Percibir su calor. Oír su respiración.

Leer
"los porcelanos" n.º 6
Seo. "Jeronimo"

Exilio susucado de 0212

Aquí me quedé, dije Juan

QUELONIOS

La mujer estaba sentada frente a la cama del otro enfermo de la habitación esperando que trajeran a su marido del quirófano. Miraba el espacio vacío que había dejado la cama y tenía miedo. No se sabía bien de qué lo estaban operando. La situación no era normal; ni el hospital, ni la operación, ni ella esperando. Su marido, pese a ciertas particularidades, era un hombre corriente. Ingresó allí completamente sano, aunque quizás ^{un poco} demasiado viejo. Sus actitudes, en los últimos meses, habían sido un poco extrañas. Por eso fueron a la consulta. Pero sólo para pedir consejo, o a lo sumo unas pastillas, unos masajes. Los tres médicos que lo examinaron, de largas batas verdes y barbas renegridas, le dijeron que podía vestirse y se pararon al lado de la camilla formando un triángulo verde y silencioso, consultándose con la vista. La mujer, sin asustarse, esperó el diagnóstico y la terapéutica de siempre, reuma y baños termales, ~~aunque a su marido nunca le dolía nada.~~ Y justamente cuando estaba arrepintiéndose de haber ido a la consulta para lo de siempre, o sea casi para nada, ^{precisado} las tres barbas renegridas se movieron en ~~con~~ el mismo ritmo y ~~al mismo tiempo~~ siguiendo los movimientos de las bocas que decían:

-Señora, hay que operar urgentemente. /

Es que ~~tenemos~~ el mercado - dijo allí
No importa. Anda vos. Yo me quedo operando - dijo Juan

Ella se quedó pensando en lo insólito de la situación, sin soltar el carrito de la compra que llevaba. El plan de esa mañana había sido ir al mercado para las compras del fin de semana, y de paso visitar al médico.

-Está bien, siempre que él acepte - se resignó la mujer plegando su carrito, que abandonó contra una pared ~~alta e~~ higiénica.

~~Pero~~ el marido no hizo ningún comentario, se quedó tendido mirando el techo como si para él fuese lo mismo ir al mercado o al quirófano.

Precisamente lo raro de ^{Juan} ese hombre era sobre todo cierta manera de mirar, de quedarse quieto en un rincón adoptando posiciones ya zoológicas, ya vegetales o de cosas inanimadas, según un humor ~~secreto y variable~~. La mujer había llegado a pensar: "yo no sé qué le pasa a Juan, a veces parece una madera, ~~debe ser el exilio~~".

En una rapidísima reconstrucción mental ^{¿no será el exilio?} la mujer vio en segundos ^{¿y ya era así muchos años del exilio?}

30
~~los cuarenta años de convivencia, desde la inocente fe viril y mundana de un Juan cuyo encanto principal era un consentido aire de despiste en dulces temblores de velero que se hace a la mar por primera vez, hasta su condición actual de especie de madera flotante.~~
 Sentía que la situación de madera arrinconaba a Juan en sus posibilidades últimas. Estaba gastado, pero no por el tiempo. En realidad, más que gastarse como cualquier persona u objeto, Juan se había ido quedando, perdiendo partes. ^{en las vacaciones} Quedándose ^{en el viaje tan largo} pensando confusamente la mujer-, qué sé yo, por ahí, ^{en las sillas,} ^{en las vacaciones,} en la jubilación; en tantas cosas que compramos y tiramos, en las noticias cíclicas de los malditos periódicos, ^{Perplejidades y rutinas.} Tantas cosas. Quedado en tantas porquerías. Y ahora estaban operándolo.

En eso pensaba cuando una luz que se encendía en la pared le indicó que su marido acababa de salir del quirófano y entraba en la sala de recuperación. El otro enfermo, que esperaba su turno para ser operado, acaso de la misma dolencia, ^{acaso} ^{entó} sacó la cabeza de las sábanas y mirando la luz y la cara de la mujer fija en el lugar donde había estado la cama ^{en que se recostaba el} del marido, le dijo gesticulante:

-En esta sala nunca muere nadie, señora.

La mujer no contestó, ~~pero como acuciada por las palabras del otro enfermo dejó de mirar el lugar vacío, giró la cabeza y se entregó a la contemplación del carrito de la compra, ^{mirando} apoyado contra la mesita de noche, lo miraba como un objeto ridículo y remoto.~~

El otro enfermo, deseoso de una respuesta, volvió a decir que en esa sala nunca moría nadie. La mujer ^{gira} volvió la cabeza hacia el enfermo y él sintió que ella lo envolvía en una mirada de pato, diciéndole:

~~-Parece mentira. Es increíble.~~

El enfermo, ~~tras una ligera meditación, comprendió que no comprendía y se tapó la cabeza con las sábanas.~~

La cama y Juan entraron sin solemnidades, empujados por un ^{espantito} hombre ^{que parecía tocar un tenor no un autocono.} con cara de ferroviario. La mujer tuvo la impresión de que su marido era ahora más pequeño que antes, pero se dijo que quizás se tratase de una ilusión óptica producida por el contraste entre la figura de Juan, completamente vendado, y la cantidad de tuberías y ~~cacharros~~ que tenía conectados por todas partes. De todos modos esta impresión fue muy fugaz, porque, cuando abrieron la puerta para meter a Juan en la habitación, la mujer pudo ver que en el pasillo relu-

europes 3

ciente se paseaban naturalmente por lo menos media docena de gallos y otro tanto de comadrejas. Era increíble esta rareza en hospitales, ^(españoles) imposible que esos bichos fuesen pacientes en trance de recuperación. La mujer echó una rápida mirada sobre el otro enfermo con ánimo de preguntarle sobre esas presencias, pero se desconsoló al verlo tapado con las sábanas hasta las orejas y recordar lo descortés que había sido con él. Entonces resolvió que lo de los gallos y las comadrejas, ~~era~~ si bien significaba algo muy inquietante, luego tendría su explicación. Y concentró su capacidad receptiva en el tamaño de su marido.

Claro que estaba más pequeño que antes. Aunque las vendas, como el envase de un regalo, permitiesen adivinar su contenido, su forma presentible y la permanencia de ^(su marido) Juan en cuanto a calidad, la cantidad de Juan no era la misma. Por otra parte, aunque la forma persistiese bajo las vendas, las partes de Juan parecían desplazadas. Apoyó una oreja en la que debía ser ^(el pecho) su parte pectoral, pero el corazón parecía latir en otro lado. Cuando lo oyó respirar normalmente por algún pliegue no muy visible de las vendas se animó a preguntar:

-¿Estás bien, querido?

Juan ^{dentro de} en sus vendas se quedó callado, pero esto no inquietó a la mujer, ^{acostumbrada a sus silencios, a esas} ~~porque Juan callaba como antes de la operación, cuando le preguntaba algo y él en vez de contestar miraba la pared. Ella estaba acostumbrada a estas~~ curvas en las que su marido se rezagaba, especies de sillas del tiempo en las que se quedaba tranquilamente sentado sin ganas de seguir adelante. Su vocación de madera. Sus fallos de Juan, de un Juan que no quería llegar hasta el final y prefería quedarse tranquilamente sentado en una curva.

Convencida de que ^(el marido) Juan, como siempre, se levantaría y seguiría andando aunque no supiese hacia dónde, la mujer se puso a medirlo con las manos, por cuartas, con la certeza de ^{que se había producido una} ~~estar midiendo su propia~~ disminución. "No puede ser, no puede ser", decía apoyando el meñique y el pulgar sobre las vendas y viendo qué pronto se acababa Juan. El otro enfermo, viendo esos movimientos, sacó una mano de las sábanas y le dio una cinta métrica. Los médicos, que entraban cuando la mujer hacía su comprobación matemática, le dijeron rápidamente

te que era normal que estuviese un poco más pequeño. Y que era un abuso de su parte pretender que el paciente fuese igual a lo que era antes, después de semejante operación. La mujer arrojó la cinta métrica sobre la cama del otro enfermo, que la agarró velozmente con una mano morena y velluda y la escondió bajo la almohada. Los hombres verdes desconectaron algunos tubos y sin ninguna delicadeza empezaron a quitarle las vendas de la cara ante los ojos enormes y excitados del otro enfermo, que erguido en el lecho bailoteaba dentro de su camión. Uno de los médicos, advirtiendo ^{ruidos molestos} algo anormal detrás de la puerta entreabierta, la cerró para evitar la indiscreción de un par de gallos y una comadreja, que atisbaban ansiosos. Los bichos, lejos de retirarse, se quedaron pegados contra la puerta; la mujer podía ver sus siluetas borrosas a través del cristal esmerilado.

La cara de Juan era casi la misma, apenas unas cicatrices entre arrugas. Evidentemente más pequeño, pero perfectamente proporcionado.

-¿Estás bien, querido?

-Mierda-dijo Juan ^{mirando el techo con una voz ligeramente más apurada y antes} ~~(sin dejar de mirar el techo.~~

Ante las preguntas de la mujer, los médicos, hermetizados, dijeron que nada podían afirmar o negar hasta después del ^{tres días} posoperatorio. Y se retiraron ~~saludándola aporatosamente. sin hablar.~~

Esa misma noche se produjo la degradación posoperatoria de Juan. Se puso a temblequear de golpe, se aflojaron las vendas, se desconectaron todos los tubitos, y cuando por fin llegaron los médicos, todavía aturdidos por el sueño, ya había perdido el ombligo, el sexo, los dientes, la nariz, algunas glándulas y el cuello, Le quedaba intacto el culo y algunas pocas cosas más.

Lo llevaron urgentemente al quirófano. ^{del hospital} Hubo un alarmista revuelo de gallos en los largos pasillos -y de otros animales no muy bien identificados-, a pesar del deseo de todos de evitar escenas desagradables.

Cuando lo trajeron, esta vez sin cama, al filo del amanecer, no hubo lágrimas, ni estímulos, ni dudas. Nada de eso. Hubo discusiones.

Ella, según los médicos, no se ponía a la altura de los aconteci-

mientos. Exigía que le devolvieran a su marido por lo menos tal como había ingresado. Y esto era imposible. Los médicos defendían su intervención insistiendo en que habían evitado una muerte segura y le devolvían en cambio un ser perfectamente vivo. Transformado, eso era verdad, pero vivo. La ciencia había hecho todo lo que estaba a su alcance, y lo demás lo diría Dios.

La mujer se negaba a aceptar la jaula que los médicos le ofrecían, rematada en la cúspide por una vistosa argollita de madera que facilitaba su transporte y además permitía colgarla de cualquier clavito. El bebedero era involcable y los barrotes estaban pintados con un color tranquilizante. Tras alguna persecución por la sala, en la que ella retrocedía ante una jaula que bamboleaba con notorio peligro para los posibles nervios de Juan, la recibió con esperanza desencantada, convencida por el argumento de que en adelante la vejez no sería un problema inmediato para su marido, ~~que viviría, de eso podía estar segura, muchísimos años más.~~ ^{por lo menos hasta que acabase afeitado.} Mientras tanto ~~el enfermo de la otra cama, para no mirar, se tapaba los ojos con la sábana, metía la cabeza debajo de la almohada.~~

-¿Debo pensar que es una tortuga? -dijo la mujer desde la puerta.

-No exactamente, aunque se trata de un quelonio -aseguraron los médicos agitando sus barbas laboriosas.

^{ella} La mujer iba por el pasillo llevando la jaula, cuidadosamente colocada en el carrito de la compra. Los gallos y las comadreas, respetuosos, compungidos, ^{a la mujer} cedían el paso y la saludaban con ^{aparatosos} grandes reverencias.

*Y miran sola, para ellos,
con aire de tal vez rodeo
una obra de capital.*

LA BANDITA DEL PARAISO

Cuando Carlos telefoneó para decirme que yo también había caído en desgracia y que mi captura era inminente, me llamó la atención que insistiera tanto en mi cultura musical. No sé de dónde sacó que yo sabía tocar algún instrumento de viento. Estás loco, le dije. Había hecho crítica musical en un diario de Catamarca, eso era cierto, pero ni siquiera sabía leer música, apenas conocía el nombre de las notas. Entonces dijo que si en algo apreciaba mi vida, por nada del mundo dejara de llevar al escondite, facilitado por un amigo común, una buena Teoría de la Música y los primeros tomos del «Solfeo de los Solfeos» de Lemoine. Y provisiones para una temporada más o menos larga.

Esa misma tarde me trasladé a un departamentito pésimamente ventilado de la calle Yrigoyen, en el Once, llevando conmigo, además del material de música, una gran cantidad de papas y cebollas, galleta marinera, sardinas y otros alimentos enlatados. Todo lo cual me pareció absurdo y anticipo de un desastre. Las paredes sin ventanas del único ambiente, blancas y casi vacías, parecían vibrar o susurrar. En escasísimas horas, los vínculos permanentes que tenía con el mundo y la vida (mis padres, Cristina, mi trabajo) quedaron bruscamente desconectados, y ahora, al final de un día que amaneció normal, estaba acodado en esa mesa que ocupaba casi la mitad

del espacio disponible, enterándome, por la Teoría de Williams, de que los elementos fundamentales de la música son la melodía, la armonía y el ritmo, como un alumno de preparatorio. Afuera sería de noche cuando llamé por teléfono a Carlos pidiéndole que me aclarara esa rareza de los libros de música. Entonces me contó lo de la bandita.

Carlos, uno de los mejores compositores y cantantes folclóricos del país, sobreviviente de varios atentados mientras cantaba y por supuesto prohibidísimo, sabía de buena fuente que últimamente en Buenos Aires actuaba una bandita de música de consistencia casi milagrosa, patrocinada por una organización internacional de ayuda al desgraciado. Los músicos se desplazaban en un furgón blanco de un servicio diplomático extranjero, y una vez por semana elegían un punto cualquiera de la ciudad para tocar, hacia el atardecer, y repartir folletos religiosos. Su naturaleza milagrosa estaba dada por el hecho de que, donde y mientras ellos tocaran, desaparecían los efectos del estado de sitio. La gente podía reunirse alrededor de la bandita y aprovechar para conversar e intercambiar información, aunque fuera en voz muy baja, comprarles globos a los chicos y dejarse llevar durante un rato por una dulce ilusión, como si se tratara de un país libre en un día de fiesta. Los guardianes permanecían a prudente distancia, escuchando el concierto a su modo, y sólo sacaban sus pistolas o soltaban sus perros en el caso de que, acabado el concierto, la gente no se dispersase con la velocidad deseada. El furgón blanco, con sus graciosas leyendas salva tu alma en un costado y la bandita del paraíso en el otro, circulaba tranquilamente con su matrícula diplomática y era el único vehículo en Buenos Aires capaz

de resistir a un Falcon Verde. Curioso, ¿no? comentó Carlos. Lo más interesante de esa banda, sin embargo, era que, si el solo hecho de escucharla significaba libertad transitoria, integrarla como músico era libertad definitiva. Y se sabía de algunas personas que habían logrado integrarse, sin ser músicos brillantes ni conocidos en el ambiente. Había un problema serio: nadie podía saber de antemano adónde aparecería la bandita. Sus conciertos además eran muy breves. Empezaban a tocar una vez puesto el sol y dejaban de hacerlo en cuanto comenzaba a anochecer. Él había desparramado espías musicales en casi todos los barrios de la ciudad, pero suponiendo que la banda apareciera de golpe en Liniers, por ejemplo, y yo ya estuviese preparado para una prueba de suficiencia que seguramente me tomarían, la duración del concierto no me permitiría llegar a tiempo. Entonces se trataba, mientras durase mi aprendizaje, de estudiar los movimientos de la banda hasta encontrar la lógica de sus desplazamientos, de modo de poder anticiparnos a su aparición cuando llegara el momento propicio.

Y, lógicamente, le dije que estaba loco si pensaba que yo me iba a poner a estudiar música por una cosa tan frágil como esa bandita casi irreal, por más posibilidades de salvación que me ofreciera. Como si no me hubiese oído, siguió diciendo que en un cambalache de la calle Piedras le había echado el ojo a una trompeta que todavía sonaba. Pero que para eso había tiempo. Por ahora debía estudiar solfeo y un poco de teoría. Todos los días, por teléfono, me haría dictados rítmicos, y más adelante melódicos, para acelerar mi aprendizaje de la lectura musical. Me recomendó que de entrada hiciera solfeo cantado. Podía guiarme por el zumbido del teléfono, que es un sol sostenido. Agregándole un pelito hacia lo agudo, tendría el la de los co-

ristas.

Según él, las posibilidades de salvarme eran muchas, dentro de la precariedad de una bandita que actuaba casi como un milagro, si teníamos en cuenta que muy poca gente estaba enterada de sus posibilidades salvadoras. Dando por sentado que me aceptarían, Carlos razonaba así: bandita=orquesta=giras de concierto=salir del país=libertad. Parecía ignorar que yo no sabía tocar ningún instrumento, que las apariciones de la banda eran imprevistas y caprichosas, que no teníamos la certeza de que aceptasen nuevos músicos. Le dije que lo que él me estaba proponiendo era nada menos que provocar un milagro, solfeando durante días interminables, soplando un penoso instrumento de viento cuyo tiempo de aprendizaje rebasaría la existencia de su dichosa bandita. Los milagros no se provocan, le dije. Suceden, y ya está. La virgen, para sus apariciones, procede caprichosamente (como la bandita): de Lourdes, en Francia, puede saltar graciosamente a Catamarca o a Luján. El me estaba proponiendo la posibilidad inverosímil de convertirme en una especie de Bernadette, aquella pastorcita francesa que dicen tuvo la suerte (el milagro) de ver a la virgen. Y más que provocarlo, aquí se trata, agregué, de construir un milagro, que para mí pasa por la definición de Alberto Williams: "la música es el arte de combinar los sonidos". Pero no solamente sonidos había que combinar para encontrarse con tan impreciso conjunto musical. Y entre la definición de Williams y el encuentro con la bandita, más que un camino a recorrer había una desgracia. Me contestó con una broma que me pareció de mal gusto: si yo llegaba a convertirme en músico sería un intocable.

La ensalada de cebollas y sardinas en lata es rica, pero si

lleva tomates. Los tomates, por ser tan perecederos (y me gustan frescos) estaban fuera de mi alcance. Untar el pan en el juguito de la sardina (o del atún) mezclado al del tomate fresco, siempre me ha parecido una delicia. El jugo de mi primera ensalada en mi primer día a bordo no merecía un pan fresco, también vedado en mi encierro, y la galleta marinera fue suficiente para aquella ensalada más bien seca, apenas humedecida por el aceite escaso que traía la lata de sardinas en mi primer día de navegación, y digo navegación ya que antes dije a bordo y además por la abundante presencia de las galletas marineras, suficientes para una larga travesía. Comí en la cocinita por miedo a manchar la mesa de la sala-dormitorio, de madera blanca sin lustrar, recién comprada; una mesa a cuyos ruidos tuve que acostumbrarme, tosía o roncaba toda la noche, es decir, crujía por estar verde todavía, y ~~Volando los ruidos~~ las maderas intentaban desclavarse de las cuatro patas. En un rincón estaba la cama, y en el opuesto una mesita con el teléfono, rodeado de platitos, porongos y otros objetos inútiles y molestos. Junto a la mesa, en la pared más larga, un horrible cuadro de naufragio, de pintor espatulero. Esa pared y aquella donde se apoyaba la cama eran las que más vibraban. En el primer examen que hice de mi refugio aquella noche, deduje que las paredes vibrantes daban al exterior, formando esquina, y vibraban por los ruidos externos. Pero entonces, ¿por qué no tenían ventanas a la calle? Posiblemente de ladrillo hueco, detenían los ruidos de la calle y trasmitían apenas una vibración, aislándome en el silencio necesario para el estudio de la música.

No sé hasta qué hora habré estudiado esa noche. Pude sol-

fear sin mayores dificultades las lecciones con negras, después con negras y blancas, hasta la lección 33. Incluso conseguí entonar algunos intervalos. Una maravilla. En cuanto a la Teoría, avancé hasta la lección XV, que trata de los valores irregulares (tresillos y todo eso), pasando por las figuras con ligaduras, compases simples y compuestos, tiempos débiles y fuertes de los compases, el compás de zorcico (terrible), sincopas y contratiempos. Por ser el primer día no estaba mal. Me acosté y en el silencio sentí que las paredes habían dejado de vibrar. Era tardísimo, no quise mirar el reloj.

Lógico, me dije, que la bandita actuase una sola vez por semana y en lugares imprevistos. Ella protegía su valor, su misterio, eludiendo la rutina de la cotidianidad. La bandita era sobre todo una necesidad, surgida ante el caso límite de los Falcon (halcón en inglés, ¿no?) verdes, para poder oponerse a esa realidad debía ser ella también una especie de caso límite. De actuar todos los días, sería desbordada por la gente, es decir, su propia necesidad la destruiría. Y dejaría de ser milagro, pasaría a formar parte de la desgracia rutinaria, y los Halcones verdes se echarían sobre ella (atriles rotos, instrumentos aplastados, partituras que se lleva el viento). Una virgen cotidiana y conocida no tendría posibilidades de aparecer en el momento necesario, perdería su encanto, su condición sería puesta en duda. ¿Usted, la virgen? Hágame el favor. Lo cierto del milagro era su fugacidad, rayana en la inexistencia. Acoplarse a ese brevísimo instante para poder ser testigo del milagro, de eso se trataba tras un increíble peregrinaje que forzosamente debía pasar por miles de notas musicales penosamente deletreadas.

Y ya al borde del sueño apareció la bandita de la infancia .

en la pérgola de la plaza, atardeciendo en un pueblo pampeano con calles de tierra recién regadas, de esas pérgolas casi tapadas por glicinas o madreselvas (hace unos años, claro), y todo el pueblo en la plaza oyendo la bandita, los chicos correteando, oberturas de Rossini y en la segunda parte alguna zambas de las buenas, la parejita que se besa entre los ligustros, el gordito del trombón que no emboca una nota (menos mal que apenas se lo oye), el placero con la varilla de mimbre que corre a espantar aquella vaca que quiere entrar en la plaza atraída por el pasto que crece escandalosamente después de las primeras lluvias. Bandita zaparrastrosa y milagrera a su modo, incompleta y desafinada, instrumentos medio abollados sonando a destiempo alguna vez, pero puntual y fácil, todos los jueves sonando en el mismo lugar y a la misma hora, de público infantil y repertorio limitado que todos sabíamos de memoria.

Iba por la lección 146 de Lemoine, o sea la clave de sol completa, cuando llamaron a la puerta. Tres golpes espaciados igualmente, el primero acentuado y débiles los otros, como un tresillo (últimamente todo lo relacionaba con el ritmo). No era para alarmarse, pero cualquiera tiene miedo. Igual que al recibir un telegrama: uno lo abre automáticamente, con la mente dócil y en blanco para que pueda entrar buenamente cualquier cosa linda o fea, porque no hay otro remedio. La abrí de golpe sin preguntar quién era. "Soy amigo de Carlos", dijo un chico con voz fingidamente tranquila, entregándome dos paquetes y una carta, y desapareció sin esperar las gracias.

Uno de los paquetes contenía un estuche negro, de unos 40 centímetros de largo. ¿La trompeta? no puede ser, pensé. Dentro del estuchito había tres tubos cromados, algo abollados.

Vi que el más largo, al sacarlo de su cavidad forrada con felpa, tenía varias llaves. El más corto sólo tenía tres, y el restante una embocadura lateral. Enchufé unos con otros los tres tubos, siguiendo la única lógica posible, y vi, maravillado, que se trataba de una flauta. Nunca había visto ese instrumento de tan cerca, nunca había tenido uno en mis manos, a pesar de mi reputación de crítico musical de La Unión de Catamarca. La coloqué con cuidado en el centro de la mesa y me quedé mirándola un largo rato. Era una delicia.

Con la falta que hacía, la bandita de la pérgola nunca pudo contar con un flautista. Nadie sabía tocar ese instrumento en varias leguas a la redonda. La formaron los italianos del pueblo (agricultores metidos a músicos) con requintos, clarinetes, trombones y bombardinos traídos de Italia. Había también un gallego que tocaba el sarrusofón. Hermoso, parecido al oboe. Y algún otro que me olvido. Y don Evaristo, que era un policía bueno, tocaba los platillos. Sólo en la marcha conque acababa el concierto, chin chin pum y se acabó. El resto del tiempo lo pasaba muy quieto en su sitio, tragándose sin pestañear las dos partes del concierto, o sea lo clásico y lo folclórico. Una flauta le hubiera agregado dulzura a aquella banda.

El otro paquete contenía el Célèbre Méthode Complète de Flûte de Altès, de tapas duras y grasientas. La carta de Carlos, con letra infantilísima, explicaba: "Cumpa, espero que no se me asuste y siga estudiando como siempre. Hubiera querido ser yo el portador de este maravilloso instrumento, pero las cosas se han puesto más difíciles y no me animo a salir. Lo de la trompeta falló, era carísima, pero un buen amigo músico, el maestro Perini, nos ha regalado una de sus flautas. En el método encontrarás anotaciones hechas por él mismo teniendo en cuenta que

tendrás que estudiar sin profesor. Por cualquier duda, va su número de teléfono. Cristina ha llamado varias veces preguntando por vos, y le he hecho entender que no conviene que sepa tu teléfono, ni mucho menos que conozca tu paradero. Lo ha entendido bien. Son sacrificios necesarios. Mis rastreadores acaban de informarme que la bandita ha vuelto a actuar, otra vez en día jueves y en un lugar que, con respecto al anterior, hace pensar que se mueve como un caballo de ajedrez. Por ahora se trata de hallar alguna lógica en sus caprichos aparentes. Aquello de que admitirían nuevos músicos en desgracia, con el propósito de salvarlos, parece confirmarse. De modo que ánimo y adelante, el milagro puede estar al alcance de la mano en cualquier momento. De más está decir que las cosas afuera son cada vez más duras. Con la 146, tus lecciones de solfeo han acabado, según opinión del maestro Perini. Felicitaciones. La clave de fa, que empieza en la lección siguiente, no nos interesa por ahora. También es suficiente lo que has visto de Teoría. En adelante te dedicarás sólo al instrumento. ¿Sabías que tenés condiciones? No te imaginás lo divertido que es oír una lección de solfeo cantado por teléfono. Tenés un buen oído (aunque en la 146 te tragaste el becuadro del mi del sexto compás), excelente sentido del ritmo y sensibilidad. Y eso es mucho decir. Y quién te dice que cuando por fin acabe todo esto algún día, puedas dedicarte normalmente a la música. Seguro, viejo. Un abrazo grandote".

La figura que en el Célèbre Méthode ilustraba sobre la posición correcta del flautista era un tipo joven con cara de franchute, bien peinadito y con entradas en la frente que hacían que su cara pareciera una máscara. Traje cruzado con pantalones de rayas impecables, zapatos brillantes, muy de corbata

y sosteniendo la flauta de un modo que me recordaba a los changuitos tucumanos comiendo caña de azúcar. La leyenda correspondiente decía que el cuerpo debía mantenerse derecho pero sin rigidez (sin embargo la figura del franchute de cabeza lamida parecía un maniquí). Imitando el dibujo con mi cuerpo, tomé la flauta ante el espejo siguiendo las indicaciones, la cabeza hacia el hombro izquierdo, los brazos separados del cuerpo para no entorpecer los movimientos respiratorios. Acerqué la boca a la embocadura y cubrí la cuarta parte de ella con el labio inferior. Como quien abre con cuidado un paquete con regalos, soplé. Ni flauta, ni quena, ni sonido: lo que oí era un viento soplando en la azotea, en noche de invierno, rozando ropa tendida que se hiela, el viento silbando en la ventana entreabierta, chicos, cierren esa ventana que se van a helar.

A pesar de la manera tan elegante de sostener la flauta, del traje y la corbata, la figura del flautista me pareció algo muy frágil. El traje, por lo antiguo, parecía regalado, o ropa usada, de ésa que se compra en los cambalaches, amarillenta o desteñida, que en ciertos grados de la pobreza es la peor manera de disimular harapos. Ropa de finado, en una palabra. Me hizo acordar el francesito de un negocio de compra-venta de ropa que había en la calle Humberto 1º de Córdoba, con un gran letrero encima de la puerta, donde había un andrajoso (entrando a la tienda Don José), y el mismo tipo, a la derecha, trajeado como el franchute de mi método (saliendo de la tienda don José).

Di vuelta la hoja a ver si más adelante se aclaraba el asunto de la manera correcta de soplar para sacar un sonido en vez de viento frío, y en la página siguiente estaba escrupulosamen-

te dibujada la boca de Cristina, con esa hermosura no podía ser de otra persona. La explicación decía que había que estirar ligeramente los labios y aproximarlos a la embocadura soplando suavemente, produciendo entre los dientes una grieta de un milímetro de espesor. Después estaba lo del golpe de lengua, la punta sobre los incisivos superiores para impedir escapes de aire, y retirarlos rápido como quien pronuncia la palabra "tú". Pero yo trataba de decir "Cristina". Y así me iba. En fin, que fue pasando el tiempo, y cuando le toqué a Carlos por teléfono el ejercicio quinto de la séptima lección, que no era difícil pero tenía sus complicaciones, me dijo entusiasmado: sos un Rampal, hermano.

Noticias de la bandita en la voz telefónica de Carlos, mezclando, para disimular ante un posible escucha, datos posicionales con fragmentos de lecciones de música. La lógica supuesta de movimientos de caballos de ajedrez había fallado, porque si el jueves anterior se la vio aparecer en Corrales y Avda. Centenera, en Nueva Pompeya, la lógica ajedrecista indicaba que la aparición siguiente sería dentro de un radio de 25 manzanas, cosa que no ocurrió: esa misma tarde la oyeron tocar por Montes de Oca, en pleno Barracas, y habría que esperar su próximo movimiento a ver si de ahí salía alguna pista. Ah, y no olvidar que la escala cromática se compone de 12 semitonos, de los cuales 7 son diatónicos y los demás cromáticos. Pobre bandita, pensaba yo, marchando por Montes de Oca al son de un pasacalle, dorados instrumentos bajo el sol, tranquila como un inocente caballo de ajedrez, y al llegar a la Avda. Martín García un alfil verde, con mirada de halcón, que pasa en diagonal como un fuego veloz, y los instrumentos, abollados, ruedan por la calle, entre un vuelo blanco de partituras al viento que ningún

músico atina a recoger,

Adjudicar a la banda los movimientos de un caballo de ajedrez era un disparate aceptado por el mismo Carlos. Pero él sostenía que aun dentro del más puro azar hay una lógica, y que ésta era la única vía posible de acercamiento. Y para entrar por alguna parte, el asunto del caballo de ajedrez no estaba del todo mal. Había que empezar a tenderle un cerco de alguna manera. El fracaso de la lógica de ajedrez era incluso positivo, ya que por eliminación permitía suposiciones nuevas, entre las que sin duda se encontraba la verdadera. Buscar esa banda era también un aprendizaje, como el que yo estaba haciendo de la música. Mientras tanto el tiempo pasaba, sobre todo en la caja de cartón donde estaban las cebollas, en la cocina, que se hinchaban y ablandaban con el paso de las estaciones, anunciando brotes inminentes.

Agobiado por una lección que no podía aprender, me entraron los pensamientos negros. «Ánimo, que superar esa lección casi supone tocar bien,» llegaba la voz de Carlos, pero no alcanzaba a levantarme el ánimo. Ni siquiera la nueva suposición, casi comprobada, de que la banda se desplazaba en movimientos circulares. En las últimas semanas, de Barracas había pasado a San Telmo, y luego a Retiro. O sea que si el jueves siguiente tocaba en Palermo, la teoría circular quedaría comprobada. Y conociendo la tendencia de su movimiento sería fácil suponer adónde aparecería, y aun esperarla en un lugar preciso. A lo mejor influían en mi ánimo los trastornos físicos que sentía, producidos sin duda por la monoalimentación. «Eso se parece al escorbuto,» bromeaba Carlos; «limón, mucho limón, que cualquier día de éstos divisamos tierra,» me decía, más atento sin duda a las señales que iba poniendo en un mapa de la ciudad según

se desplazaba la bandita, que a mis problemas de encerrado crónico y de aprendiz de Bernadette .

Pensaba: la bandita se parece a esa flor real traída de un árbol del paraíso, en un cuento fantástico. Tanto la bandita como la flor, con el mismo grado de realidad, existen sólo por su imposibilidad. ¿Quién de nosotros la había visto? Ni siquiera Carlos. Todo lo que sabía de la banda era por lo que le habían contado. ¿No se trataría de una alucinación colectiva provocada por la necesidad de algo milagroso ante tanto desastre y Carlos un contagiado? ¿Y un contagiado yo? ¿Especie de escorbuto? Mis sentidos no tenían la más mínima noción de esa banda, que en todo caso confundía con la de mi pueblo, ésa sí realmente milagrosa porque por lo menos era un buen recuerdo. De los Halcones verdes, en cambio, sí que sabían mis sentidos. Los había visto andar a contramano por cualquier calle, cortar el tráfico a su antojo, subir a las veredas, atravesar las plazas pisoteando canteros, subir a los atrios de las catedrales, penetrar en los templos, estropear para siempre hermosos cuerpos vivientes sin necesidad de ruidos ni estridencias de bocinas o sirenas, amparados en ~~un~~^{el} color verde que les abría paso. Y suponiendo que la bandita fuese real, se necesitarían muchas iguales para una ciudad como Buenos Aires. Por lo que sabemos, se trata de un rejunto de mala muerte. Dos requintos, un saxo, un par de trompas, percusión y alguna poca cosa más. ¿A cuántos puede asimilar? Veinte personas a lo sumo, aun triplicando los instrumentos, entre tantos millones de desgraciados. Saltando de aquí para allá, especie de pulga musical, demorando un poco la detención de la gente. Y nada más. Aparato de caridad de una embajada intocable (aunque hasta por ahí no más), y como la caridad, casi un producto del azar. Si hubiera

tantas posibilidades de salvación como las que le adjudican, entonces el desastre, ése sí bien conocido, no tendría sentido, ya que la tragedia solamente existe cuando no hay salvación. Aquí sólo la desgracia es real, y su existencia supone la imposibilidad de los milagros. Y este método de flauta es apenas el primer tomo de una obra larguísima cuya posesión total, a alcanzar en años, supondrá algo así como tener un certificado de buena conducta musical y nada más que eso.

Con estos pensamientos negros pasé una semana sin estudiar. Ante la ausencia prolongada del sonido de la flauta, el silencio era casi intolerable. Mis pasos, mi respiración, los cruji-dos de la mesa, me parecían estridencias. De noche oía el latido de mi corazón, tan encerrado como yo. El silencio no está quieto, se mueve, pasa, dentro de una reiteración infinita, roza, es como una presencia animal que está en todas partes, en cada rincón, en cada centímetro cuadrado de la enorme mesa blanca, incluso está dentro de uno mismo, escondido en el ritmo de la respiración, que él tiende a acelerar.

Escapando a esas presencias volví mi atención al detalle de las paredes que vibraban. Apoyando la oreja en un punto de la pared más amplia, o sea la del cuadro con tema marino, comprobé que la causa de la vibración eran sonidos, no ruidos de la calle. Sucesivos y diferentes, una escala musical a todas luces. Apoyando/^{una}~~la~~ oreja recorrí gran parte de la pared, buscando la ubicación exacta de la fuente del sonido, subiéndome a la silla primero y corriendo luego la mesa contra la pared y trepándome a ella para abarcar más zonas. Por debajo del cuadro y hacia la izquierda estaba, al otro lado de la pared, ubicado el músico. Sonido de tuba o algo así. Pude incluso, dada la claridad de los sonidos en ese punto, descifrar el ritmo,

nítidamente un tres por cuatro. Un principiante como yo, pero con una excelente calidad de sonido que yo no había alcanzado todavía. Me alegró tener un compañero de estudio en el departamento contiguo, aunque no pudiera verlo, un compañero que seguramente también me escuchaba a mí pegando una oreja contra la pared común. La presencia de otro postulante a la salvación me reveló la existencia de un naufragio inminente y el sálvese quien pueda, y pensaba en los remordimientos que tendría, en el caso de salvarme, sabiendo que mi compañero acaso no pudiera conseguirlo. Y esto debe ser la parte negativa y horrible de toda salvación individual. Lo mismo sentiría el de la tuba, en caso de salvarse él y de perderme yo, de modo que el compañerismo era relativo, se trataba más bien de dos naufragos disputándose la última tablita.

Una nerviosa llamada de Carlos, con noticias frescas sobre el rastreo de la bandita, interrumpió mis investigaciones acústicas. La teoría circular había quedado prácticamente confirmada al aparecer ese jueves el conjunto en plena calle Charcas, en Palermo. No, no la había visto personalmente. Pero uno de sus espías había conseguido grabar parte del concierto. Escuchá.

Deformada por una cinta mal grabada y la transmisión telefónica, escuché una música muy extraña, la música del milagro, como la definió Carlos, especie de himno religioso pero en un ritmo muy vivo, alegre, como de fox trot. Me conmovió el primer contacto real con la bandita, que ahora por lo menos existía. Teníamos el milagro casi al alcance de la mano. De Cristina no sabía nada. Desalentada, había dejado de llamar. ¡Pero la bandita existe, viejo! Por la exaltada alegría de su voz deduje que Carlos, hasta ese momento, había tenido serias dudas, lo mismo que yo, sobre la existencia real de la bandita. Acaso tam-

bién llegó a pensar que se trataba de alucinaciones colectivas. Pero bueno, teníamos una cinta grabada y esto nos obligaba a estudiar con ahinco y a seguir rastreándola implacablemente. Superada la esperanza sospechosa, ya podíamos movernos en el terreno llano de las posibilidades. Sin embargo yo no estaba del todo contento. El encierro, la ausencia de Cristina, la música, tan pobrecita, de la banda, y el destino incierto de mi compañero al otro lado de la pared, que acaso no tuviese un Carlos que le rastrease la bandita, sumergían mi ánimo en un clima parecido al del Vals triste de Sibelius.

Aunque quizás el verdadero motivo de ese estado de ánimo fuese el no poder superar aquella lección difícil que una vez aprendida supondría tocar bien según Carlos, por lo menos presentarse dignamente a la prueba. En la última conversación había tenido la mala idea de recordármela diciéndome que debía esmerarme con ella, y que cuando la supiera bien la grabaría, aunque fuese por teléfono, para hacérsela llegar al maestro Perini, quien sería en definitiva el que decidiera, llegado el momento, si estaba en condiciones, o no, de abordar la bandita y someterme a la segura prueba de capacidad. De modo que la aparición milagrosa de aquella banda no significaría nada si no alcanzaba el nivel musical necesario para superar la prueba, el milagro no supondría nada si no conseguía convertirme en el elegido que pudiera ver su aparición. Porque claro, la aparición de la virgen en Lourdes hubiera pasado desapercibida sin la presencia también milagrosa de Bernadette.

Prosiguiendo mis investigaciones, pude establecer que todas las paredes de mi departamento vibraban. En una hora de cateo, trepado a la mesa o a la silla, detecté la presencia de otros instrumentos. La pared donde se apoyaba mi cama esta-

ba ocupada al otro lado por una flauta. Recorrí la pared con las orejas y ubiqué el epicentro del sonido cerca de la esquina que limitaba con la cocina. Hojeando nerviosamente el método de flauta sin despegar la oreja de la pared pude identificar la lección que ejecutaba, algo muy difícil y muy bien tocado, casi al final del método. Siguiendo con los ojos en la partitura lo que me transmitía la pared, comprobé que a más de tocar sin dificultad los pasajes más escabrosos, hacía todos los matices indicados, por lo que una lección se convertía prácticamente en una pieza de concierto. Cuando acabó golpeé con la palma contra la pared a modo de aplauso. Me respondió con un par de discretos golpes secos, semejantes a las inclinaciones de cabeza de los músicos cuando saludan a su público. Desenpolvé mi flauta e intenté tocar lo que le había oído a mi vecino. Imposible. Contenia conocimiento técnicos expuestos en lecciones que yo no había estudiado todavía.

¿Tendría él también su Carlos que lo informara sobre los desplazamientos de la banda y esperaba como yo el momento preciso para largarse y presentarse a la difícil prueba? ¿Estaba el edificio lleno de aspirantes a músicos, cada uno con su Carlos rastreando a la bandita? ¿Estaba la mitad de Buenos Aires llena de aprendices de música desesperados mientras la otra mitad de la ciudad buscaba una banda milagrosa? No sé si Buenos Aires, pero el edificio donde yo vivía sí. Tras la pared opuesta a la de mi cama, la de la mesita con objetos inútiles y el teléfono, había un instrumento que me recordó al sarrusofón que tocaba el gallego en la banda de mi pueblo. O acaso un oboe. El sonido no era claro, y mis expertas orejas no pudieron determinar el lugar preciso donde se originaba el sonido, posiblemente porque el músico practicaba lejos de la

pared. Se trataba de escalas muy simples, y además perdía el tiempo de una manera espantosa, pobrecito. Por la pared de la cocina, y parte de la del baño, se filtraba un corno, más o menos con el mismo nivel de aprendizaje que el sarrusofón. Además desafinaba. Llevaría apenas un mes de estudio. En cambio yo, aunque no sabía determinar el tiempo que llevaba ahí dentro, tenía en mi haber una temporada que había permitido a las cebollas convertirse en un jardín, unos tallos suaves y de verde cándido, inclinados hacia afuera, buscando la escasa claridad que penetraba por la especie de tragaluz de la cocina por donde escapaba el polvo mañanero.

Resuelto a llevar a fondo aquel asunto de las paredes musicales, levanté la alfombra y arrastrando las orejas baldosa por baldosa establecí que en el piso de abajo también se hacía música. Parecía un conjunto, pero fue imposible determinar los instrumentos. Lo mismo sucedió con el techo. Trepado en la silla, y ésta sobre la mesa, oreja en mano recorrí casi toda su superficie en busca del sonido de un instrumento rival. Y si bien fue imposible distinguir sonidos, había un pie que golpeaba rítmicamente contra el piso llevando el compás del inaudible instrumento, tal como hacen los músicos principiantes. Escuché claramente primero un dos por cuatro y luego un tres por ocho. Estaba encerrado en una inmensa caja sonora tocada desde afuera por músicos que no vería nunca, y acaso el edificio entero fuese la madriguera de un centenar de músicos secretos preparándose ante la esperanza de poder integrar algún día la esquiva y saltarina Bandita del Paraíso.

En el estudio de la música no hay peor cosa que desmoralizarse. Yo ponía toda mi voluntad en superar aquella lección tan difícil, pero nunca podía pasar del décimo compás, donde empeza-

ban las dificultades serias, y si avanzaba salteando lo difícil perdía el control y la serenidad y lo único que conseguía era perfeccionar mis propios errores. Con la insistencia, advertí que siempre que abordaba esa lección, al llegar a los compases difíciles me brotaban las lágrimas, sin llorar, me brotaban de puro desconsuelo. Cuando estudiaba en la cama, o sea en una posición incorrecta, y llegaba a esos compases rebeldes (eran sólo tres, pero terribles) y medio los salteaba, ejecutando algunas de sus notas aunque sin perder el tiempo, el flautista vecino me golpeaba alarmado la pared como diciendo pare, es necesario repetir esos compases que no salen antes de seguir adelante, así no se aprende un instrumento, amigo mío. En esos momentos lo odiaba, sin considerar su generosidad al corregirme; pero luego, pensando que quizás no conociese a Carlos y no tuviese quién le informara sobre las apariciones de la banda, y que en consecuencia todo su conocimiento del instrumento fuese inútil, me entraba un remordimiento y se me saltaban las lágrimas, sin llorar, lo mismo que con los compases rebeldes.

De ninguna manera, pensaba entonces, aceptaré ser el elegido cuando los espías de Carlos logren ubicar de antemano a la bandita. Si algún flautista ha de salvarse, ése será mi vecino. Ocupar su lugar sería una usurpación, y un terrible remordimiento. Desde que el mundo es cruel e injusto, sólo los aptos permanecen y el tiempo en sus violencias arrasa a los débiles y torpes. Y pensaba en las palabras rápidas y precisas que usaría para decirle a Carlos que había resuelto abandonar. No puedo más, hermano, soy débil y me encuentro muy cansado.

Llevé mi cama a la pared opuesta para, en caso de reanudar mis estudios, hacerlo lejos del flautista del otro lado, para

saltear los compases difíciles sin que me advirtiese sobre lo peligroso de esta práctica. Llevé las cebollas brotadas a un lugar más cercano a la claridad que entraba por el tragaluz, renunciando a ellas como alimento para que se convirtieran en un hermoso jardín. Por las mañanas las salpicaba con gotas de agua quitándoles el polvo. Algunos tallos, los más crecidos, se abultaban en las puntas formando botones que no tardarían en florecer. Elegí, a modo de una referencia para ellas, un cebollar con unas hermosas flores blancas parecidas a sombrillas, de un huerto que conservaba en la memoria. La flauta, siempre al alcance de mi mano sobre la mesa antes immaculada y ahora rayada por la silla y los traslados a que la sometía en mis rastreos musicales, me parecía lejanísima, un tubo acústico sin ningún sentido. La idea de abandonar una salvación individual para entregarme a la suerte colectiva (que relacionaba con una implacable destrucción) me producía una fuerte amargura, casi un rencor; pero a la vez, ante la perspectiva de perderme en una nada compartida, sentía una tranquilizante sensación de paz, o de alivio, o de olvido, no sabría precisarlo.

El verdadero milagro, a esas alturas, era la bandita de mi pueblo. Tener ocho años y una tía solterona que los jueves nos llevaba a la plaza a la hora de la retreta, ~~una deliciosa~~. Plaza defendida por el placero y los vecinos de los avances de la pampa en las épocas de lluvia, arrancando el sorgo rebelde que brotaba junto a ligustros y rosales. Alguna semilla de cebolla, secretamente arrastrada por el viento desde huertas vecinas, brotaba al lado de la pérgola y florecía blanca y joven junto a las glicinas como otra planta de jardín. Bandita de milagros semanales y caseros, con mi tía ^(Sonia) sentada a un costado de la banda, peinada y vestida como para una postal, esperando a su

novio secreto, el viudo de la esquina que nadie podía mencionar en casa. Yo correteaba por la plaza sin atender la banda; lo que tocaban era más bien la música de fondo para mis cacerías de mariposas y escarabajos gordos de todos los colores, mientras mi tía y su viudito alegre intercambiaban en el banco, casi escondidos en la poca luz crepuscular, rápidas caricias que yo sorprendía y olvidaba. Plaza del monolito solitario (el busto del prócer solicitado por la municipalidad al gobierno central no llegó nunca), siempre verdeando después de las primeras lluvias, invadida por malezas azules y amarillas, tan silenciosa que entre pieza y pieza de la banda podías oír cantar los pájaros, y el único peligro a considerar era aquella vaca acrobática que esquivando alambrados se acercaba todos los jueves esperando un descuido del placero para comerse las glicinas.

Ante las reiteradas exigencias de Carlos, e indirectamente del maestro Perini, tuve que grabar por teléfono esa lección crucial. Al llegar a los compases rebeldes que se oponían a mi salvación hubo esguinces y piruetas, saltos desesperados en conciencia plena, agachadas y aceleraciones múltiples, puertas abiertas al azar y conciencia absoluta del desastre. Con todo el desparpajo me animé a preguntarle a Carlos qué le había parecido. No sé, no te oí, estuve grabando, hoy mismo le llevaré la cinta al maestro Perini. ¿Sabés qué pasa, Carlos? Los nervios. Normal, dijo Carlos y con una voz que no tenía el entusiasmo de otras veces me comunicó que la lógica del itinerario de la banda estaba dominada. En el mapa de la ciudad que tenía a la vista mientras me hablaba, la unión de los puntos donde había actuado la bandita formaba una espiral. Desde la última aparición en Palermo, el itinerario había

sido Villa Crespo, Caballito, Boedo, San Cristóbal, Balvanera, de modo que estaba cantado que la próxima semana aparecería en Once, nuestro barrio. Como si la bandita misma nos buscara, ¿te das cuenta?

Alrededor de las tres de la mañana de ese día terrible la pared más grande de mi departamento parecía de cartón, vibrando como si docientas tubas enloquecidas tocaran al mismo tiempo. Me despertaron gritos y el ruido de una puerta derribada. Salté de la cama y me pegué a la pared para escuchar. Los gritos eran voces de mando, pero se me escapaba el sentido de las palabras, mezcladas a la estridencia de una radio que se puso a sonar de repente y a un crujido de muebles reventados. A pesar de la confusión pude distinguir tres voces de distinto timbre. Luego hubo un silencio cuya duración se me escapa, apenas interrumpido por el inocente crujir nocturno de mi mesa. Un silencio de voces, ya que la radio seguía funcionando, aunque con menos volumen. Con un fondo musical de trompetas me llegaron nítidas las palabras del estudiante de tuba: no, por favor, yo no hice nada, por favor. Voz como intrusa, emitida a destiempo, como los ruidos de mi mesa. Alguien aumentó el volumen de la radio y otras palabras que dijo el estudiante se perdieron. Hubo lucha o empujones, alguien dio contra la pared (justo donde yo tenía apoyado mi cuerpo), tan fuerte el golpe que el cuadro del naufragio lo acusó, como un sismógrafo. Hubo otros ruidos: cajones abiertos que caían al suelo, vidrios rotos, metales aplastados (¿la tuba?). Salieron pateando objetos dispersos por el suelo. No usaron el ascensor, o no pude oírlo. La radio quedó sonando toda la noche, música de jazz y recomendaciones para los conductores nocturnos. Procurando no hacer ruido, arrastré la mesa y la apoyé, acostada, sobre la puerta, y la tran-

qué con la varilla de la cortina de la ducha, estúpidamente, conciente de la inutilidad de mis acciones. En las demás paredes había calma. Como en la del flautista mi oído agudísimo creyó percibir algo diferente del silencio, llamé con tres golpes muy suaves. No sé qué quise decirle con mis golpes, no sé qué quiso contestarme con los tres golpes que dio él.

Mi jardincito estaba en flor. Las varillas con sus flores blancas, inclinadas hacia la luz como si las soplaste el viento. Los bulbos, casi tapados por el polvo y las basuritas que les ponía a modo de tierra cada vez que limpiaba los pisos. Siguiendo una costumbre de mi tía Sonia, hablaba con las plantas cada vez que las regaba. Por supuesto, diciendo tonterías, lo mismo que cuando uno habla con un gato o un perro. Procuraba hablarles de cosas que ellas pudieran entender, es decir, relacionadas con ellas. Les describía espacios abiertos, huertas regadas por acequias, la inmensa luz del sol a cielo descubier- to. Y ellas temblaban, supongo que de algo parecido a la alegría. Cada día tocaba para esas flores la única lección que sabía bien, la más fácil del método, por supuesto. Y siempre a la misma hora, para que aprendiesen a esperar el sonido. Y en los miedos nocturnos ellas estaban presentes, me aterraba lo que pudiera pasarles en caso de derribo de puerta con irrupción violenta y rotura de muebles y paredes que vibran más de lo debido. En nuestra escala de relaciones, mis flores tendrían unos nueve o diez años a lo sumo, y eran tontas y dulces, igual que las primas que tenía en mi pueblo.

También conseguí dialogar con los músicos lindantes, diferenciar sus voces. El corno de la pared de la cocina usaba golpes cortos y nerviosos, de stacatto, por más que mis mensajes fuesen pausados y tranquilos. Me lo imaginaba petiso y gordito,

qué con la varilla de la cortina de la ducha, estúpidamente, conciente de la inutilidad de mis acciones. En las demás paredes había calma. Como en la del flautista mi oído agudísimo creyó percibir algo diferente del silencio, llamé con tres golpes muy suaves. No sé qué quise decirle con mis golpes, no sé qué quiso contestarme con los tres golpes que dio él.

Mi jardincito estaba en flor. Las varillas con sus flores blancas, inclinadas hacia la luz como si las soprase el viento. Los bulbos, casi tapados por el polvo y las basuritas que les ponía a modo de tierra cada vez que limpiaba los pisos. Siguiendo una costumbre de mi tía Sonia, hablaba con las plantas cada vez que las regaba. Por supuesto, diciendo tonterías, lo mismo que cuando uno habla con un gato o un perro. Procuraba hablarles de cosas que ellas pudieran entender, es decir, relacionadas con ellas. Les describía espacios abiertos, huertas regadas por acequias, la inmensa luz del sol a cielo descubier- to. Y ellas temblaban, supongo que de algo parecido a la alegría. Cada día tocaba para esas flores la única lección que sabía bien, la más fácil del método, por supuesto. Y siempre a la misma hora, para que aprendiesen a esperar el sonido. Y en los miedos nocturnos ellas estaban presentes, me aterraba lo que pudiera pasarles en caso de derribo de puerta con irrupción violenta y rotura de muebles y paredes que vibran más de lo debido. En nuestra escala de relaciones, mis flores tendrían unos nueve o diez años a lo sumo, y eran tontas y dulces, igual que las primas que tenía en mi pueblo.

También conseguí dialogar con los músicos lindantes, diferenciar sus voces. El corno de la pared de la cocina usaba golpes cortos y nerviosos, de stacatto, por más que mis mensajes fuesen pausados y tranquilos. Me lo imaginaba petiso y gordito,

algo viejón y corto de palabras. No sé qué cosa me llevaba a intuir que se trataba de una mujer. El sarrusofón de la otra pared era un muchacho joven y metódico, serio y de bigote seguramente. Cada vez que golpeaba la pared, preguntando, lo hacía en tiempos binarios. En cambio las respuestas eran siempre ternarias. El flautista (o la flautista, no tengo certezas) se comunicaba a cualquier hora, alguien muy alegre sin duda, en vez de los nudillos usaba las palmas para golpear, con las dos manos ^(a la vez) me parece. Incapaces de perfeccionar el sistema, ninguno de nosotros sabía lo que quería decir con esos golpes. Pero en la intención de diálogo había un contenido secreto que todos compartíamos. Era lo mismo que hablar con las plantas. Nuestros golpes en la pared eran dulces y tontos como las flores de mi jardincito. Y justo cuando estaba encariñándome con todo llegó, como en un tango que se llama Cuartito azul, la hora de la triste despedida.

La espiral que describía la bandita se cerró en la plaza Once, de acuerdo a lo previsto. Aquí, justo enfrente, dijo excitadísima la voz de Carlos. Vi llegar el furgón blanco, hace unos minutos, y ahora me lo tapa el monumento. ~~Anda~~ Están armando la tarima. Rubios y grandotes. La gente empieza a amontonarse. ¿Escuchás? Son ellos. Están afinando. Es increíble, hermano. Pero hay otra cosa que tengo que decirte, y es un poco fea. Iba a llamarte ayer pero se me pasó. Supongo que vos mismo ya te has dado cuenta. El maestro Perini oyó la cinta que grabamos y dice que todavía no estás en condiciones de presentarte a una prueba con posibilidades de éxito, aunque se tratara de una bandita de mala muerte. Que la técnica, el sonido, en fin, todo eso. Él es muy minucioso. Dice que si tu vida va a depender de esta prueba, él se opone terminantemen-

te a que corras ese riesgo. Yo también oí la cinta, y aunque te equivocás mucho, pienso que no es tan desastrosa como él dice. Los maestros siempre exageran un poco. Y francamente, no sé qué decirte. Habrá nuevas oportunidades, supongo, y no sé, yo también tengo miedo. Vos leés más o menos bien y sentido del ritmo no te falta. Podríamos probar con percusión, más adelante. La flauta es un instrumento muy difícil. De todos modos, el único que puede decidir aquí sos vos.

No recuerdo qué le contesté, antes de colgar rápidamente. Vi que la flauta, con su estuche, cabía justo en mi valijita, y todavía quedaba un espacio para una muda de ropa. Doblé y acomodé todo en la valija cuidadosamente, a pesar del apuro por salir, pensando que si procedía en orden desde el principio todo saldría bien, sin saltar cosas o apresurarme innecesariamente, como había hecho con mis lecciones de flauta. Porque mi fracaso se debía sin duda a una falta de orden, no a que estuviera negado para la música. No me preocupaba el no haber podido superar la lección clave del método. En la prueba, si la había, ejecutaría aquella lección fácil que dedicaba todos los días a mis plantas, más por deseo de comunicarme con ellas que por necesaria disciplina. Esta lección nunca me la había oído Carlos, ni el maestro Perini. Seguro que la hubiesen aprobado, olvidando lo fácil que era de tocar, convencidos por la expresión que le daba. Porque, francamente, me salía bordada.

Sabiendo que la bandita terminaba sus conciertos apenas empezaba a anochecer, hice mis cálculos echándole una ojeada al tragaluz, y deduje que disponía casi de una hora. Estaba a un par de cuadras de Rivadavia, después sólo tendría que ^(que vivía en Rivadavia) cruzar en diagonal la plaza Once. Seguro que Carlos, estaría

asomado a su balcón para avisarme si surgía algún peligro nuevo. Lo importante ahora era no tener miedo y prestar atención a cualquier detalle imprevisto. Llegar a la bandita sin interrupciones ni sorpresas. Actuar con normalidad, como si no pasara nada, como si se tratara de un jueves cualquiera de otros tiempos y mi tía Sonia me estuviese peinando para ir juntos a la retreta de la plaza pueblerina. Se trataba de una simple mudanza, me iba, y la buena educación indicaba despedirse de los vecinos. Di dos o tres palmadas amistosas en cada pared, incluso en la de la tuba desaparecida. Imaginé su departamento deshabitado, abierto, por las ventanas y las puertas rotas entraría el viento, las hojas secas del otoño, las lluvias frías, entre los muebles rotos se refugiarían aves perdidas y sucias alimañas. Sólo recibí respuesta de la pared de la flauta, que interrumpió una escala impecable para responder. Me entró el remordimiento. ¿Cómo avisarle que la bandita estaba ahí, al alcance de su mano? Y él (o ella) ni siquiera sabía que mis golpes significaban adiós, que las palmadas con que respondí también eran adiós, creyendo como siempre, en nuestro idioma de una sola palabra, que simplemente reiterábamos nuestra presencia viva. Y sin embargo yo me iba. Ya lo ves, todo en el mundo es inquietud, dice "Cuartito azul". En ese sentido hablé por última vez con las plantas, con mi jardín en flor. Me disculpé de abandonarlas justo en ese momento, seguro de que ellas habían florecido para mí, y todo eso del marinero de Machado.

Bajé por la escalera siguiendo un impulso de apropiarme, pisándolos, de cada uno de los escalones. Aunque todavía era de día, la luz de abajo ya estaba prendida, y lo primero que vi al salir de mi encierro fue la sombra de mi valijita, rom-

boidal y tristísima sobre las grandes baldosas. Acababa de llover, había charcos en la calle. Crucé a la acera de enfrente para echarle un vistazo al edificio, al balcón que correspondía, según cálculos, a mi desaparecido compañero de la tuba, pero todas las ventanas del edificio estaban cerradas y no se filtraba el más mínimo de los sonidos. Alcé una mano en despedida a mis compañeros de estudio, aunque no nos conociéramos, aunque no estuviesen asomados a los balcones o espiando por las celosías, aunque, aun asomados, jamás pudieran identificarme con el que tocaba la flauta y se equivocaba siempre en los mismos compases de aquella lección difícil. Pero sentía que de alguna manera ellos se estaban despidiendo de mí y me deseaban buena suerte. Tratando de no llamar la atención de nadie pero alzando la voz como para que me escucharan desde el último balcón grité "¡muchachos, la bandita está tocando en plaza Once!". Y tomé por Urquiza, muy lento, como para darles tiempo a que me alcanzaran y poder llegar juntos al encuentro con el milagro.

Y andando se me cruzó una ilusión por la cabeza: suponiendo que no hubiese sucedido nada de lo sucedido, suponiendo en todo caso que la ferocidad diese una tregua, un tiempo para levantar las cosechas, como en las guerras antiguas, permitiendo de paso que las mujeres pudieran parir fuera de las trincheras hijos no violentos, suponiendo que todo volviese a ser dulce y apacible como la plaza de mi pueblo después de las primeras lluvias, entonces, con los que quedaron encerrados en el edificio practicando inútilmente sus instrumentos, podríamos formar nuestra propia bandita. Para empezar no estaba mal: tuba, corno, sarrusofón, y nada menos que dos flautas. Entonces no sería necesario esperar que un milagro cayese del

cielo: estaríamos haciendo nuestro propio milagro, y eso sería una delicia.

Por Rivadavia, media cuadra antes de llegar a Rioja, mi oído acostumbrado a percibir sonidos a través de las paredes distinguió claramente entre los ruidos de la ciudad y un ritmo diferente que se filtraba, como un trote lejano. Era la bandita, claro. Y un poco más allá ya era audible el claro sonido de un saxo tenor llevando el tema, el mismo de la cinta que Carlos me había hecho oír por teléfono. O sea el milagro atrapado por la lógica. Y el pájaro cantando dentro de la jaula, como una flor real traída de un paraíso inexistente.

Al llegar a la esquina de Rioja divisé a Carlos en su balcón del tercer piso. El ya me había visto y me hacía señas indicándome la ubicación exacta de la banda, todavía invisible para mí, más o menos por la parada de autobuses junto a la Estación. Me hizo señas, creyéndome perdido o desorientado, porque yo me había detenido, dudando entre volver o avanzar hacia la banda, porque justo debajo del balcón de Carlos, y fuera de su visión, subido a la acera y prácticamente recostado contra el edificio, había un Falcon verde.

Imposible saber si había alguien dentro del coche. Los cristales, además de ser oscuros, estaban salpicados por pequeñas hojas apenas verdosas, lo mismo que el techo y el capó. A lo mejor, pensé, lo habían abandonado por alguna avería, en cualquier momento llegaba la grúa y se lo llevaba. Pero en cuanto crucé la calle en dirección a la plaza encendió sus potentes faros antiniebla como avisándome que me había visto, y las escobillas del parabrisas se agitaron nerviosas, arrancando del cristal las hojas adheridas. Dedicué una rápida

mirada al balcón del tercer piso, donde seguía gesticulando un Carlos ya inútil, y acto seguido puse todos mis sentidos en la distancia que me separaba de la banda, cuya música, sin llegar a aturdir, se había apropiado enteramente de la plaza.

A pesar de la inutilidad de los gestos de Carlos (para llegar a la banda entre el gentío no había guía mejor que el sonido mismo), sentí que su mirada me protegía, actuaba como un haz de luz indicadora, como alumbrando el camino entre el borde de la plaza donde me había parado tras cruzar la calle, y el sitio que ocupaba la bandita. En otro orden de cosas, por lo menos tenía un testigo para lo que sucediera, y él podría contárselo a mis padres y a Cristina en el caso de que me pasara algo malo.

El Falcon pareció serenarse en cuanto me vio inmóvil en el borde de la plaza, las escobillas quietas y los faros apagados, despreocupado de las nuevas hojas que empezaban a cubrir otra vez el parabrisas. Sin moverme de mi sitio fingí esperar un taxi, y en los dos o tres minutos que siguieron el Falcon no dio ninguna señal de vida, como si se hubiese dormido.

Aproveché para fijar con precisión mi recorrido hasta la banda, evitar los rodeos inútiles al borde de los canteros (sólo tendría que pisar el césped de uno, violando reglamentos), y a la vez pasar lo más lejos posible, sin alejarme demasiado de mi meta, del monumento central de la plaza, ese armatoste horrible, donde el instinto me decía que podía ocultarse un segundo Falcon verde, ya se sabe que estos bichos siempre van en yunta.

Elegido mi itinerario, inicié el recorrido caminando lentamente, esquivando con cuidado los charquitos de la reciente

lluvia. No bien adivinó mis intenciones, el Falcon, desperezado, bajó de la acera y empezó a cruzar tranquilamente Rivadavia, al sesgo, con la trompa apuntando hacia la bandita, mientras varios policías corrían a cortar el tráfico y así facilitar su desplazamiento. Sin necesidad, ya que los coches, al verlo, se detenían para darle paso. Cuando subió a la plaza, la última luz solar o la de los semáforos alumbró las hojas que cubrían el coche a manera de escamas, que reverberaron en un juego vivísimo de luces encontradas.

Orienté mis pasos en el sentido de obligarlo, si quería mantenerse cerca de mí, a bordear los canteros o a detenerse a cortar los alambres con que muchos de ellos estaban protegidos, alambres que yo podría saltar tranquilamente. La banda, todavía a los lejos, ya era visible sobre su tarima, así como un gran cartel en lo alto donde ondeaba "salva tu alma", y más abajo, con letras más pequeñas y casi ilegibles por la distancia, La bandita del Paraíso, como nimbando aquellos instrumentos dorados y redondos, aquellos músicos intactos, sanos, enormes, recién bañados, recién nacidos.

El Verde, al parecer, gozaba con la cacería. Sus movimientos eran armoniosos y respondían a una cautela felina. Si yo me detenía, él también lo hacía y me esperaba, procurando mantener siempre la misma distancia entre nosotros. Parecía un coche solo, sin conductor, que guiado por la costumbre actuaba por su cuenta. En el juego, lo obligué a pasar dos veces por el mismo cantero, aplastando ligustros o algo así, y hubo un momento en que nos alejamos bastante de la banda, quedamos los dos dándole la espalda y mirando hacia el edificio donde vivía Carlos, casi al borde de la calle. Apenas hacía ruido al deslizarse, y en los momentos de acechanza agitaba las esco-

billas o encendía los faros antiniebla mirándome fijamente. Estos movimientos me permitieron comprobar que sus ventanillas estaban cerradas, sin traza alguna de caños negros apuntando hacia afuera, y que sus cristales eran oscuros como el parabrisas. Comprendí que sus intenciones eran impedir que yo llegara a la tarima donde actuaba la bandita y mantenerme en ese juego hasta que ésta se retirase. Después no sé, si no me dejaba llegar, quedaríamos los dos solos en la plaza, con toda la noche por delante. Su actitud, sin embargo, demostraba también el poder de la bandita, su condición milagrosa de poder mantener a raya a uno de estos monstruos.

Comprobada entonces la posibilidad del milagro, había que pensar urgente una estrategia para poder llegar al lugar donde los músicos tocaban, en esos momentos a no más de 50 metros de nosotros. ¡El monumento!, me dije, y hay que ver qué hermosa me sonó por dentro esta palabra a pesar de lo feo de ese adefesio solitario. Si lograba obligar al Falcon a dar una vuelta a su alrededor persiguiéndome, y yo en un brusco cambio de dirección volvía sobre mis pasos, mientras él, embalado, diera la vuelta completa alrededor de la estructura faraónica, yo ganaría la tarima antes de que él tuviera tiempo de completar la vuelta y colocarse nuevamente entre la bandita y yo.

Me encaminé lentamente hacia el monumento procurando que el coche acortara la distancia invariable que le interesaba mantener. Cuando conseguí que se pusiera a escasos metros de mi espalda salí corriendo de golpe iniciando un giro alrededor del monumento. Al perderme de vista durante unos segundos aceleró, y entonces me detuve bruscamente, pegando mi cuerpo contra la mole de cemento, y lo dejé pasar muy embalado, casi rozándome, al tiempo que iniciaba mi marcha en dirección contra-

ria. En el brevísimo cruce, lo único que pude ver del coche fue el parabrisas salpicado de hojas y las escobillas enloquecidas agitándose. En la carrera se abrió el estuche de la flauta dentro de la valija, el tintineo de los tubos sueltos se mezclaba al ruido del motor del Falcon al otro lado del monumento. Al comprender mi treta aceleró más dando bufidos, corriendo inútilmente sobre terreno falso, mientras yo ganaba en línea recta el sagrado lugar ocupado por la bandita.

Unas trecientas personas, intocables mientras durara el concierto, rodeaban la tarima. Trataba de abrirme paso entre ellas cuando el Falcon apareció por el otro costado del monumento, mermó la marcha y se acercó a nosotros casi hasta rozarnos. Allí se detuvo. Los que estaban más próximos al coche se abrieron respetuosamente y siguieron escuchando el concierto como si no pasara nada. El Falcon, impaciente, dio un bocinazo pidiendo paso. Una bocina ronca, destemplada, de viejo coche de los años 30, que hizo vacilar la armonía de la banda. La gente, atemorizada, se abrió en dos grupos dejando un espacio libre entre el coche y la bandita. El movimiento humano me dejó contra la tarima, protegida por una soga. El Falcon no avanzó por el camino que se le había abierto. Sin moverse, encendió un sinnúmero de luces adicionales, giratorias, que destellaban en chisporroteos de diversos colores. El director, alcanzado por las lumbraradas, volvió un momento la cabeza y siguió dirigiendo, sin dar mayor importancia a esa presencia. Entonces el Falcon encendió los faros y concentró los chorros de luz sobre la banda. Envueltos en un incendio artificial, los músicos perdieron sus colores, los instrumentos se pusieron grises y el conjunto en general pasó a ser una foto velada, una diapositiva mal proyectada, algo como muy triste y muy abandonado, bandita zaparras-

trosa en la plaza de un pueblo polvoriento. El director, un rubio grandote, se volvió airado hacia el Falcon gesticulando y alzando la batuta. El coche retrocedió un par de metros, apagó todas sus luces y el motor, y esperó.

En cuanto quiso anochecer llegaron las patrullas, que nos rodearon tratando de retener a sus perros amaestrados, insensibles a la música, que gemían por correr hacia nosotros y dispersarnos por los cuatro rumbos. Según el programa del concierto, impreso en la contratapa del folleto religioso, la banda estaba ejecutando la última pieza. Pero la estaba repitiendo, por tercera o cuarta vez, para prolongar la libertad momentánea y, eventualmente, la vida de los más desgraciados. Da capo, da capo, gritaba el director, tratando de hacer infinito algo tan perecedero como la música, que tiene estrictas limitaciones en el tiempo. La presencia descarada del Falcon volvía más celoso y moroso al director, que parecía dispuesto a seguir toda la noche con su concierto, violando acuerdos o tratados.

Un oficial se acercó con su perro a la tarima haciendo señas de que el concierto debía terminar, ya era de noche. El Falcon, discretamente, encendió las luces de posición. El grandote de la batuta, sin dejar de moverla, asintió con la cabeza y ordenó a uno de los requintos que enfundara. El requinto obedeció, plegó las partituras y el atril, bajó de la tarima y salió hacia el furgón entre las cuerdas de un andarivel que unía la banda con el vehículo. Sucesivamente, según avanzaba la noche y llegaban más patrullas, los músicos fueron plegando sus atriles. Quedó un requinto solo, un trompa, un bombardino y el redoblante. El tema de la pieza, a cargo del único requinto, sonaba tristísimo. Pero dulce, como la lección fácil que yo

tocaba para las flores de mi jardín abandonado.

El grandote movía la batuta sin control, hablando en voz baja con los músicos, atento más al Falcon que a la partitura. Conseguí ponerme a su lado y le oí comentar que se trataba de un abuso de autoridad. Entonces aproveché para decirle que yo era músico y que el Falcon estaba ahí por mí. El rubio me enfocó con unos grandes ojos azules, incrédulos y fríos. El oficial y su perro se acercaron más, aunque siempre respetuosos de la autoridad de la bandita, para tenerme a mano en el momento preciso. Mientras los dos hombres me miraban friamente contrapesando autoridades y poderes, aproveché para sacar ^(y armar) la flauta de la valija, mientras el Falcon, acaso para intimidarme, lanzaba un par de parpadeos de sus faros antiniebla. Esto, y supongo que la presencia de la flauta, decidieron al director, que de un manotazo me subió a la tarima sin darle tiempo al oficial a que atinase a nada con su neurótico perro.

¡Toque!, me dijo enfrentándome al atril del requinto, quien me señaló el compás por donde iban, que ni siquiera pude ver. ¡Toque, caramba!, insistió el grandote, seguro de que si no lograba hacerlo él se vería en la obligación de entregarme al oficial y éste al Falcon Verde. El requinto me señaló otro compás de la partitura, mientras yo luchaba todavía con mis nervios para poner los dedos en la flauta. Da capo, insistió el director, y viendo que el resto de la bandita repetía la partitura desde el comienzo para darme oportunidad de entrar mientras yo todavía vacilaba, se acercó y me colocó los dedos en la posición necesaria para tocar un re. «Ahora sople y toque siempre ese re hasta que esto se acabe», dijo muy agitado.

Mi re, limpio y cristalino, concordaba maravillosamente con las notas que tocaban los demás instrumentos. «Muy bien,»

dijo el grandote dejando que sus palabras se mezclaran a un destello satisfecho de sus ojos azules. «Genial», dijo el bombardino aprovechando un compás de espera, para darme ánimo. Algunos, entre el público, aplaudieron, y hasta se oyó algún bravo. Aplaudían mi salvación, claro, no la presencia regalada de mi única nota. Acaso entre ellos estuviese Cristina, o el maestro Perini, el propio Carlos. Quién lo sabe. Yo sólo veía, en mi aturdimiento, un conjunto de óvalos faciales, cenicientos y desamparados.

Mientras soplaba mi nota solitaria, intuí que sin la presencia del Falcon difícilmente me hubieran admitido en la Banda. Qué director que se precie acepta a un músico de una sola nota. Como para creer que ese coche, aparentemente sin conductor y librado a sus instintos persecutorios, formaba parte del milagro. Acaso su presencia fue urdida por la dinámica del milagro mismo,

El Falcon, cuando me vio integrado y por lo tanto fuera de su alcance, empezó a degradarse rápidamente, como atacado por sustancias químicas. Giró torpemente dándonos la espalda, con intenciones evidentes de volver a su escondite en la calle Rivadavia. Pero la dirección no le respondía. Con una bujía desconectada, los vidrios rotos, sonando en falso, pinchando ruedas, perdiendo escamas, derrotado, a tumbos y dando bandazos, vieja carreta en medio de un pedregal, fue a chocar contra el monumento, donde los vientos y las lluvias del otoño naciente acabarían pudriéndolo, donde sería desguazado por los menesterosos y vendido por piezas en oscuros cambalaches.

Ante una señal del director dejé de tocar y me dirigí al furgón blanco por el andarivel, desde donde vi cómo las patrullas, aun antes de que acabase la música (el trompa y el

bombardino seguían tocando) obligaban con sus perros a circular a la gente, detenían a los sospechosos y los llevaban a sus propios furgones.

Y más allá de los restos del Falcon aplastado contra el monumento, más allá de los aullidos de los perros que con obcecada e irracionalidad mordían odiando sin saber lo que hacían, en clara situación de milagro pude ver, desde el andarivel, el sendero que conducía a la plaza pueblerina. Bajo la glicina de la pérgola los instrumentos, redondos y dorados, brillaban al sol y llenaban el aire de una tranquila musiquita antigua. Mi tía Sonia, como en una postal, desplegaba sobre el banco de madera la campana ondulante de su vestido blanco.

"Vamos, pronto", dijo un requinto desde el extremo del andarivel. Y me tendió una mano para ayudarme a subir al furgón de la bandita.

AL OTRO LADO DEL MAR

Seguía cortando ramas para la nueva choza en ese lugar apartado aunque las palabras que estaba oyendo demostraban que cortar ramas y la nueva choza eran actos que ya no existían en el tiempo. Cortaba todavía algunas ramas inútiles como para prolongar algo que se iba. Sus compañeros ^(de siempre) parecían otros seres, no ellos, con esos trazos identificatorios en el pecho, y sus palabras decían con demasiada claridad que aquéllos, los temidos, habían llegado finalmente, traían armas y animales feroces no pensados, y ellos habían entregado todo a cambio de la vida. Estaban contados y repartidos, él también estaba contado aunque todavía no le hubiesen pintado el pecho, ni su mujer ni su hijo le pertenecían cabalmente ya. Por lo tanto era inútil seguir cortando ramas, no habría nueva choza, debía volver a la aldea y entregarse para que no matasen a otros. Y más, más palabras y espantos y el miedo que subía, entre palabras podía ver su propio miedo pintado en la cara de su mujer dejando caer por inútiles ya las ramas que traía. Para despintarlo estuvo por decirle que más allá del río la tierra se extendía sin término y que podrían huir adonde aquéllos no llegaran, pero las caras de sus compañeros, como adivinando sus pensamientos, eran todavía peores que las palabras para decir que eso era imposible. Las palabras y el miedo no llegaban al niño, él seguía cortando ramas, de esas pequeñas que sirven para trabar, había manchas amarillas alrededor de su boca, el huevo de avestruz comido esa mañana. Incluso podría demostrarle a ella que al niño no le harían nada, pero las palabras de los otros remolineaban en el aire, movían el aire como si ^{éste} fuese de barro. El aire ^{se lo} ~~con~~ ^{solado} se puso de repente frío en la mañana detenida por las palabras.

Las palabras danzando en el aire quieto subían y bajaban, abarcaban toda su estatura procurando meterse en su cuerpo como un maleficio, aunque él se cerrase todo para que no penetrasen, aunque se tapara los oídos, ellas atravesaban piel y huesos, lo llenaban todo por dentro y cuando ya no cabían, cuando arqueaban huesos y ya no dejaban circular la sangre, salían por lo blanco de sus ojos otra vez al aire paralizado mientras el acto de cortar ramas desaparecía en el tiempo.

Caminaban por montes cambiantes que tenían la apariencia de ser mirados por última vez, sintiendo el huir de iguanas y lagartos, los miles de ojos de la fauna ^{escudidos} que los veía pasar desde los matorrales salvíficos, los animales sabían muy bien lo que pasaba y también tenían miedo. Desde niño había oído que vendrían unos hombres como dioses, acaso desde el aire, para llevarlos a un no muy definido paraíso. Para eso tenían que pasar muchas lunas, y ahora las lunas habían pasado y el tiempo se acababa. ¿Volando?, preguntaba sin mirar a nadie. No, no volaban, pero quizá pudieran hacerlo, y le mostraron el espejo donde vio su cara. El objeto parecía un trozo de río artificial, igual que el río le devolvía su cara, pero demasiado quieta, indicio claro de que el tiempo se había acabado y ahora qué. Tienen muchas cosas como éstas, decían las palabras, que ayudadas por señas describían perros y arcabuces, ruedas y caballos, posibles elementos del cielo presentido. ¿Muchos?, preguntaba refiriéndose ⁽¹⁾ a matar, y un monosílabo que duraba más de lo debido respondía ^{muchos.} Si han matado no vienen del cielo, pensaba justo cuando estaban por cruzar el río próximo a la aldea tomada y oía los ladridos de los primeros ^{del} ~~en el~~ perros en el mundo, escalofríos, le explicaban que no eran los arcabuces, eran armas, sí, pero vivas.

(1) > los compañeros que se resistieron y murieron.

No veía todavía a los invasores, pero era como si estuviesen. El paisaje corriente era otro. Parecía que habían talado todos los árboles, aunque estaban ahí, con otro aspecto. Los animales del monte y del río eran claramente una posesión de ellos. El poder de los invasores vivía por sí mismo, no era necesaria que estuviesen presentes para verlos. Sin llegar, habían llegado con toda su verdad hasta la choza que estaba construyendo allá lejos, un lugar que los invasores no verían nunca pero que les pertenecía, y a esto lo sabían también los animales de la selva. Eso pensaba o alguien ^{lo} estaba pensando ^{por él} ~~ese en él~~. Los pensamientos venían de afuera, ~~como los hombres que ahora tendría que ver,~~ ^{de} Tampoco ^{de} ~~le~~ ^{los} ~~sus pensamientos le~~ pertenecían, ~~eran~~ ^{de} ellos.

No eran muchos. Menos mal que perros y caballos estaban atados a los árboles, ^{ya} irreales. Sin soltar sus armas de fuego y sus puñales, habían dividido y marcado todo el terreno, ^{puesto} valladas por todas partes, encerrado a todos los hombres, que como el paisaje habían cambiado de aspecto, parecían animales domésticos. Todo estaba hurgado y mirado. ~~En una~~ ~~tienda que montaron~~ ^{rápidamente} estaban apiladas todas las cosas que existían en la aldea. Cacharros, adornos, hilos de colores, metales preciosos, grasas y ungüentos, ^{hierbas} medicinales, instrumentos musicales, calendarios, hachas y flechas. Cuando todo estuvo visto y clasificado preguntaron por los muertos y removieron la tierra del cementerio, abrieron las urnas y quitaron a los cuerpos todo lo que brillase. Y todo lo hacían ululantes en una lengua imposible, eran voces de mando altisonantes, hijas menores de la voz ronca de los arcabuces que producían muerte instantánea en el mismo tiempo en que una piedra se hunde en el río.

Entró en su aldea como si fuese a robar algo. ^{y lo hicieron prisionero} Su mujer desapareció con otras en un extremo del caserío, ^{donde ella excusaron} las encierran. El Mirra de a poco a los invasores. Mucho tiempo los ojos ~~están~~ mirando las botas y apenas se atreven ^{¡otro} a subir hacia la altura de los puñales. Las voces de los hombres se mezclan ^{con} a las de los perros, y ~~hay~~ ^{habían} caballos que masti-

can metales. Mirá la mano del hombre que le pinta² el pecho, ~~ahora~~ mirá el pecho pintado de su compañero de encierro, cuando está¹ diciéndole algo el guardián levanta el arcabuz, él ve¹ entonces primero el orificio negro y detrás la cara del guardián, por primera vez los^{miraba} mira, ojos azules y cabeza metalizada. Desde las botas hasta la cabeza de metal el sol pone² espinas amarillas^{Como} de huevo de avestruz en todo el contorno del invasor y ve⁰ que su cara es¹ preferible a la de los perros irascibles. El guardián protagoniza¹ un hecho donde él está¹ excluido, pero le permite algunos movimientos y él entonces puede moverse un poco, no demasiado porque si no el hombre^{podría} alza el arcabuz; entonces se mueve¹ pero siente que sus movimientos pertenecen al guardián. Alguien se ha movido de más, pero¹ antes de que llegue¹ al matorral^{salvador} salvífico más próximo los perros, lo corren^{en sus caras empujados isocronis} insultándolo, lo atrapan, lo muerden, le están comiendo las piernas para que no se mueva más. El mira al guardián, sumiso y sonriente como hembra lo está mirando. El guardián dice algo con voz que no es de mando y le da un espejo, él se mira y puede ver que es un miedo en el espejo.

Y en medio de la noche adiós aldea, con los ruidos y la prisa y los gritos de mando y correr en la oscuridad empujado por los arcabuces, alzar bultos y llevarlos a través de la selva oyendo los gritos de las aves nocturnas agoreras, los animales que huyen ante el paso de los hierros, los **caimanes** que saltan de sus **madrigueras** y los pichones que caen¹ de sus nidos. Las espadas cortan la maleza y dejan ver la luna, él la mira oyendo ~~ayando~~ gritos en la cabeza de la columna, los perros están enloqueciendo, alzar los bultos y oír las ramas que se quiebran, son ramas para chozas, hay un caballo que pasa a su lado pero no lo muerde, no dice nada el caballo, y con las primeras luces del día¹¹⁰⁸ el rumor del mar que separa a los vivos de los muertos, el tiempo^{que} se acaba¹² a la orilla del mar.

Desde el bote^{vio} ve¹ la carabela dispuesta a volar. Un momento preciso en que la tierra y el mar estaban quietos, sin tiempo. Uno de los hombres

apoyó la punta de un remo en el extremo de la tierra y la empujó. El mar se quedó quieto y la tierra empezó a alejarse. Todo se iba ahora. La orilla, y más allá la selva con sus pájaros y jaguares, la aldea y las urnas funerarias que quedaron sin desenterrar, el tiempo de la caza y de los frutos, la molienda del maíz y el nacimiento de los hijos, todo se iba para atrás empujado por la punta del remo. Tanteó la flecha de piedra, el amuleto, el espejo y la pipa de arcilla que le regaló su mujer cuando durmieron juntos por primera vez. Se llevaba todo eso al otro mundo.

Habían combinado miles de árboles para hacer la carabela. Quién sabe cuánto tiempo cortando tablas con esas hachas relucientes. No se trataba de un árbol gigantesco que hubiesen ahuecado: habían formado un gran hueco con muchos árboles. Ellos trepaban fácilmente por la cuerda. A él se le paralizaban las piernas. Dos hombres de ojos ^{manos} verdes lo izaron. Sentía que su cuerpo no era nada. Podían hacer desaparecer su peso. Una piedra para tirar al mar. La tierra que dejaba también era casi nada. Los grandes árboles, empequeñecidos hasta el tamaño de un hombre. Si había hombres, eran ya imperceptibles. Mucho más imperceptible su hijo por supuesto, y mucho más en su boca las manchas del huevo de avestruz.

Apoyado contra un palo, veía cómo lo miraban. De la profundidad de la carabela seguían subiendo para mirarlo con asombro. Por primera vez se atrevía a mirarlos cara a cara. No todos tenían cabeza metalizada y barbas amarillas. Los había también de barba negra, de ojos pardos, altos y bajos, sin hierros ni corrajes, contrahechos, algunos pequeñísimos. Vio caras de ojos hundidos, manos rotas de tanto mover cuerdas, ojos de mirada ^{asombrosa} mansa como las corzuelas cuando van a morir.

Lo dejaron solo en el estruendo de los hombres que gritaban y se mueven entre las cuerdas y los palos. Corren de un lado a otro tocando esta o aquella parte de los árboles que forman la embarcación. Unos trapos se hinchan de viento, el barco tiembla como árbol que es, el viento zumba, los hombres ululan, alguien ha muerto sin duda ahora que la carabela pe-

netra los mares: o él o la tierra que se aleja tan rápido. Ahora sabía que la tierra también estaba en el mar, la veía navegar con sus ríos, sus montañas, sus nubes y sus cóndores. El viento llora en el ojo, el ojo está vivo, entonces lo que muere es la tierra que se va. No es bueno mirar el mar, decía un brujo. El ojo mío llora vivo en el mar de lo muerto, así lloraron los abuelos cuando se fueron a mirar el mar para morir y encontrar el paraíso. La carabela también se iba, se moría, y entre la carabela y la tierra muriéndose se abría cada vez más el mar. La tierra ha^{hí} desaparecido, está^{hí} tan lejos como los abuelos muertos. Las manchas de huevo de avestruz están^{hí} lejos. El mar mismo está^{hí} lejos. Todo está^{hí} demasiado lejos y lo que está lejos es del mar *y de la muerte.*

El mar que a partir de ahora vería en partes minúsculas, en el fondo de la carabela que hacía agua y en el cubo que le habían dado para que sacase el agua y la echase otra vez al mar. Cuando conseguían tapar un hueco, el agua ya estaba entrando por otro. El no sabía si dormía de día o de noche sacando agua bajo el sol y bajo las estrellas que también se iban porque eran otras, hasta caer dormido de día o de noche, sin ánimo siquiera para comer la galleta que le daban.

De alguna manera todo eso era un engaño. Eran verdad los ríos que recordaba y los animales, el alumbramiento de las mujeres y las bestias, los vivos y los muertos. Todo esto era en cambio un violento equilibrio, algo armado y apenas sostenido por un mecanismo precario. Si el cubo no sacase afuera el agua que entraba por los huecos, la carabela estaría hundida. Si los árboles cuidadosamente talados y atados entre sí se desatasen para volver a ser árboles, la carabela se llevaría todo al fondo del mar, hombres, perros y caballos. El mar no era natural como la lluvia. Nadie podía vivir sobre el mar, ni siquiera las aves. Los que desafiaban el mar no eran de la tierra, o eran dioses o estaban muertos. Eran hombres muertos los que lo ^{habían sacado} sacaron de su tierra y lo ^{llevaron} llevaron por el mar.

Sacando agua de día y de noche hasta que el cansancio lo postraba (el cansancio era su verdadera noche) percibía que la sucesión de la luz y de la sombra no variaba, ni la vigilia y el sueño, ni el hambre y la saciedad. Eso era lo único cierto por ahora y a eso debía aferrarse. A esto no habían podido cambiarlo ni atarlo con cadenas ni matarlo con sus arcabuces ni hacerlo morder por los perros. Lo demás era sin duda una pura invención que algún día se destruiría sola, cuando acabase de ser una invención que no puede durar. Inventos los viajes, inventos los metales con que cubrían sus cabezas, inventos los arcabuces y los puñales, inventos sus palabras incomprensibles, espejos y papeles, sus barcos y sus trapos al viento, sus barbas y sus gritos irascibles. ¿Qué hará esta hora el niño que apenas se alzaba de la tierra? ¿Quién lo protegía del mal tiempo y de los animales feroces? ¿Qué harían la piel de su mujer y las ramas de la choza? Aquello tampoco podía ser cierto ya, de tan lejos, de tan empujado por la punta de los remos. Entonces era cierto que estaba cruzando el mar (o el mar a él) como nadie puede cruzarlo estando vivo, entonces era cierto que iba al paraíso adonde iban los abuelos, *entonces estaba muerto, como los hombres que lo llevaban no sabía adónde*

Quando había estrellas, unos seres ^{vivientes} casi piadosos venían a acompañarlo. No tenían un lugar fijo en la embarcación, como él y casi todos. Sus desplazamientos coincidían a veces con los de los hombres sobre las tablas crujientes, pero eran tan veloces que generalmente escapaban a las pisadas. Cuando no podían, bajo los pies de los hombres reventaban en sus cáscaras con ruido de fruta seca que se aplasta con piedras. No tenían sangre, apenas un líquido que duraba un momento hasta que la madera lo absorbía. ~~Parecían grandes piojos negros con alas.~~ Había otros, más grandes, que por la noche roían la madera, se comían el barco poco a poco y desaparecían cuando alguien se acercaba. Apenas había podido ver el brillo de sus ojos y atisbar las orejas y la larga cola de ceniza. Vivían entre el poco alimento

que llevaban y de noche eran los verdaderos dueños de la carabela.

Los hombres y el barco, las estrellas y los soles, todo estaba encerrado en el mar. El mar no era el agua. Las aguas eran de los ríos. El mar era de espacio, de espera sin nada atrás o adelante. No lo dejaba estar consigo ni tener recuerdos. Todo lo contenía. Aunque se reunieran mil carabelas y mil hombres dentro de cada una, el mar estaría siempre solo. No admitía compañías de ninguna naturaleza. El mar era su color, su ruido y su espuma. Era lo que estaba detrás de todas las cosas. Ahora comprendía lo que decían las viejas, que cuando el caracol se muere el mar queda dentro de su esqueleto. El mar era el padre, el principio, lo cierto. Pero las viejas ignoraban que el mar tenía dueños. *Y estos hombres permanecían frente del mar.* Había visto a esos hombres correr enloquecidos por la cubierta cuando venían las tormentas. La tormenta gritaba y ellos también gritaban, el mar gritaba y ellos respondían, con trapos y con cuerdas dominaban las tormentas, las insultaban, no les tenían miedo. Ellos y los arcabuces comprendían el idioma de las tormentas. Eran todos de la misma tribu. Los gritos de los hombres eran las voces de otros arcabuces, los que usaban para matar tormentas. Ellos mismos se convertían en arcabuces para matarlas.

Acaso nunca terminaría
~~¿Nunca terminaría el mar?~~ Si éste era el camino de los muertos, entonces los muertos no llegaban nunca a ninguna parte. Ahora comprendía lo que era morir: *estar quieto* ~~andar~~ para siempre. *mientras* ~~Por ahí andarían sus abuelos fumando largas pipas. O quizá no fuesen a ninguna parte, ni él ni los abuelos, quizá la carabela estuviese quieta y fuese la tierra la que se alejaba, con la muerte, empujada por la punta de los remos.~~ Ahora comprendía muchas cosas, podía atisbar por qué nacían los hijos y brotaban las plantas, por qué morían los viejos y caían las hojas, el misterio de los días y de las noches y la mirada de los reptiles. El sol y la luna eran como grandes bestias vomitadas por el mar. Y el mar no podía ser de agua porque el sol

nacía en el mar y no se apagaba, salía y se ponía con las mismas llamas. El mar era ^{tierra de otra sustancia} ~~la más blanda de las tierras arables~~, y abajo estaba lleno de soles que nacían cada día y ~~se escapaban hacia la tierra de sus abuelos.~~

Y estos hombres lo llevaron a su susteja, sin duda eran también los dueños de esa abuela muerta
 Ahora a lo lejos pasaban montañas, tierras que se iban como se había ido la suya. ~~No era uno quien moría sino la tierra que se iba. Y cuando la tierra moría, uno se iba al paraíso a encontrarse con los abuelos, con todos los padres que había tenido.~~ Esas tierras que pasaban allá con sus montañas y sus nieves no eran paraíso porque estaban muertas. Quizás uno no llegase nunca al paraíso, pero siempre camina ^{ba} hacia él. Miraba el viento inflado en las velas y sentía que iba hacia ese lugar sin frío ni enfermedades, donde por cada fruta que cortabas del árbol brotaba otra en un lugar simétrico, donde se vivía para siempre porque el camino nunca terminaba. No era necesario morir para ir al cielo. ~~bastaba con la muerte de la tierra, lo sabía ahora que las montañas también desaparecían~~ y los marineros cantaban, ^{o componían} ~~tenían~~ una ^{música} madera de música em la mano y ^{bebían} le daban de beber también a él ese licor morado que los hacía cantar y llorar en el mar. Alguien le alcanzó la madera musical. Tenía forma de ^{cuerpo de} mujer y muchas cuerdas. El era capaz de tocar sobre una de ellas. Tenía los sonidos que conocía y otros que no había escuchado nunca. ~~El~~ cantaba, y los hombres lo escuchaban meciendo sus cabezas y sus copas. En el canto les agradecía el líquido morado y les preguntaba de dónde eran los perros y los caballos y quién les había regalado los arcabuces y la carabela, quiénes eran ellos y adónde lo llevaban, por qué mataron a algunos en la aldea y qué les pasaría a los que quedaron ^{allá} en la tierra. Cuando el canto terminó los hombres le dieron palmadas amistosas, bebieron agua morada en la misma copa, juntaron sus manos con las suyas y esa noche lo dejaron dormir desatado. Las voces de la mujer de madera se perdían con él en el mismo sueño. Despertó tocando los objetos que traía del

otro mundo. La carabela estaba muy quieta. Podía ver claramente las agujas y las torres del paraíso.

Las casas del paraíso parecían flotar en el aire, pero sus piedras estaban bien pegadas al suelo, una tierra porosa como recién arada. Perros y caballos se movían sobre la hierba como soñados. También eran soñados los árboles de donde nacían las carabelas. Los pájaros existían como allá, sin grandes diferencias. La contemplación del paraíso no iba con el mismo ritmo que su ansiedad, que quería verlo todo hasta sus confines. La tierra subía y bajaba en ondas impidiendo una visión total y el encuentro con los abuelos. ~~Uno~~ subía hasta la cima de la ^{ondulación} ~~onda~~ para ver otra parte, y en ese momento desaparecía la parte anterior detrás de la ondulación. La nueva parte también era pequeña y fugaz. ~~Uno~~ se mareaba y con ojos nublados veía a la gente de las aldeas asomada a las puertas para ver pasar a los soldados. Y todos lo miraban a él, especialmente las plumas de su cabeza y el papagallo que llevaba en la jaula. ~~El sol~~ El sol se había levantado mucho, emergido del mar distante. El paraíso no estaba en otro mundo, había un mismo sol para la vida y la muerte. Cuando sintió el rumor de un río buscó las montañas que le correspondían, y allá estaban a sus espaldas, ^{espléndidas} ~~espléndidas~~. Aquí los ríos profundos no se cruzaban en canoa. Los ^{habitantes} ~~pobladores~~ del cielo habían alzado unas piedras inmensas sobre las aguas y podían pasar los ríos ^{sin canoa y} ~~sin mojarse~~ los pies. Los mismos árboles de donde nacían las carabelas estaban curvados hasta tocarse los ~~dos~~ extremos del ~~tronco~~ sin romperse. Les ponían caballos adelante y eso servía para andar y llevar cosas pesadas, ~~todos~~ los objetos de su aldea eran arrastrados ~~por un solo caballo~~ como si fuesen plumas y pasaban sobre los ríos sin tocar el agua. Caminaba al lado de uno de los caballos mirando los ijares sudorosos y las botas del soldado, percibien-

el olor dulce de las bestias del paraíso. ~~¿Tú no mordiendo no pegando ne?~~ Entonces yo bueno mucha comida dando. El soldado lo mira y se ríe, el caballo no responde pero escucha, sus orejas se han movido para escuchar. De la casa más alta de la aldea viene la música de las campanas, las oye cada vez más débiles hasta que el pueblo queda atrás con sus techos rojizos y la gente asomada a puertas y ventanas, el pueblo desaparece detrás de la ~~XXXXX~~ ondulación, hombres, carros y caballos ondulan sobre la superficie del paraíso mirando y desmirando pueblos que se asoman y desaparecen.

La cara de la gente. Imposible retener tanta cara asomada que lo mira. Puede recordar una por una las caras de su aldea de allá, no son muchas. Aquí son incontables, por eso no las puede recordar. O acaso porque todas son iguales. Bocas, ojos y cabellos se diferencian, pero no puede diferenciar ninguna cara, ni siquiera la de los soldados.

Todas las caras lo miran a él, son caras bellas que lo miran y se asombran. Algunas caras lo han mirado con miedo. En el espejo ^{que le dicen} mira su propia cara y ve que no es como las otras, hay labios demasiado gruesos y color distinto, hay huesos que salen demasiado de la carne, hay esas plumas que le obligaron a ponerse no siendo su momento, las plumas son para las fiestas o la guerra, no hay pelos en su cara como en otras, se ve semidesnudo y casi descalzo, se avergüenza, es un papagallo dentro de su jaula, es un monstruo caminando por el paraíso.

~~Y el miedo.~~ *Y el miedo. Cuidadosamente embellecido y cultivado. aldeas o pora sus*

Todas las porciones del paraíso tienen una casa más alta para las campanas. La caravana se ha detenido en la porción de ahora y los soldados principales han entrado en esa casa tan alta. De adentro sale una música casi intolerable, luego un murmullo de voces como el ruido de un río en la noche. El soldado que lo vigila gesticula diciendo que puede asomarse a la puerta y mirar. Cuando el soldado lo toma para llevarlo él retira su cuerpo, el murmullo de los ríos

nocturnos siempre le da miedo. Pasan muchas caras que lo miran y ninguna se acerca demasiado, lo miran desde alguna distancia a él y al papagallo, si alguien quiere acercarse más el soldado dice cosas y muestra su arcabuz. Hay muchos hombres viejos y casi sin ropas que estiran la mano hacia los soldados y hacia las caras de personas ricamente vestidas, hay muchos niños descalzos como él que también estiran las manos implorando, hombres y mujeres llevan cosas en cacharros y pregonan, tienen un grito de pájaros del monte, triste, perros manosos y animales de lana y caballos grises y pequeños que deben ser muy buenos ellos ~~no mordiende nunca no~~, andan mezclados con la gente que implora estirando las manos, y las voces que vienen del interior de la casa de las campanas también imploran, imploran con unas voces que también se parecen a la de los pájaros del monte, no es voz para hablar, suena como un canto y ya los soldados salen de la casa de las campanas. Entre ellos hay un hombre vestido de negro, los soldados le permiten acercarse a él más de lo debido, el hombre de negro toca su cabeza y le da una medalla donde una mujer hermosa tiene un niño en brazos. El hombre de negro gesticula dice cosas que él no comprende, se da cuenta sin embargo que el hombre de negro le está diciendo que hay algo muy importante para él en la casa de las campanas, cuando él entre en esa casa dejará de ser un animal pero ahora es ^{este} un animal, cosa que él ya sospechaba, qué otra cosa puede ser uno en ^{esto} el paraíso.

Hay gritos de partida y ahora puede mirar sin asombro a los hombres que montan a caballo, ya sabe que son dos cosas diferentes. Aparecen tres mujeres con cántaros de agua. Una de ellas habla con el soldado, que le permite acercarse sin alzar el arcabuz. La mujer le da de beber del cántaro, ~~a él, a uno le dan de beber~~, mirándolo intensamente con ojos verdes que él nunca ha visto, una mirada que él se apresura a guardar dentro de sí, hermosa piedra verde hallada en el fondo del

socavón, es algo regalado que hay que guardar para otros días, piedra de agua verde hallada en el paraíso. Guarda también dentro el olor del cántaro tierra mojada y el olor a hierbas de la mujer que lo está mirando en este formidable final del mar que está percibiendo en los ojos de la mujer que ya se acaba^y se aleja con su cántaro. Los carros se mueven, el soldado lo empuja para que camine y en lo alto de la ondulación de la mujer del cántaro todavía hay para él dos puntos en el aire como la picadura de una víbora pero dulce, son dos peces que lo siguen. Camina con cuidado como si transitara los ojos que lo han mirado. Quizás a partir de ahora, gracias a los dos puntos de la mordedura ofídica, él se parezca a ellos, ~~se le aclare la piel~~ y los ojos se le vuelvan verdes. Sabe que las cosas buenas que hay en el mundo son hermosas porque fueron contempladas por los dioses, siente que el aire que viene de la montaña se demora en su cuerpo semidesnudo, presiente que su perfil es algo perfecto contra el viento. Perros y caballos son ahora figuras familiares ~~ella mordiendo~~, y en la parte baja de la ondulación, cuando el pueblo ya ha desaparecido, se huele los brazos y las manos, percibe otra vez el olor de las hierbas sosteniendo el cántaro, él mismo huele a hierbas, huele a ella, ~~es muy probable que al otro lado de la ondulación próxima se encuentre con los abuelos.~~

Muy adentro del paraíso hay noches, lluvias y más perros, lluvias oídas desde la posada ligado a su guardián ~~con una cuerda~~, lluvias interminables para recordar lo visto. Hay muchas cosas que se repiten como las caras de la gente, cosas que no puede nombrar pero comprende. Paraíso, pero los caballos qué, y también están los mendigos, los castigos, los castillos y las cárceles, los hombres de negro en sus casas misteriosas donde viven las campanas, los señores en sus grandes carruajes y los ciegos, ciegos y miles de mendigos cantando como

pájaros que lloran en el monte, arcabuces y puñales, los carros con sus ruedas de árbol de carabela, todo armado precariamente, techos y carabelas apenas se sostienen, las carabelas flotan por milagro, el carro pasando sobre el puente es un peligro, el árbol curvado de las ruedas puede enderezarse, el tronco ⁵buscando su estatura, las ruedas desplegándose vuelven a ser troncos, saltan las ruedas y todo cae en el fondo del precipicio, estos hombres enloquecidos pueden perderlo todo en un momento, caballos y arcabuces pueden volverse contra ellos, han armado mecánicamente un mundo que en cualquier momento puede desarmarse, las aldeas que ha visto tienen techos rojizos que un viento fuerte podría llevarse, por qué hay tantos mendigos y adónde está la comida, ha oído quejarse a muchos hombres, viven juntos pero se castigan, hay garrotes y puñales y gente sin defensa y grandes fortalezas en lo alto de las montañas, y en casi todas las caras hay tristeza, todo está armado como para caerse, todo está viviendo como para morir ~~ahorita~~ mismo, adónde están sus dioses, hermosa gente triste, hermosas ciudades que se llevará el viento, hermosas carabelas y hermosas ruedas que volverán a ser árboles, hermosos cuerpos que se ocultan en la ropa como si tuviesen vergüenza de estar vivos, todo tan triste entre las campanas, hermosa gente vestida que no juega, todo ⁵se hace seriamente en el paraíso, nadie puede mirar el cuerpo del otro, cuerpo triste que no juega, mezclando árboles con piedras para hacer casas y ciudades y campanas y grandes puertas para mil hombres juntos, puertamiedo y casamiedo, campana y arcabuz, cántaro y garrote, alguien llora afuera bajo la lluvia y la noche, las lluvias del paraíso son muy tristes, adónde irán los hombres cuando la lluvia se lleve las ciudades, y tan solos que están todos mezclando piedras y maderas y metales, navegando, mendigando, castigando, custodiando, rezando, ocultando sus cuerpos como si les tuviesen miedo,

la hermosa gente llora bajo la lluvia, llora cansada y vieja, son como dioses pero no tienen dioses, viven armando permanentemente el paraíso pero qué dioses van a poner adentro, y si se distrajesen para jugar un momento el paraíso se vendría abajo con sus casas sus castillos sus príncipes sus caballos sus mendigos.

~~Todos~~ ululan como en las carabelas cuando las tormentas; todos corren en la ciudad llena de criados y soldados, ~~ululantes~~, hombres y mujeres limpiando calles y monumentos; los soldados lustran sus armas y sus botas, brillan las hebillas y los escudos, hay voces de mando entre los hombres que corren nerviosos, otros deben quedarse en su sitio como él, lustrar ^{arbo} la jaula del papagallo otra vez, un poco de cera para el pico del papagallo; a él le han dado un trapo blanco en sustitución del taparrabos; ya va a llegar el que se espera, ya se oye el estrépito de su carruaje sobre la calle que vuelven a barrer las mujeres; hay discusiones, los músicos ensayan sus instrumentos, alfombras en la calle hasta la entrada del palacio; no ha quedado un solo mendigo en la ciudad, ~~ya~~ ^{han} los/llevar los soldados hacia un pueblo vecino para que ^{alli} se escondan; ya llegan los primeros carruajes, los caballos lucen hebillas y penachos; miles de velas encendidas en el palacio; la gente desaparece de las calles que custodian los soldados, la gente atisba por las rendijas de sus ventanas cerradas el paso de la carroza que llega; ya baja el esperado pisando las alfombras del paraíso; ya penetra en el palacio de las diez mil luces; ya sube al estrado; ya llegan los soldados al sitio donde él y el papagallo esperan; ya le acomodan las plumas que ^{o él no le importan} nunca ha usado, ya le dicen cómo debe actuar cuando llegue a su presencia; ya lo llevan con su jaula y por una puerta lateral entran en el palacio; hombres y mujeres se inclinan ante el hombre que está en lo alto de su silla de oro; todo el mundo tiene miedo entre tantas velas encendidas y joyas, joyas; el palacio mismo es una gran joya; el hombre vestido de

oro es una joya; los hombres se arrodillan ante él; si él alzara una mano el palacio desaparecería, es más fuerte que el viento y que las lluvias ese hombre más que hombre, desde el mar hasta aquí, todo lo visto, gentes y ciudades, todo está amontonado alrededor de él, él es su centro, las carabelas son sus orillas, el mar es una orilla suya, la choza que no pudo terminar en su aldea es el último pliegue de su vestido de oro, y los mendigos son sus piojos, todos están arrodillados, él levanta una mano y todos se ponen de pie, la luz del sol cambia de color cuando entra a su palacio, los soldados principales se adelantan y hablan con el señor de las luces, brevemente, ordenadamente, cuando terminan de hablar se retiran sin dar la espalda a su señor, ya se acerca un soldado y le dice que avance con su jaula, él da unos pasos y se inclina como le han dicho que lo haga, el señor de las luces fija sus ojos de pescado en el papagallo, alguien le levanta la mano con que él sostiene la jaula para que el señor la mire mejor, él mira al señor de las luces, ve su cara lechosa y sus ojos cansados, todo brilla alrededor de los ojos del pescado que no se sabe si son buenos o feroces, son ojos de pescado solamente, todas las joyas y el oro y los cuadros y los tapices y las ciudades alrededor de los ojos del pescado, los ojos en el centro del paraíso cuidadosamente armado día a día por las hermosas gentes que tienen vergüenza de sus propios cuerpos. Ya ha vuelto a su sitio con el papagallo, debe esperar sin moverse de su sitio, le cuesta respirar entre el olor de las velas; el señor se levanta entre músicas tremendas, sale seguido de soldados y sube a la carroza, los criados apagan las luces, ya han recogido la alfombra de la calle, la carroza se aleja, se abren las ventanas, la gente vuelve a la calle, ya se acercan los mendigos y la noche. Las carabelas fueron hasta su aldea para traer el poco metal precioso que allá había. Un poco de metal

que apenas será un brillo pequeño entre tantas luces y tantos metales que brillan alrededor de los ojos esos que acaban de partir en la carroza. Algo está comprendiendo. Se queda quieto en el sitio que le han fijado, siente que estando allí tan quieto sosteniendo todavía la jaula del papagallos contribuye a sostener el peso del paraíso. Le han dicho que no se mueva hasta que le ordenen lo contrario. Si se moviera podría abrirse una rueda o caerse una torre. Se queda quieto al lado del papagallo para mantener el equilibrio del palacio, no se atreve a quitarse una pluma que no le corresponde.

Con un poco de agua que el hombre de negro saca de una pila y le echa en la cabeza y unas palabras misteriosas que acompañan el movimiento de la mano trazando rayas en el aire, ~~tiene el camino libre hacia la casa de las campanas.~~ Ahora vive en la casa de su guardián, trabaja su tierra y viste como los labradores, des de allá han venido juntos para la ceremonia que ya acaba, el guardián le da palmadas cariñosas llamándolo José. Ya no es un animal, le dice con sus gestos el guardián, es una persona como él, debe sentirse orgulloso, hay un dios que lo protege que ahora mismo va a ver desde muy cerca. También ahí hay oro y cuadros que parecen vivientes, columnas y ventanas donde el sol cambia de color, sin duda para rodear al dios que vive ahí. Hay muchos dioses, ~~ya pensando,~~ mirando uno por uno los dioses que cuelgan de las paredes o están ~~pinta~~ pintados en los techos, los hay con alas y con mantos, hembras y machos todos hermosísimos, el guardián le toma el mentón para que mire, el dios que ahora lo protege está clavado sobre dos palos, cuelga de los palos con los brazos abiertos. ~~No~~ puede ser dice en su lengua, el guardián señala allí sin embargo, su dedo apunta al dios yacente, está muerto dice él, el guardián no comprende, él tampoco comprende que esté muerto y pregunta quién lo mató, acaso los caballos y por qué lo mataron?

el guardián se hace cruces en la cara y en el pecho, el río nocturno suena en la gente que ahora reza porque sabe que va a morir como su dios. A él le tiemblan las rodillas con el mismo miedo que vio pintado en la cara de su mujer, ahora sabe que con el agua que le echaron en la cabeza ha comenzado su muerte, lo matarán con el arcabuz y lo clavarán sobre los palos. En su aldea la muerte era una puerta que se abría y aquí es una puerta que se cierra, por eso la hermosa gente está siempre tan triste, hacen el paraíso para distraerse de la muerte, por eso los arcabuces y los perros, por eso cubren sus cuerpos, por eso no juegan, Al llamarlo José su guardián le ha dado un nombre para la muerte. Los abuelos no morían, se iban, pero él, que ahora se llama José, se quedará cuando se muera, y esto es lo malo del paraíso, aquí la muerte no está al final del camino donde se abre otra puerta, ahora le trepa desde los talones y anda con él y con su sombra por la calle, en la calle los mendigos lo miran con ojos de morir, los ojos del pescado de la carroza estaban mirando la muerte, las carabelas cruzan los mares buscando más oro para la muerte, todo el oro amontonándose alrededor de un muerto, aquí se usa la muerte para todo, en la ropa que oculta la hermosura del cuerpo, en los dioses que agonizan, en los arcabuces y en las plegarias, todas son usanzas de la muerte. Le duelen las piernas de tanto llevar la muerte, agujas en las rodillas y como un humo en la cabeza. En el bolsillo lleva los objetos traídos del otro mundo. Los aprieta muy fuerte, siente que están vivos.

Hoy es tu día libre dice el guardián con palabras que terminan en señas de volver antes de que se ponga el sol, de lo contrario habrá encierro prolongado. El no sabe qué hacer con un solo día libre, no puede verse el tiempo en un trozo tan pequeño, no existe, el tiempo no tiene ondulaciones que ocultan las aldeas que sólo pueden verse gradualmente, el tiempo es de lunas y cosechas y crecidas de los

19

Su primer metáfora de hormigas

ríos y embarazo de las hembras. No se puede ir lejos en un trozo tan pequeño, aunque aquí, quién lo sabe, es su primer día libre. Hermoso el campo verde y el sol recién salido. Perderse en el campo es un buen suceso, pero eso significa ir pisando su sombra, no le gusta pisar su sombra por la mañana, entonces camina hacia el sol que sube, allá cer-
sobre la cresta de una ondulación
ca está la ciudad que todavía no conoce, sobresalen muy altas sus agujas y sus torres.

La ciudad también está hecha entre ondulaciones de tierra, *que él veía como olas.* ~~todo~~
~~ondula en el paraíso.~~ El va ahora por la parte baja de la onda, hay mujeres recogiendo agua alrededor de la fuente, hablan agitadas, un viejo tose tomando sol contra un muro, un gallo cruza la calle, hombres envueltos en capas negras suben muy rápido la calle llevando papeles en las manos, nadie lo mira ya con asombro desde que se llama José. Los hombres de negro llegan a la punta de la onda casi ola, ya bajan y desaparecen, él sube sintiendo que su perfil es algo hermoso en el aire, se acuerda de los dos puntos verdes de la mujer del cántaro, ~~ella huele en sus propias manos, tiene los puntos verdes en sus propios ojos.~~ Alto, vivo, llega a la cresta de la onda.

Allá abajo hay *y adelant* grandes hormigas penitentes como ~~ellos~~ *los penitentes* postradas y otras que se mueven, miran el suelo las hormigas, están descalzas. Si se quedan demasiado tiempo quietas, los guardianes de a caballo las tocan con sus hierros. Son hembras y machos las hormigas, cada una con un bonete en la cabeza, hay dibujos en los bonetes. Los caballos obligan a las hormigas a girar, ~~ellas~~ giran y bajan la cabeza, tienen la espalda y el pecho cubiertos con un trapo, también en los trapos hay dibujos. Las hormigas obedientes pasan delante de los mendigos y los mendigos ríen, son muy graciosos para los mendigos los dibujos que llevan las hormigas. La gente abre las ventanas y se asoma para reirse de los dibujos. Cuando él llega abajo, las hormigas ya son

hombres y mujeres, los dibujos de los bonetes son pájaros extraños, los dibujos de los trapos que tienen sobre la ropa son hombres con alas y colas de perros que se mueven en el trazo, hay un dibujo de una cabeza que arde entre unos palos encendidos, es igual a la cabeza viva que arriba lleva el bonete, el penitente camina sin saber qué hacer con sus manos, las abre y las cierra como si quisiese agarrar el aire, de eso se ríen los mendigos. Hay otro que tiene las manos ocupadas, en una lleva un palo la hormiguita, un palo hasta el fondo del hormiguero, en la otra unas pelotas ensartadas en un hilo que termina en dos maderas cruzadas, las mismas de las carabelas y las ruedas, las mismas donde está clavado el dios muerto en el fondo de la casa de las campanas. Entre las risas los mendigos emiten sonidos que son palabras sin sentido. "Brujas dicen los sonidos," "humillación pública," "escarmiento dice un hombre de negro," "sambenito," "coroza," "escupe un mendigo tuerto," "hoguera hoguera dicen los soldados e los caballos, vaya uno a saberlo, hay demasiado ruido, es difícil saber quién habla entre la alegre locura de los mendigos. Hay sonidos de muerte en las carcajadas, suenan como campanas, él ya va a retroceder, volver al campo, es muy feo el día libre, pero eso significa pisar su sombra por la mañana, nunca haría eso, allá va subiendo la calle hacia la punta de la otra onda. Cuando está llegando, una calle se abre hacia un costado y al fondo cinco brujas cuelgan de la horca, apresura el paso para no mirarlas, un hombre trepado a una escalera como un gigantesco pájaro nocturno picotea el cuello de una bruja, abajo hay un caballo que mira, él corre para terminar de cruzar la calle sin poder dejar de ver lo que la gente está llamando brujas, ha cruzado la calle y camina pegándose a la pared, nunca sabrá si las brujas fueron soñadas o miradas. Hay otras calles que no mira, es el día libre de la muerte, los penitentes y las brujas han quedado lejos, el que ahora

se llama José sube hacia una cresta y baja sin mirar qué hay en el fondo allá abajo. clava los ojos en la cresta de la onda próxima, ya llega y se desliza hacia abajo, está corriendo entre las olas.

~~Y aparece una enorme carabela aislada del mar por cuatro muros llenos de ventanas, lo puede ver todo desde la onda donde está, hay miles de cabezas y de ojos alrededor del fuego que baila en el centro de la nave quieta, todo alrededor del fuego como alrededor del oro. Los árboles han sido plegados formando escalones que suben casi hasta lo alto de los muros, y hay dos grandes montones de escalones, uno a cada lado del fuego, entre el fuego y estos dos racimos humanos se pasean hombres y caballos, banderas y estandartes. Es como una gran casa de las campanas con imágenes en las paredes, pero aquí las imágenes están vivas. Y allá al fondo de un gran estrado hay un dios, pero vivo, en vez de estar clavado en los dos palos sostiene dos palos cruzados en sus manos, está en lo alto, lo rodean otros dioses a su misma altura y otros un poco más abajo. Las figuras con bonete llevan las manos atadas debajo de los trapos con dibujos, son las mismas hormigas que ha visto en la otra onda de tierra. Una multitud que viene de la cresta lo empuja hasta hacerlo entrar en la nave, ahora puede ver ^{y oír} claramente, ~~oír claramente~~ mira y oye a los sacerdotes que hablan al oído de los penitentes. Por un hueco de piedra que hay en un costado de la nave entran unos hombres con estatuas de penitentes, las estatuas desaparecen bajo los escalones y él se acerca atraído por el oro que brilla en el dosel que protege las cabezas de los dioses vivos y tiembla con el ritmo de las llamas, tiemblan las llamas en el oro del libro que sostiene uno de los dioses altos, en la silla donde se apoya el más alto de los dioses pero vivo tiemblan las llamas de allá abajo, tiemblan en una mirada que es mezcla de piedad, crueldad y locura, con tres dioses menores a cada lado que~~

tienen puntos de oro donde las llamas tiemblan. En la grada de abajo hay otros ~~doce~~ dioses vivos, uno de ellos mira distraído las mil caras cuidadosamente asomadas a las ventanas de uno de los muros que encierran a la nave que viaja a los infiernos. Uno de los dioses habla mirando un papel que sostiene con manos casi soñadas. Hay una palabra que repite; ^rrelapso, dice la palabra. Nombre de algún horrible animal desconocido, piensa él. Relapsos, dice el dios mirando las estatuas que los soldados colocan al pie de la escalera de acceso a la tribuna de los dioses. Cuando el dios de abajo acaba de decir las palabras que saca del papel, los siete dioses de más arriba se hablan secretamente; el más alto mueve una mano y los soldados entregan las estatuas al hombre del martillo, que mira las estatuas como a hombres muertos y endurecidos. Hay golpes furiosos en piernas y rodillas, las estatuas caen descabezadas mientras los sentenciados vivos avanzan con sus bonetes y sus trapos entre el gran silencio de las cabezas asomadas a las ventanas de la inmensa nave. ^{que con su resplandor en silencio} El que ahora se llama José quiere huir pero no puede, se lo impiden enjambres de mendigos atraídos por la fiesta de la muerte. ^{o los infelices.} Entonces piensa una esperanza: que las maderas de todo lo que hay en el paraíso se desclaven para volver a ser árboles; la tribuna cubierta por el dosel de oro se vendría abajo con los dioses, el paraíso es muy precario, todo está armado como las carabelas que hacen agua o las aldeas que algún día se llevará el viento; como los árboles retorcidos hasta el dolor para ser ruedas; todo eso puede desarmarse en cualquier momento porque es falso, una lluvia puede apagar el fuego, los perros pueden enloquecer y trepar a la tribuna y morder las piernas de los dioses vivos, los caballos tienen fuerza suficiente como para rebelarse y dispersar a dioses y mendigos. Espera

unos instantes, lo desea muy intensamente para que se produzca, pero las maderas resisten, los clavos han sido puestos a fondo, los árboles están fuertemente atados entre sí para que no se desmanden. Desde uno de los árboles sometidos un dios menor vuelve a sacar palabras del papel. Relapsos, dice otra vez, y ahora no se trata de estatuas. Dos hombrecitos con bonetes escuchan la palabra relapsos. Unidos por la misma cuerda cuyo extremo acaba en un guardián. Cuando/^{termina}~~acaba~~ la lectura de la sentencia, un sacerdote dice palabras casi amorosas a los hombrecitos, que empiezan a dar alaridos que alteran la pasividad de los caballos. Ay dios mío de mi alma, dicen los alaridos, con sonidos que van apagándose como el aleteo de una mariposa que se quema; ay dios mío de mi alma, y el paraíso da un paso más hacia el infierno. El soldado entrega el extremo de la cuerda al hombre del martillo, que acerca a los relapsos a otro hombre que se le parece y desnuda suavemente a los hombrecitos; caen los bonetes y trapos con dibujos, cae casi toda la ropa de los condenados, uno de ellos es hembra; que le tapen las vergüenzas, dice una voz; la otra víctima es macho y también le tapan las vergüenzas, sus cuerpos hermosos son atados a los postes. Herético, dice el dios más alto; Christi nomine invocato, dice un dios menor; madre de dios señora mía, dice la víctima macho. Van a quemar la hermosura de los cuerpos, piensa el que ahora se llama José temblando como otra llama mientras el hombre del martillo arrima fuego a los aydiosdemialma, el trapo que cubre las vergüenzas se quema antes que la carne, los alaridos se mezclan a los gritos de las cabezas asomadas, los caballos bajo sus soldados tienen miedo, él puede oír cómo se mueven dentro en turbulencias los corazones caballunos, mientras dos relapsos nuevos llegan y oyen la sentencia, es tan larga la hilera de relapsos que llega hasta la boca de piedra donde aparecieron las es-

tatuas. Los cuerpos ya no son hermosos, parecen los dibujos de los trapos que traían que traen los que están en la hilera esperando turno para el fuego. Los relapsos esperan, el sacerdote de palabras bondadosas espera, el hombre del martillo y el que se le parece ^{sacerdote} ~~esperan~~, el fuego espera, los dioses ^{pausa} esperan en lo alto de la tribuna, y sus sombras movedizas, proyectadas por el fuego, esperan contra el dosel en una ^{pausa} ~~descansa~~ de la mecánica que sostiene esas ejecuciones, las aldeas y las carabelas. El sacerdote les habla, el soldado los desnuda, otro hombre los quema. El fuego brilla en el oro desparramado en hombres y caballos, las carabelas flotan en el mar lejano y no se hunden, todo funciona a pesar de la precariedad; hay una persona para cada cosa, dioses y carceleros, inquisidores y fiscales, mendigos y notarios, nuncios y alguaciles sostienen la mecánica del paraíso; arcabuces, ruedas y caballos son sus signos, todo amontonado alrededor ^{de los flamas, que se parecen a los} ~~del oro donde tiemblan~~ ^(que son cosas, / que se volaron / perdido en el aire.) las llamas. El hombre que se parece al del martillo desnuda a ^{el} ~~o-~~ ^{lles} ~~deretido~~ ^{perdiéndose en el aire.} tras dos víctimas y ata sus hermosuras a los postes. Ay dios de mi alma, dicen las hermosuras cuando ~~arriman~~ ^{lles} el fuego y se convierten en los dibujos negros que tenían sus vestidos. Esto sucede, piensa el que ahora se llama José, porque el dios que adoran está muerto y porque existen ruedas, arcabuces y caballos, puentes, perros y campanas. Los dioses vivos del dosel y los mendigos y los que llenan las tribunas han venido para mirar la muerte, y a él le pusieron un nombre para que la muerte pudiera entrar también en él. Todos los que están en la nave ^{que m} ~~quieta~~ miran la muerte, que hoy tiene su día libre como él, su fiesta. Todos gritan cuando el fuego que arriman mecánicamente, como si movieran remos en el agua, toca la carne y los ojos de los relapsos. Están armando la muerte como se arma una carabela destrozando árboles. ~~La aman,~~ ^{la muerte} acaso/sea el verdadero dios. Siente que la palabra josé, que lo ^{su}

incluye en ese entramado mortuorio, le sube por las piernas, mientras olvida el nombre que le daban en su aldea, Ojitos o algo así, quién se acuerda de eso, porque ahora es José, un José que tiene que volver a la casa del amo antes de la puesta del sol que ya se ha puesto. El peso de los alaridos y el olor que despiden los que se vuelven dibujos negros en el fuego tendría que hundir esta nave. Qué fuerte late el corazón de ese caballo, aquí solamente los caballos tienen miedo. Los ojos de ese caballo son los de su mujer cuando llegaron ellos y dejó caer las ramas de la mano y murió la choza nueva. Los ojos verdes de la mujer del cántaro ya no son ojos, son picaduras de serpiente; ojalá nunca lo hubiera mirado esa mujer que empezó a convertirlo en José, en uno como ellos. La palabra josé reptaba dentro de su cuerpo buscando una salida y duele como quemadura. Volver a la casa del amo y pedirle una cuerda y atarse fuertemente el cuerpo para impedir que esa palabra suba. Se acuerda del dios muerto en aquella casa llena de campanas. Si viviera y viera todo esto daría un alarido entre sus palos secos, ay carne de mi alma diría el dios clavado entre los palos. José ha logrado empujar a los mendigos. Ya está en la cresta de la onda que le oculta la onda donde los relapsos esperan su turno para el fuego que quema las vergüenzas, ya está saliendo de la ciudad de torres y de agujas y campanas. No quiero más días libres, mi señor; árame a la cuerda y deja que ladre como tu perro. Es muy difícil seguir el camino de los abuelos. Acaso ellos lo pudieron soportar y ahora están muy lejos y a salvo de estas muertes. Que no sean relapsos mis abuelos ni mis hijos. Que nadie sea relapso en este paraíso y llévenme a la carabela. José desea otras cosas como ésas para salvarse del paraíso. Las palabras oídas, mezcladas a su nombre, hacen tiritar sus piernas. Ya está fuera de la ciu-

Dele aquí en paraíso.

En este que en
pasado, luego
en presente. 26

dad, alcanza a ver la luz que sale de la casa de su guardián,
el que lo trajo en la carabela y le hizo probar ^{el} agua morada. ^{que ahoga}
^{el corazón.}
Intenta un grito que no sale, para llamarlo, como ahogado por la
palabra josé. ^{Atrota billo, queriendo zamborpear la luz} Con las piernas paralizadas cae en cualquier lugar
del ^{esto} paraíso. Hay un hilo de saliva y él, con el último resto de
su día libre, ^{y de vida,} alcanza a llevarse una mano a la boca. Y se limpia
como si la saliva fuese una mancha de huevo de avestruz, mientras
el paraíso navega firme en su precaria armadura de piedras y ma-
deras, nadie sabe hacia dónde.

Con el último resto de su día libre ^{se} alcanza ^{y de vida,}
a llevarse una mano a la boca para
limpiarse un hilo de saliva que le recordó
fugazmente una mancha de huevo de avestruz,
que se ^{hizo} ^{en la muerte,} ^{según}
mientras el paraíso ^{navegado} firmemente en
su precaria armadura de piedras y crueldades,
nadie sabe hacia dónde.

➤ Pero lo que realmente lo ahogaba, y
lo mataba, era la tristeza.

MARIA VIOLIN

El cuerpo ajeno es un obstáculo o un puente; en uno y en otro caso hay que traspasarlo. El deseo, la imaginación erótica, la videncia erótica, atraviesa los cuerpos, los vuelve transparentes. O los aniquila. Más allá de ti, más allá de mí, por el cuerpo, en el cuerpo, más allá del cuerpo, queremos ver algo. Ese algo es la fascinación erótica, lo que me saca de mí y lleva a ti: lo que me hace ir más allá de ti. No sabemos a ciencia cierta lo que es, excepto que es algo más. Más que la historia, más que el sexo, más que la vida, más que la muerte.

Octavio Paz

Vi entrar señora muy blanca,
muy más que la nieve fría.

El Romancero

Pitágoras dedujo que los intervalos de la escala musical se rigen por una progresión aritmética triple que representa a la quinta combinada consigo misma. El gran matemático griego hizo estas mediciones valiéndose de un monocordio de su invención, un aparato consistente en una caja de resonancia sobre la que puso una cuerda tensa cuyos extremos se apoyaban en dos caballetes. Pitágoras puso un caballete en el centro de la cuerda dividiéndola en dos porciones exactamente iguales, y comprobó que el sonido producido por cada uno de los segmentos era la octava del sonido que daba la cuerda dejándola vibrar en libertad.

(de las clases del Conservatorio)

Manuel el sudamericano pasó el último invierno tocando la quena en una bohardilla de la plaza de Santa Bárbara rodeado de un Madrid lluvioso que no podía ver desde la ventana, que daba a otras ^{con} ventanas de ropa colgada y goterones. Nunca un cielo limpio ese invierno con algunas nieves, y frente a la ^{suya} ventana a pocos metros una

ventana cerrada desde siempre. La cuerda de la ropa entre ^{de qué / lo} esa
 ventana y la ~~Suyà~~ siempre vacía, goterones de lluvia en las
 tuberías herrumbradas, y la quena suena que te suena todas las
 tardes al terminar el trabajo, notas para ir llenando el
 tiempo en Madrid con veinte o treinta años por delante hasta
 que aclare, ^{no en el Cono Sur,} anclao en Madrid qué duda cabe. El resto de tu vi-
^{cabezón} da, cabezón. Te lo dije cuando tomaste el barco. Y nada de me
 moriré en Madrid con aguacero, ~~dejalo~~ tranquilo a Vallejo. Al fin
 y al cabo te lo estás pasando bien con tu quena y tu trabajo de
 fotógrafo, tu bohardilla de hombre solo y tus discos de la negra
 Sosa, tocando la quena o tomando mate los nueve meses del invier-
 no, le gustaba decirse pensando que era otro ahora que tenía
 que vivir veinte o treinta años más anclao en Madrid lluvia y
 Madrid bohardilla, alambre de la ropa sin ropa colgada de nadie
 y ventana siempre cerrada justo ~~enfrente~~, seis cuadraditos de
^{crisotales sucias} vidrios ~~negros de hollín~~ y más allá del ^{103 cristalés} vidrio nada y más arriba
 tejas de dos siglos por lo menos y canaletas de la lluvia con
 goterones por todas partes y arriba a veces el cielo ceniza centi-
ciento del Greco. Pasó el invierno tocando la quena que le
 mandaron por correo con aire de quena india de hueso de mujer
 amada, así es la quena dicen, mirando la ventana cerrada y la
 cuerda de la ropa que alguna vez fue verde y ahora especialmen-
 te un camino para las gotas redonditas en la pendiente, cayendo
 sin ruido casi justo al borde de la ventana de Manuel el de la
 quena toca que te toca, o girovagare en la bohardilla senza
 donne e le mani tenerceli dietro la schiena, como Pavese muerto

sin aguacero y sin mujer.

Sin cuerpo de mujer estás sin tu propio cuerpo en Madrid, paseándote en la bohardilla con las manos a la espalda como Pavese cuando la muerte fue a buscarlo en ese hotel ^{sombrio} de Roma, y si no tienes tu propio cuerpo estás exiliado de ti mismo, las ciudades son fantasmas, caminas por las calles de Madrid pero realmente vas entre humo solamente, Cibeles humo y Puerta de Alcalá humo solamente, cuidado con lo de Pavese, es demasiado drástico y muy poco latinoamericano, le decía correctamente a Manuel el otro que creía que estaba con él cuando caminaba solo por las calles de Madrid y la bohardilla de Santa Bárbara en Madrid, todas las noches sin cuerpo ^{casi} y sin sudamericano, ~~no había nadie con cuerpo~~ en la bohardilla, solamente los goterones corriendo como animales vivos sobre la cuerda ^{del tamborero,} verde, las gotas cayendo abajo sin forma de gota, sin lluvia ya, justo en el momento de rozar el vidrio de Manuel la lluvia se moría y se sepultaba entre las cáscaras de naranja del patiecito de ropa caída y de zapatos y juguetes caídos, todo allá cuatro pisos abajo entre el esqueleto en que se convierte la lluvia cuando cae en los patios y se sepulta en los resumideros, tarde gris de tango, senza mamma e senza amore y pensando qué hará a esta hora mi andina y dulce Rita de junco y capulí, sueños mezclados al alcohol, hasta esa mañana cuando la ventana de enfrente amaneció tan limpia, cortinas casi transparentes por dentro y una sombra que se pasea, la vida que llegaba tenía rasgos muy ciertos en el centro de la cuerda de la ropa, slip, ^o bragas ^{como dicen aquí} / colgadas en el centro de la cuerda, pequeño monocordio pitagórico de tela transparente, ^{es} ~~ella debe ser una~~ hembra ^{que cayó} / caída del cielo.

Es un riesgo copiar fotos con la ventana abierta, ella puede encender la luz de su bohardilla para recoger las bragas que ya están secas en la cuerda, monocordio ondeando en el centro de la cuerda, puede velarse la foto que está copiando para el ABC, portal plateresco de edificio histórico en vías de derrumbe; ya aparece la imagen poco a poco en el papel, diez segundos más y estará bien definida, tiembla en el líquido el contorno de lo que va a ser portal, ^{cuando llega el} ~~al llegar al~~ contraste deseado ácido acético y stop, al fijador, pero justo en eso ella enciende la luz y el portal desaparece del papel y Manuel mira la ventana de ella con cortinas de líquido revelador, la imagen de ella vacila detrás de las cortinas, los contornos no se definen, el cabello largo flotando en drogas químicas, pero esa es su cintura ese es su pecho y el resto se adivina, no es clara la imagen alejándose de la ventana, foto sobreexpuesta o mal enfocada, ya no hay nada más allá de las cortinas de la ventana, Pavese senza donna, pero ahora parece que se acerca otra vez ~~a la ventana, es una foto mal enfocada, una foto movida por el tul de la cortina, pero qué hembra mi Dios, demasiado para vos Manuel, si ella corriera la cortina y la vieras elaramente, es una de esas minas que no existen, hembra del cielo o de tapa de Penthouse,~~ difícil de escalar, ^{es claro,} ~~no te parece, negro?~~, pero Manuel dijo sí tragando saliva, iba a escalar el Aconcagua, el Aconcagua se le iba detrás de las cortinas, los picos demasiado altos están siempre borrosos por las nubes.

Fascinación erótica, ¿no, Manuel? Qué manera de dar vueltas

en la cama fría fría, en la cama solo solo, Nunca ^{se le vio} te vi tan
 imaginativo como ahora, qué helada está cayendo afuera **casi**
^{al borde de} **en** abril aguas mil, o sea que mañana los ^{cristales} vidrios de ella
 (y los ^{de él} tuyos) no tendrán transparencia, la **escarcha**, a ras-
 quetear ^{arturas} se dijo, después un chorro de agua caliente y trans-
 parencia donde ^{aparece} aparece ella diciendo buenos días, una colita
 de humo ^{coliendo} sale de su boca, cuerpo calentito contra la **escar-**
 cha, sin cortinas ni veladuras ^{Manuel puede} ~~podrás~~ ver toda la catedral **en-**
 frente, toda la catedral para ^{él} ~~ves~~ solo, se le ~~EEEEEEEEEE~~ escar-
 cha el cuerpo en puntos de textura tibia, zonas altas y bajas,
 especialmente zonas limítrofes. ^{videncia pleno} ~~es un vidente en pleno Del-~~
^{imagen un tablón con 200 años} ~~fos, decime un poco~~ adonde vas con ese tablón tan largo Manue-
 lito en plena helada, no se puede andar con un tablón tan
 pesado en pleno sueño. ~~Pero~~ entonces cuando ella, yo así; y
 entonces ella se, y yo la; y ella me, por la cuerda de la ropa
 van los pensamientos de Manuel de gota en gota, saltan sobre
 las bragas escarchadas, llegan a la ventana como un gato,
 pelitos suaves contra piel escarchada, entonces ella me ~~pero~~ ^y
 yo también la, y más allá del cuerpo de ella está por llover,
 Manuel alcanza a ver a los indios de su aldea saltando como
 los sapos para provocar la lluvia, ^y ~~Manuel~~ salta como un sapo,
~~hay que ver~~ qué lindo llueve mientras los indios croan agrade-
 cidos.

Ella se ha levantado y Manuel aguanta el frío con su venta-
 na abierta. Hay una modificación en la ventana ~~de~~ ^{enfrente}: las
 cortinas han sido abiertas en su parte inferior y ahora son
 casi una ojiva en los cristales lavados por la ~~EEEEEE~~ escarcha.
 Blanca, alta, entera, limpia, ella aparece bajo la ojiva, abre

la ventana y ^{foto de} recoge la cuerda de la ropa, pero los restos de la escarcha atascan la roldana; ella saca otro brazo del interior al frío para tirar con las dos manos, y nada; ella hace un gesto que enseguida es un principio de risa cuando Manuel rompe la escarcha y ^{le ayuda a} también tira de la cuerda que ya corre, el slip abandona con temblores el centro de la cuerda, a los dos tercios de la distancia hay un acorde perfecto en risas de ella y de Manuel, el slip va rompiendo gotas hacia la otra ventana. Los brazos de Manuel fuera de la ventana aferrados a la cuerda empujan en un sentido, los brazos de la hembra del cielo tiran en el otro con dignidad virginal, equívocos y risas mientras caen gotas de hielo, las bragas viajan tensas por la escarcha, se pliegan un poco en el centro y se mueven como alas, una mariposa volando piensa el deseo de Manuel, y cuando están al alcance de las manos de ella Manuel da un golpe en falso, ~~las bragas~~ la mariposa desanda su camino, vuelven hacia la ventana de Manuel cuando él dice que están escarchadas y ella responde algo en una lengua extraña que Manuel no comprende, ahora sí croa Manuel dando otro golpe a la roldana y ella recoge el tapasexo tratando de decir gracias, pero lo que dice suena a distancias que Manuel no alcanza a percibir, ella cierra su ventana y el corazón de Manuel dice glo glo como los sapos cuando llueve.

Difícil leer esa noche al lado de la ventana teniendo **cerca** la ventana iluminada de la inglesita. ¿Inglesita? Poco probable.

-¿Love love? - dice Manuel.

-No, no - dice, moviéndose, el cabello lacio y largo de la

inglesita.

¿Amore amore? ¿Lieben lieben? ¿Amour?

-Nada nada - se agitaba el cuerpo de la inglesita sacudiendo un mantel.

Difícil leer sabiendo que ella estaba ~~ahí~~ ahí, espantoso capítulo donde el novelista enumeraba los antepasados del héroe, desde el bisabuelo para aquí sin contar la rama materna, capítulo de Génesis. de Enoch engendró a Saul y Saul engendró a Aarón y Aarón engendró ^{quien sabe a quien} ~~a su mismísima madre~~. Difícil leer cuando ahí pasa la sombra como una alta arquitectura, no hay bragas en la cuerda que apenas se ve en la oscuridad, ventana iluminada y adentro sombra bamboleante, se cierran los visillos adiós ojiva y adiós ella, hasta mañana inglesita, ella no entiende nada, apoyada contra la cortina le contesta con las manos, lieben lieben y la cabeza de ella ya borrosa dice nada, que duermas bien y las manos de ella contra el vidrio nada nada, después no hay más palabras ni manos ni cabeza en movimiento, ella ^{está} ~~sigue~~ quieta contra el vidrio, imagen quieta en la fotografía. ¿A qué pasillo dará su bohardilla? Hay diez puertas en cada pasillo, pero también hay muchos pasillos y distintas escaleras. ¿Escalera tres pasillo dos puerta catorce? Y ella nada nada, no sabe decir una sola palabra la inglesita que cayó del cielo, apenas un gracias traído quién sabe de dónde. Un pájaro volaría, un par de golpes de ala y estaría en la ventana, son cinco metros solamente (y cuatro pisos abajo), ni siquiera volar, saltar apenas y ya está, ~~pero soy un sapo glo glo en espera de la lluvia.~~

*como un sapito
bajo la lluvia.*

*momento oportuno
int*

Entonces Manuel se convirtió en luciérnaga. Apagó la luz de su cuarto y esperó a ver si ella se asomaba, y ella nada nada. La encendió otra vez con ritmo de luciérnaga, a ver si ella entendía los llamados de la luz en la sombra. Un trozo de vuelo y una chispita para llamar a la pareja, así hacen las luciérnagas. Otro poco de vuelo, otra chispita, y ella nada nada. Después la hembra del cielo apagó la luz, y el corazón de Manuel pom pom, capaz que ahora la encienda y sea otra luciérnaga, trozo de vuelo y trozo de chispa ella también, ella que apaga y yo que prendo, ahora yo apago para que ella prenda, pom pom. Pero ella no encendió su luz y Manuel dejó de ser luciérnaga, se convirtió en indio en trance de sapo, sapo en trance de lluvia, tomó la quena y se puso a tocar para que lloviera, tocaba en la oscuridad con un poco de miedo al silencio y a la oscuridad, con un poco de Pavese en la oscuridad senza donna, verrà la morte e avrà i tuoi occhi, porque si no había amor podía venir lo otro, una señora muy blanca muy más que la nieve fría, y cuando se está anclao en Madrid o en Paris todo puede suceder, esa señora, y entonces chau. Sopló y emitió un sonido largo del Altiplano que retumbó de cumbre en cumbre y de ventana en ventana, el sonido del ay de los collas, un larguísimo mi que era como una pregunta, un ¿y? que vuela sin necesidad de ser luciérnaga, un ¿y? con chispas de sonido que podía salir de la garganta de cualquier animal cuando pregunta, y en el silencio que siguió al sonido de la quena podrían haberse oído los pasos de la muerte me anda buscando junto a ti vida sería, ábreme la puerta niña, pero en eso desde la

ventana de la inglesita vino el sonido concomitante, la chispa de la otra luciérnaga, y ahora sí el corazón pom pom, que quedó latiendo solo cuando cesó el sonido de la flauta de la inglesita, un sol con gorgoritos, te echaré cordón de seda, y la quena do y enseguida la flauta dulce mi, primera inversión de acorde perfecto, equiparable a amor mío, para que subas arriba, la dama fría muy más que la muerte se va, y si el hilo no alcanzare mis trenzas añadiría, ni muerte ni aguacero en Madrid, verrà l'amore e avrà i tuoi occhi, Pavese. Manuel dejó sus chispas musicales para ir al ~~otro~~ cuarto, que daba a la ventana de la inglesita, y vio que ella había encendido la luz para tocar, apoyada contra la ventana abierta. La inglesita tiene una mirada que no modifica ni una risa ni una mueca del rostro, mirada solamente, ojos de animal concentrado en Manuel, ella alza la flauta, alta la flauta en el aire para que Manuel la mire, él alza su quena y la ~~detiene~~ detiene allá arriba para que ella la mire, ~~en~~ no son instrumentos lo que miran, están mirando sus cuerpos, se miran hasta hacerse temblar. Cuando el silencio llega a una tensión intolerable ella sopla su flauta, echa a rodar un re alto y blanco como ella, en ese silencio ~~es~~ un re/^{es}muy importante para los cuerpos, ella espera con el cuerpo echado hacia atrás y la quena le responde con un sonido concomitante que es único, y ella apaga la luz y desaparece, y Manuel pom pom hacia su cama, la otra luciérnaga también apaga la luz para pensar en el encuentro, que ya existe en alguna parte, en todas las partes ya existe ese encuentro, que Manuel ya espera

dormido como un niño bueno.

Manuel salta de la cama y corre al ^{lo ventan} otro ~~cuarto~~ cuando oye el ruido de la roldana. La inglesita cuelga ropa recién lavada, un mantel blanco y corre la cuerda, el mantel viene hacia Manuel y Manuel mira el sol y pestañea, hermoso día dice a la inglesita que responde algo en otra lengua. Muy buena tu flauta dice Manuel y ella pone una servilleta en la cuerda. Me gustó mucho, ¿sabés? y ella sonríe arrugando la nariz, mucho dice Manuel y ella cuelga bragas rosas, cric cric la roldana con slip avanzando hacia Manuel que dice ahora tenemos un lenguaje, lo dice estúpidamente con palabras, ahora podemos entendernos, ¿ves? y ella cuelga blusa verde que dice nada nada, después sábana inmensa con mucho cric de la roldana, ella dice algo en su lengua y Manuel contesta glo glo y ella se ríe y cuelga medias blancas, la cuerda que se corre y el mantel y el slip casi ~~se~~ contra la ventana de Manuel, y él que estira las manos para tocar el slip y ella que se ríe y desaparece y aparece flauta en mano, qué te parece si charlamos un poco parece que le dice, y él que toma la quena y espera mirando a la inglesita y pensando un nombre exótico para **ella**, inútil darle vueltas a la cosa en la cabeza, no tiene ningún nombre el sudamericano para darle a la inglesita que está cayendo del cielo.

Ella toca mirando a Manuel con astucia animal, toca y se menea como queriendo que su cuerpo también sea sonido, el viento mueve la ropa y ella le dice a Manuel de dónde es, le cuenta cosas de su país, pero Manuel, con su despiste musical y geográfico no puede comprender, advierte que hay mucha nie-

ve en ese país pero nada más, un aire de marcha que ella ensaya viendo que él no ha comprendido tampoco le dice nada, y ella deja de tocar y viendo que él no comprende nada hace un gesto como diciendo vamos, qué tonto eres, y lo invita a hablar. Entonces Manuel toca la única música que sabe, del Altiplano, para que vea claramente que él es de la Cordillera, y ella entiende, se pone un sombrero y baila como las cholitas, sí, de por ahí cerca dice él, no ha elegido la música precisa pero es aproximativa. Ella vuelve a tocar ~~XXXX~~ aires de su tierra, Manuel se despista entre algo nórdico y algo eslavo pero la da lo mismo, total es una hembra del cielo. *Ti ri ri*, dice Manuel señalando hacia abajo y hacia la calle, nos vemos en el portal quiere decir. **Tra la la**, dice la inglesita con la flauta señalando hacia abajo pero en otra dirección. Ella deja la flauta y se peina sin espejos. Manuel deja la quena y termina de vestirse, ella ha salido ya y él baja la escalera de madera como si fuese una cascada, la verdad que está bajando por los cabellos de la inglesita, recién peinados, cabellos tobogán que lo harán caer directamente ^{en} entre las piernas de ella, por ahí van sus pensamientos.

En el portal la inglesita se desdobla para ser más cuando llegue el sudamericano. El deseo de la inglesita apoyada en el portal mira hacia adentro una de las escaleras posibles, y la inglesita mira la otra procurando oír los pasos de Manuel que no llegan todavía. Y el deseo de la inglesita, viendo que el sudamericano no está en ninguna de las escaleras, sale a la calle junto al viento y mira hacia la cordillera, mientras la inglesita se estatuiza contra el marco del portal esperando la caída de la fruta, el deseo está oyendo quenitas en la cor-

dillera pero ahí tampoco está Manuel, ella trata de oír los pasos de Manuel por la escalera pero no hay pasos ni Manuel, mientras Manuel entra y sale del portal buscando a la inglesita por dentro y fuera, pero no hay nada de la inglesita, solamente portal vacío y calle casi vacía con más frío que personas y un olor a castañas asadas que viene de por ahí, mientras el deseo de la inglesita tiembla en la cordillera cerca de la nieve, ni quena ni Manuel, mientras Manuel ve pasar a Pavese frente al portal, Pavese va camino de la muerte que tendrá sus ojos, Pavese yendo para la calle en donde su amor vivía, la niña que no puede abrirle la puerta y lo dejará morir, y Vallejo todavía, la señora muy blanca pasa enfrente y ve a Manuel y le produce aguaceros artificiales, aunque no llueva en Madrid esa señora hace llover cerca de Manuel, mientras la inglesita no puede explicarse por qué el sudamericano no ha llegado todavía, pronto los minutos cambiarán de nombre y todavía nada, nada nada dice la escalera silenciosa, ya no vendrá, se trata de un error, no fue una cita, el lenguaje musical suele ser limitado en estos casos piensa la inglesita llamando a su deseo, a lo mejor quería decirme adiós y no había nada de cita en el portal, pero por qué entonces, dice el deseo de la inglesita, pero por qué entonces, dice Manuel en el portal, si era bien claro que nos encontraríamos aquí abajo, mientras la inglesita mira su reloj, más de media hora y el sudamericano nada, entonces llama otra vez a su deseo, el deseo baja del Altiplano y se junta otra vez con el cuerpo de la inglesita, los dos suben despacio la escalera, qué desencanto, fue un error

de tonos. mientras Manuel ve en su reloj que la hora ya es cumplida, no sé por qué esperé hasta ahora, dice justo cuando ve que la señora muy blanca cruza la calle hacia su portal, precedida de una lluvia que sólo pertenece a ella, la señora muy más que la nieve fría alza una mano como para detener a Manuel. que alcanza a cerrar el portal cuando ella ya lo está salpicando con su lluvia, la señora sigue de largo como si no pasara nada, la cara empolvada, un caminar felino, y Manuel llega a su cuarto sintiendo que nadie está entrando ahí, la muerte me anda buscando, la ventana de la inglesita está cerrada y la cuerda de la ropa vacía, demasiada hembra para mí Pavese senza donna, yo en tu cuerpo inglesita, yo en vos inglesita, pero nada, es una hembra del cielo.

Manuel apunta con la quena a la ventana cerrada y suelta un mi esperando el sol para el acorde. un mi que se humilla para reconciliarse y perdonar. El sonido sale de la quena, hace equilibrio sobre la cuerda de la ropa, atraviesa los ^{cristales} vidrios de la ventana y se detiene un momento para mirar a la inglesita ~~toda~~ entera en un sillón, y el cabello que le cuelga hasta la cintura tristemente. El sonido tiembla de deseo y se acerca a la inmensa arquitectura, no sabe por dónde entrar en ella, tiene miedo de caer, de cesar antes de entrar en ella. pero por suerte allá lejos Manuel sigue soplando ya con la última porción de aire en los pulmones, y el sonido trepa a la inglesita por las hebras de su cabello, el mi se multiplica, se reparte, un trozo de sonido para cada hebra, y de ahí bajan por el cuerpo de la inglesita como por una cuerda

de violoncello, no hay un solo poro de ella que no tenga su correspondiente trozo de mi. Mientras el sonido recorre su cuerpo, ella tiembla en un vaivén de cuerda al aire, ~~xxxxxx~~ tiembla sintiendo que ~~que~~ poco a poco los trozos de sonido se juntan nuevamente en la punta ~~xxxxxx~~ de los pies, vuelven a ser sólo un mi, y allí muere el sonido y ~~xxxxxx~~ el cuerpo de ella vuelve al silencio y al reposo de la cuerda. El deseo de ella toma la flauta para responder con el sonido que formará el acorde perfecto, pero la inglesita le quita la flauta y sopla otro sonido, un fa que va a unirse al mi que vuelve a sonar allá en la quena, un acorde áspero que significa no a todo y nada nada para Manuel, que ante esa agresión guarda su quena. La guarda justo en el momento en que advierte que entre las paredes del edificio al que pertenece la bohardilla de él y las que rodean la ventana de la inglesita hay una diferencia de texturas muy notoria a pesar de la intemperie de dos siglos. Pero entonces, dice Manuel, su bohardilla es de otro edificio, casas pegadas con un patio común, cómo no me di cuenta antes, entonces quiere decir que su portal no es el mío, que su portal está en alguna de las calles de la manzana. Campoamor Santa Teresa Fernando VI y Hortaleza, los nombres de las calles de la manzana zumban alrededor de Manuel mientras él baja la escalera en busca de portales, son muchos pero por alguno ~~algún día~~ ^{algún día la inglesita entera.} aparecerá ~~la inglesa, enterita.~~

Ultramarinos, nada que ver. Librería, Academia. Pescados. Carbonería. Portal, puede ser. Aquella es puerta sospechosa. Por esta calle, casi nada. Ese portal sí, pero no. Tener ojo con la verdulería. **E**n cualquier momento aparece. Aquí nada, edificio

moderno. Anotar el número de ese portal. Y vigilar la cervecería. Librería, otra más. Cestería, nada. Otro portal que puede ser. Otra vez Hortaleza, mi portal. Primer reconocimiento concluido. Hay por lo menos cinco portales que me interesan, piensa Manuel ante su primer chato de la tarde en El figón de Juanita.

La inglesita tiene un canario enjaulado que ha colgado contra el vidrio de la ventana, un canario que deja de cantar cuando Manuel toca la quena (ella sigue sin responder, la flauta calla). Parece que el canario no puede ver a Manuel asomado a la ventana con la quena (Manuel siempre está a contraluz), por eso cuando calla para oír la quena mueve la cabeza ubicando ^{la} ~~sus oídos~~ en la dirección más propicia para oír. Parece que el canario no conoce el sonido de la quena y cree que es otro pájaro, pájaro muy extraño, ~~pájaro~~ nunca oído, pájaro de no se sabe ~~de~~ dónde, extranjero. Manuel toca para la inglesita sin saber que una parte de su música es para el canario, toca para que ella salga y ella nada, toca pensando que el sonido va más allá de la inglesita, después de llenar su bohardilla baja por la escalera, el sonido va muy lejos y muy rápido, entre la pieza de la inglesita y la calle donde viva hay un tubo acústico de escaleras que termina en el portal desconocido, hasta ahí llega el sonido de la quena y luego sale a la calle y se pierde en Madrid laberinto. Manuel llama al pintor chileno que vive en ^{la calle de} Lequerica y le pide que dé una vuelta a la manzana tratando de oír el sonido de una quena que salga de un portal, tú estás loco o eres un huevón dice el chileno y luego recorrer la manzana de Manuel, una quena en Madrid, hay que ser huevón piensa el chileno tendiendo el oído hacia los portales.

todo lo que alcanza a oír es un disco de Franz Zappa y se lo dice, qué lástima dice Manuel mientras ella se asoma a la ventana y guarda su canario, mira a Manuel pero no sonríe como otras veces, enseguida apaga la luz y se acabó.

Sombras chinescas en la pared cuando ella por la noche sale a guardar la jaula del canario, ridículo Manuel proyectando sombra con las manos, un ciervo un perro un conejito una golondrina que vuela y ella nada; ~~ella ~~siempre~~ cierra su ventana,~~ y a otra cosa mariposa. El juego de hoy es llenar los vidrios de postales antiguas y ella nada; de láminas japonesas y ella nada; y claveles colgados en la cuerda de la ropa que se marchitan junto a la ventana de la inglesita, El canario mira todo sin comprender nada, a veces se acuerda del pájaro extranjero que hace mucho que no canta. Ya está dice Manuel; copiar los negativos que trajo de su tierra. Enormes bandejas para revelar las grandes copias, colgarlas en la cuerda, y allá van colgando de los broches los ríos desmesurados que bajan de la montaña, las selvas que nunca vio la inglesita, vicuñas y guanacos van ondulando por la cuerda. Y ella, nada.

~~¿Y si te disfrazaras Manuel?~~ Manuel compra un montón de sombreros en el Rastro, los más modernos son de la época de Galdós. Cada vez que ella guarda o saca su canario, Manuel aparece con un sombrero distinto, complementado con bigotes y pelucas que no siempre corresponden, hay ^{sombreros} verdes y amarillos, altos y con plumas, capelinas italianas y plumas indias, mientras los primeros soles ^{claros} dan a la inglesita el aspecto de una uva que madura. La mezcla de estilos de sombre-

ros y la ^{próxima} ~~esta~~ primavera favorecen a Manuel cuando después de probar varias combinaciones de sombreros descubre una que provoca la maduración completa de la uva, un sombrero que está a mitad de camino entre una boina vasca y un bonete, todo muy disparatado con plumas de avestruz y mariposas de papel colgantes. ella se ríe como si lo hiciera por primera vez y dice algo en su ^{idioma} ~~lengua~~ mostrando su lengua de pececito de oro de Lugones. saca la lengua y se esconde la inglesita, y enseguida Manuel y el canario la ven asomarse con un sombrero del Tirol y la flauta en la mano. Manuel toma su quena y sopla de tal manera que la desnuda con el sonido, ahora que está desnuda ya no es más del cielo la inglesita.

Hasta encontrar el portal, no hay otra posibilidad que la música, — Manuel. Adelante entonces, ^{dice Manuel} que ella es un instrumento musical que ahora va a tocar. Está muy bien afinada, recién sacada del estuche, instrumento a mitad de camino entre una guitarra y un violín, pero hembra. Para producir un sonido es necesario que el cuerpo elástico entre en vibración, que se le rompa el equilibrio molecular, y para eso están los arcos, los impulsos, las fricciones debidamente dosificadas en su justo ritmo. Cuando las moléculas perturbadas traten de volver al reposo que tenían, el movimiento ^{de él} tuyo lo impedirá, y entonces las oscilaciones, el vaivén. Pero para que el sonido se produzca hace falta un canal, algo por donde pueda caminar, puede ser sólido o gaseoso o líquido, y además está la cuerda de la ropa, velocidad del sonido 341 metros por segundo a 15 grados centígrados, qué bien vibra la inglesita a esa temperatura, ella es de tierras frías. Unidos por la cuerda de la

(lo grande resaca de los dos en el centro medio)

ropa (hay bragas de dos alas en el medio), Manuel y la inglesita son el instrumento y el ejecutante, consiguen el sonido aunque no la música todavía, para eso hacen falta las escalas, ya se sabe que un sonido solo no dice nada a nadie. Tenemos que organizar nuestras vibraciones, inglesita. Con mi quena te hago vibrar toda en libertad, pero ^{el step mariposa} ~~las bragas mariposas~~ en el medio ^{L tu mariposa interna} divide la cuerda en dos porciones exactamente iguales, el monocordio de los griegos, y el sonido que sale de ~~tus~~ ^{la cuerda} bragas es la octava de tu sonido, y así el número de vibraciones de cada porción es exactamente el doble que el tuyo. Pero si ~~corro~~ ^{corro} las bragas hacia los dos tercios de la cuerda, y hacia tu ventana, tengo un intervalo de quinta, y corriéndolas todavía un poquito tengo el de cuarta, y esas son consonancias perfectas, gracias Pitágoras, casi estoy a tu lado, inglesita.

Cuando el concierto, tan curioso, acaba, Manuel y la inglesita estiran los brazos, los dedos en la punta del aire, de la cuerda, los dedos no llegan a la nota justa, es terrible para los músicos no poder llegar al centro del sonido. El deseo de la inglesita ^{se apoya en} es una quena ~~ausente entre sus piernas,~~ Manuel siente que ^{la quena dulce.} ~~tiene la quena dura entre las suyas, duele~~ ~~la quena de tan dura,~~ junto a ti vida sería. Hay palabras que ninguno de los dos comprende, son gritos de la selva que andaba por la fotografía, selva nunca vista, tigres y palomas gritan juntos en la oscuridad. ¿Portal? Nada nada, dice Manuel, nada nada dice la inglesita. No vaya a ser que aparezca la señora de blanco muy más que la nieve fría. Si estás cerca de la inglesita y viene esa señora, la inglesita podrá agregar

sus trenzas a la cuerda para que subas arriba, y entonces la señora blanca nada, y la inglesita toda. ¿Y si le damos un nombre para que deje de ser de una vez la hembra del cielo? Un nombre de carne y hueso para poderla tener, el primero que se te venga a la cabeza, un nombre claro y cotidiano, cualquiera, ella es mucho más que cualquier nombre. ¿María? ¿Te gusta? ~~Bueno, me parece perfecto.~~

María, dice Manuel, y María suelta su cabello en la otra ventana. Alguien golpea en la puerta de Manuel. La señora blanca. ~~Manuel se refugia en la ventana.~~ María abre los brazos y le dice ven en su lengua, le dice ven con el sonido del amor, el deseo de la inglesita dice ven y la señora que anda con Pavese sigue golpeando, golpea la puerta bajo el agua, ha inventado un aguacero para Manuel, sólo llueve allí junto a la puerta de la bohardilla y Madrid es Paris con aguacero golpeando la puerta de Manuel, ay muerte/^{tan} rigurosa ~~déjame vivir un día,~~ y la señora dice no, no, nada nada, ábreme la puerta que llueve. No es la lluvia de los sapos indios de su aldea, es la lluvia que se lleva a Vallejo y ahora quiere llevarse a Manuel porque está solo, ahora Manuel comprende muchas cosas, sabe quién ha confundido los portales, esta señora tiene predilección por los sudamericanos.

¿Viste anoche en la tele la peregrinación de las anguilas para copular? Bárbaro, ¿no? Hasta el mar de/^{los} Sargazos. Bueno, ahí está la cuerda de la ropa, Manuelito. Las anguilas son equilibristas, los ríos del norte donde peregrinan para copular están llenos de peligros, algunas anguilas mueren por su-

puesto. Sí, descalzo es mejor. Hay que aligerar el peso, nunca se sabe hasta dónde aguanta la cuerda. No te olvides de la quena. *Son dos metros escasos, casi un salto con un breve apoyo.*

La quena horizontal en las dos manos no es una ofrenda, es la vara del equilibrista para no caer. Cuatro pisos abajo hay cáscaras de naranjas y zapatos rotos que Manuel no mira, Manuel tiene los ojos clavados en el aire que termina en María la inglesita, mira al aire y a María con ojos de guanaco asustado, arrastra los pies sobre la cuerda, dos tercios consonancia perfecta, mientras la inglesita apoya sus manos en la cuerda y siente el pulso del cuerpo de Manuel, *y ella* mientras la señora blanca *ella* está rompiendo la cerradura. El miedo y el deseo están entre *María* ella y Manuel, pero son transparentes, ella puede ver las aletas de la nariz de Manuel y los ojos, y la quena de Manuel en equilibrio perfecto. María la inglesita oye el aguacero en la bohardilla de Manuel y no respira, ve las ~~bragas~~ mariposa y no respira! imposible que Manuel pueda quitar un pie para ~~saxaxia~~ sacarla, eso significaría cáscaras de naranja y sangre en los zapatos allá abajo. Manuel ve *el slip* las bragas y no respira, los pies se detienen ahí mismo para oír el aguacero de la señora aquella. La inglesita tira de la cuerda para traer a Manuel con el obstáculo, pero no puede, no tiene fuerza la inglesita, todo está muy quieto mientras llueve adentro, la mariposa ve que la inglesita no tiene fuerzas y empieza a mover sus alas, Manuel levanta los ojos para ver el vuelo, allá va la mariposa volando sobre las tejas de dos siglos. El canario puede ver ahora por primera vez a Manuel, a esa distancia ya no hay contraluz. Los ojos de la inglesita no pueden

ver el vuelo de ^{su slip} ~~las bragas~~, están fijos en los ojos del guanaco que llega con su quena, toda ella quiere ser guanaco y suelta la cuerda y toca los dedos de Manuel, Manuel fruta cayendo dentro del cuarto de la inglesita, la lluvia cesa lejos y en su ^{lejana} ~~vieja~~ tumba monocordio Pitágoras sonríe.

~~Hay fuego todavía en la bohardilla fría de la inglesita.~~ El guanaco y la guanaca tienen una comunicación perfecta en su idioma común de una sola palabra. Hip hip, dice el guanaco, hip hip. ríe la guanaca, y se miran hasta adentro, donde hay ríos que remontan las anguilas. El canario ha sido cuidadosamente llevado al otro cuarto, para que no mire. ~~esas cosas~~. Solamente los está mirando el fuego, el último de ese año. Como no puede haber palabras hay sonidos. Inglesita cuerda, sudamericano arco. María Violín y Manuel Arco junto al fuego rompiendo el equilibrio molecular, para eso están los impulsos, las fricciones debidamente dosificadas en su ritmo justo. Manuel Quena perturba el reposo de María Violín con ritmos limpios, ~~sin ralenti~~ ^{valiente} (todo lo contrario), y cuando las moléculas, por aquello de la inercia, quieren volver al reposo, se inicia el vaivén, los dos vibrando, buscando el otro reposo, el de los cuerpos, el silencio de los cuerpos para que de él brote la música. Justo cuando la mariposa de tela con puntiles reaparece; sólo el canario la ve volver, el canario está viendo que la mariposa aparece volando sobre el tejado y luego, cuidadosa de su estructura, se posa otra vez en medio de la cuerda pitagórica, ~~apenas escuchada~~.

*Cambiar mundo
a Polola : se llamo Tula*

EN LA ATMOSFERA

los edatos
Y ahí te dejan, dando vueltas en el jardín amurallado. Y cuida-
de los siempre sacados besos
do con salir, los ríos ~~serranos~~ son tremendos en verano. El pe-
ligro de ahogarse es permanente. Hay crecientes. Uno apenas ha
alcanzado a oír la cabalgata que se va y ya está solo dando vuel-
tas por senderos que siempre terminan contra las paredes blan-
cas. La familia puede veranear tranquila, no hay peligro de que
los chicos se ahoguen en el río.

de A. Estiara?

Pero antes de irse han hablado con la vecina, y entonces vie-
ne la Polola. Ella te cuida. En realidad te dejan jugar con la
Polola. Ella es el premio si uno no se escapa. Y detrás de ella
llegan los de siempre. Todos amurallados bajo nubes y lloviznas.
Maqueta, utilería, puro cartón pintado. La obra ha comenzado,
mejor dicho está por terminar, y ya nadie puede modificar el ar-
gumento. Estamos en la atmósfera, que obliga a existir o a resis-
tir a plantas y animales.

Ellos son las caras extrañas que aparecen cuando se va la ca-

balgata, los maestros desconocidos que te harán un hombre, es decir un adulto, esa fijación compulsiva, ese tomar la vida a la tremenda, por qué no poder quedarse en los diez años o en el sueño por ejemplo. Pero ahí mismo aparecen la Polola el señor Palcos la Tununa el señor Hidalgo Gratchen las Pecosas cada uno con su cara para siempre, los choncacos se pegan en las piernas cuando uno cruza el río. O uno se pega a ellos, quién lo sabe. Todo es posible cuando se han ido todos en una cabalgata y te han dejado solo en una casa grande. Todo es posible a la hora de la siesta, solo con la Polola en una casa sola.

Ellos estaban ahí cuando uno iba entrando como podía en esa epifanía delirante que Tununa llamaba la vida. No sé si tan delirante, pero eso. Lo que pasa es que hoy me levanté con ideas negras, llueve en Madrid como en un tango, por la ventana de la bohardilla se cuelan las gotas como gatos friolentos, y hurgando hurgando me di cuenta de que me había traído a Madrid a todos ellos.

Hay demasiado choncaco en los ríos de las sierras. Si uno al cruzarlos demora más de lo debido se pegan en las piernas. No duelen, tienen una baba que adormece la piel; ~~para~~ cuando uno llega a la otra orilla se da cuenta pero tarde, ya están metidos en la carne. Y es difícil sacarlos, se ro^mpen, siempre queda una mitad adentro. Hurgando hurgando los encuentro en Madrid, absurdos como haber traído un carnet de conducir vencido o el bolígrafo que nos regalaron cuando pasamos de grado en el colegio. Absurdos como la palabra choncaco. Ellos esta-

ban ahí cuando se fue la cabalgata y empezó todo esto. A ver entonces si recordando la entrada uno puede entender algo de algo en el parque cerrado, lo absurdo de un jardín amurallado y las lejanas cabalgatas y el río para ahogarse. Jugando con la Polola uno se distrae aunque las murallas no se muevan. Cosa importante entonces poder comprender algo de todo este barullo en el estruendo. Después de todo es razonable que estén aquí conmigo: Madrid bajo la lluvia se parece a un jardín amurallado. Alguien habló con la vecina y entonces la Polola vino otra vez con todos los demás, la familia puede cabalgar tranquila, no hay peligro de que los chicos se ahoguen en el río.

La entrada ^{en la atmósfera} es cruzar todos los días un puente de madera sobre un río espasmódico inventado por las crecientes, irse por la calle de tierra y al final encontrarse con Tununa. Muchacho, hay que ganarse la vida, tus obligaciones son limpiar barrer matar las moscas y armar cajas de cartón en ese sótano para guardar los dulces y los frascos porque así es la vida, dijo Tununa todo de corrido en medio del salón de ventas. Dulces y ^{nectar} masas de todo tipo para los mil ^{de} turistas que venían de Buenos Aires todos los veranos, alquilaban caballos y compraban dulces y alfajores hablando con la erre y con la ye. Y al año siguiente uno iba cruzando el mismo puente pero ya no había río, cambiaba de curso con las crecientes y luego quedaban los puentes inútiles que la gente seguía usando por costumbre hasta que ^{podrían} se ~~podrían~~ caían.

En ese clima había dos posibilidades de estar vivo; fabricar

dulces o tener muchos caballos para alquilar a los turistas que inventaron ese pueblo. Lo inventaban en verano y se iban cuando aparecían los primeros fríos. Nosotros no teníamos fábricas de dulces ni caballos, pero podíamos vivir cerca o alrededor de esas cosas levantando cosechas o matando moscas. Las Pecosas envolvían frascos en el mostrador, ponían los alfajores en las cajas de cartón que yo armaba en el sótano, suspiraban cuando el cliente era ^{el doctor} Roberto Airaldi. Yo le llevaba los paquetes al coche, tomá pibe la propina. Ay, me duele el corazón, en letra de vals decían las Pecosas, y Tununa se reía; para ella Roberto Airaldi era un cliente como cualquier otro. Claro, ella tenía al señor Palcos, que los sábados venía de Córdoba y la amaba. Las Pecosas no tenían nada, iban solas al cine y leían revistas del corazón.

Cada invierno los porteños se iban como para siempre, el río cambiaba de curso y ^{entonces} los puentes para qué. Enseguida empezaba a nevar y los albañiles a salir de sus casas. Apilaban ladrillos bajo la nieve, construían más hoteles para más turistas y nuevos puentes sobre el río arisco. Nieva sobre los albañiles y sobre los altoparlantes en ^{↓ vel, altavoces en los postes} los postes de la luz donde los tangos hablan de la vida. Apenas ^{aparece} ~~para~~ la nieve, Tununa se planta en medio del negocio y nos llama a todos. Gretchen sale de la Caja, las Pecosas del mostrador, yo que vengo del sótano. Mis queridos, dice Tununa con esa voz que tiene los sábados que no viene el señor Palcos, mis queridos, ya sabemos lo que pasa cuando llega el invierno: o aceptamos trabajar por medio sueldo o todos a la ^{calle,} ~~casa,~~ son órdenes del señor Hidalgo, en este pueblo

el turismo de invierno es casi nulo. Y entonces todo el invierno déle limpiar lo limpio, matar moscas inexistentes, mover los frascos, llevarlos a otra vitrina y después a ponerlos donde estaban; Gretchen desde la Caja mirando afuera como no sabiendo que es hermosa, las Pecosas en su mostrador leyendo revistas o envasando caramelos, Tununa en su habitación haciéndose los rulos para el sábado que pertenece enteramente al señor Palcos. De vez en cuando aparece la Polola, sacude su cabello como si estuviese mojado, se lleva un frasco de guindas en almíbar, ondula cuando sale. Uno no sabía nada, iba en un vuelo y de pronto se daba con un puente que no tenía un río abajo, todo oscuro, tocaba tierra rozando el cuerpo de la Polola y la voz que tenía Tununa cuando el señor Palcos no llegaba y ya era domingo y nunca más, así es la vida decía entonces Tununa desvestiéndose para dormir sola, quitándose el vestido lleno de flores y de avispas. Pero yo acabo de llegar, estoy cruzando el puente que me lleva hacia la calle de tierra, hacia el salón de ventas, hacia el sótano, hacia Roberto Airaldi, hacia los albañiles y la Polola que ondula ante mis ojos sacudiendo su pelo. ~~Estoy~~. Estoy cruzando el puente, entrando en el pueblito, recién llego, estoy entrando solo, nadie me recibe, me dejan solo en el puente en el sótano en la vidriera a matar moscas que no toquen los dulces, ya aprenderás y sabrás lo que es la vida, los altoparlantes hablan de la vida mientras toco tierra sobre el puente. El pueblo es un gran jardín amurallado, hay que limpiar matar las moscas, en una de esas la Polola puede ser tu recompensa dice Tununa pintándose los labios, la estás mirando pobrecito, a lo mejor ella también te mira alguna vez, te cuida en el jardín amurallado mientras vuelve la

cabalgata, ^{si vuelve} Entonces no hay ningún peligro ~~que~~ de que te ahogues en el río. Ella tratará de convencerte de que al fin y al cabo no es tan absurdo estar en el jardín cerrado, pobrecito mi querido.

Desde el Madrid amurallado oigo que se va la cabalgata. Dentro de la valija el señor Hidalgo llega una vez por semana en coches largos inspeccionando, cuenta los frascos de dulce a ver si falta alguno, las tortas y uno por uno los caramelos el señor Hidalgo, la cabeza peinada a la gomina, un Gardel sin risa y con bigotitos está contando los alfajores y me mira acusador. Cuando llega el señor Hidalgo yo tengo que salir corriendo para el sótano y armar cajas de cartón a gran velocidad. Todo en su sitio para que no se enfade el señor Hidalgo que hacía temblar a las vendedoras en los mostradores. Las Pecosas nunca lo miraron a los ojos. Bajaban la cabeza nerviosas, envolvían ~~los~~ rápidamente los paquetes, se enredaban los dedos en los hilos, movían los labios como rezando un padrenuestro. Tununa en cambio tan segura le entregaba los papeles y el dinero, y él tan contento y bien peinado, salvo aquella vez que se despeinó en el sótano y gritaba pidiendo un peine por amor de Dios. Yo salgo corriendo al quiosco de la esquina a comprarle un peine, Tununa se lo entrega y él se peina y después sale impecable, otra vez lamido, la cara colorada de bronca, y hace arrancar su coche, se va por la calle de tierra levantando polvo. Pero en la valija estaba despeinado, le caían ^{las} unas clinas en la frente. Tanto mover las valijas en Ezeiza y después en Barajas se había despeinado el señor Hidalgo. En cambio el señor Palcos estaba digno con sus dedos repletos de anillos y sus prensa-corbatas con diamantes o algo parecido, el cuello duro casi palomita, sus inextinguibles perfumes. Entonces vuelco la vali-

risa en propaganda cuando ellas le entregan los paquetes cuidadosamente envueltos, él se va a Buenos Aires a Paris y no regresará hasta el próximo verano. Las vendedoras mientras tanto apoyadas en el mostrador cristalino miran durante un año caer la lluvia ^{sobre} ~~llena de~~ albañiles friolentos que regresan a sus chozas alumbradas con velas. En la Caja está la rusita o la polaca o algo parecido: Gretchen. Ella no puede pronunciar las eres, usa vestidos ajustados, no oculta su cuerpo como las Pecosas. Gretchen no suspira ni lee revistas de besos. Para ella Roberto Airdi es como cualquier negrito del pueblo, nada más que con traje.

Al parecer nadie puede hacer aquí inmediatamente lo que quiere. Ni siquiera el señor Hidalgo puede hacer inmediatamente lo que quiere. El señor Hidalgo peinado a la gomina entra atropellante por la puerta de ^(cristal) vidrio. Ya hemos oído antes el ruido de su coche, así que estamos todos en posición correcta, cada uno en su sitio. Las Pecosas han tenido tiempo de sacar cisnes de unas cajitas redondas y se empolvan un poco más la cara, hay pecas que desaparecen ^{como} hundiéndose en el agua; yo corro a buscar el matamoscas y me instalo en la vidriera, doy un golpe contra el vidrio cuando me mira el señor Hidalgo, un golpe como si hubiera una mosca y no hay ninguna; las Pecosas esconden revistas y suspiros bajo el mostrador; Gretchen recuenta el dinero de la Caja; Tununa en su escritorio está sacando cuentas. Pienso que todo eso es absurdo. A lo mejor me equivoqué de pueblo, o de cuerpos, indudablemente todo esto está pasando en otro lado. El señor Hidalgo saluda solamente a la señora Tununa y enseguida se pone a contar postres, dulces y masitas. Después mira los papeles abiertos sobre el escritorio, intercambia palabras que no alcanzan a ser nada, ruidos solamente. Si falta algo gira su enorme

cabeza de huevo de Pascuas y me clava unos ojos directamente asesinos, me obliga a pensar que si lo que Tununa llama vida es como él la cosa pinta mal y ya sabemos que no es sueño, es un huevo caliente la cara del señor Hidalgo mirándome, fijándome contra la vidriera y yo con la palmeta quieta en una mano sin saber qué hacer y sin tener palabras. Menos mal que cuando acaba la inspección se dulcifica el huevo: clara batida con azúcar a punto nieve es la cara del señor Hidalgo para mirar a Gretchen. La voz que usa para hablar a Gretchen es más dulce que sus dulces. Empalagoso almíbar, papel untado pegamoscas su voz de caramelo. Y Gretchen siempre retrocediendo, esquivando el bulto, pero él dispone de varias manos para tocar a Gretchen en tantas partes, sacarle pelusitas del pulóver y miguitas del pelo, la ~~me~~ sigue la arrinconada cerca de las columnas. Si yo estoy allí me hace una seña, me clava sus faros. Y si no entiendo, "al sótano" me dice el huevo y yo salgo corriendo con el matamoscas en la mano. Pero si arrinconando o empujando a Gretchen baja los escalones y se la lleva para el sótano y yo estoy allí, el señor Hidalgo gira su huevo su cabeza de retrato y me dice "arriba", y yo salgo corriendo, corriendo para arriba con la caja de cartón a medio armar entre las manos. Yo no ^{puedo} ~~debo~~ estar nunca demasiado cerca del señor Hidalgo. Apenas me ve y ya me ha contado tengo que desaparecer, cuando él llega ya se sabe que tengo que irme al sótano. No, yo no he robado ningún postre, no me comí ninguna masita, pero el señor Hidalgo lleva mucho tiempo en este pueblo, es grande es hombre y debe saber cosas que yo ignoro. A lo mejor no tengo que estar aquí, vine en lugar de otro, me ade-

lanté en la cola o algo así, he llegado a destiempo, porque si no el señor Hidalgo no existiría. Si hubiera hecho el viaje en el turno correspondiente me habría encontrado con otros seres, míos, mis hermanos. Por eso pensaba, en el sótano, que el señor Hidalgo y todo lo demás pertenecían a otro. Al otro todo esto le hubiera parecido natural. Pero no a mí. Es muy duro el examen. Si fuera sueño lo abandonaba. Pero el sueño se acabó cuando se fue la cabalgata y esto es muy distinto. No sólo no puede modificarse: tampoco se lo puede abandonar porque te matan, te suplantán por otro, quieren al más apto; pero no te abandonan como te abandona un sueño. Están ahí siempre para ver si uno aguanta. Y entonces empiezo a desear con mucha fuerza ser el señor Palcos que llega desde Córdoba y se posesiona directamente de Tununa, la autoridad más importante del establecimiento. En eso me faltan fuerzas, se me doblan las piernas. Ya sé que no se puede abandonar pero mejor me caigo muerto así puede venir el otro, él encontrará familiar la cara de huevo del señor Hidalgo. Incluso el señor Hidalgo le ofrecerá sus postres y sus dulces. ¿Por qué no comes cuando lo deseas? Me ofende que no toques mis dulces mis masitas. Me caigo muerto ahora mismo y se acabó. El señor Hidalgo me remata con la palmeta matamoscas. Nos equivocamos de chico dice el señor Hidalgo y ordena que me barran. Gracias a Dios aparece Gretchen y me salva. Gracias a ella y con lo justo puedo aprobar el examen y quedarme. De otra manera sería otro el que estuviera tratando de contar esta historia. Otro, el verdadero. No yo.

Me salva Gretchen en el día más intolerable del señor Hidalgo. El me ha borrado con su mirada y salgo para el sótano. Menos mal porque ya no aguantaba la dureza y el brillo de su pelo. Ca-

beza para ilustrar tapas de revistas de peinado. Más que un peinado era una condecoración, un yelmo negro que brillaba deteniendo el sol, ni siquiera aire había alrededor de su peinado. Ese día el señor Hidalgo dueño de caballos, dulces y albañiles y de los sueños de las Pecosas, tenía más manos que otras veces. Detrás de cajas armadas y apiladas en los rincones del salón de ventas, sus manos buscaban migas y pelusas en las ropas de Gretchen. El salón no le alcanza y se van para el sótano. "Arriba" dice el huevo y yo corro a la vidriera con mi matamoscas. Ya han terminado de bajar los escalones y allá abajo ella no podrá escapar, no hay rincones ni nada, por el tragaluz podría pasar una persona pero la escalera está en otra parte pobre Gretchen. "Por favor", llega desde abajo su voz sin eres, y algo muy duro que dice el señor Hidalgo pero que no entiendo. Me da miedo, me caigo muerto aquí mismo y que me busquen a ver si pueden encontrarme. Era la pregunta más difícil del examen y yo no tenía la respuesta, no tenía ni siquiera una palabra, ni siquiera podía decir no sé. Entonces oigo el tremendo plaf la cachetada. Corro para ayudar a Gretchen buscando una palabra que la salve, pero ella ya viene subiendo los escalones salvándome del señor Hidalgo. Alcanzo a ver una cosa al final de la escalera. La mitad de la cara de huevo del señor Hidalgo está roja de la cachetada y todo él es un desastre que se envuelve para no terminar, todo él un montón de pelos negros que miran para cualquier parte, un montón de ramas con espinas, un montón de yuyos secos y de bosta la cabeza del señor Hidalgo. El ve que lo estoy mirando, y entre sus pelos casi muertos veo fulgurar sus ojos, veo abrirse su boca que me grita ;un peine!; un peine hijos de puta! dice entre los pelos derrumbados la boca del se-

ñor Hidalgo. Y entonces me veo correr como loco al quiesco de la esquina. ¡Un peine!, digo agitadísimo como si estuviera en la farmacia pidiendo un medicamento para alguien que se muere del corazón. La viejita está contando una docena de botones para un cliente que espera, están hablando de los turistas de ese año. Un peine por amor de Dios, le digo con los ojos en lágrimas, es una cuestión de vida o muerte estoy diciéndole. La vieja se quita los anteojos de mirar botones y se pone otros para poder verme, para poder creer lo que le digo. Miro para atrás y veo a Tununa en la puerta del negocio que me hace señas levantando brazos, que me apure, a lo mejor el señor Hidalgo se está muriendo por mi culpa.

No es para tanto, dice la ^{ducesu} ~~viejita~~ removiendo peines en una caja de zapatos. Me pregunta el tamaño, la calidad y no sé qué otras cosas inservibles en la urgencia en la agonía. Es para el señor Hidalgo, le grito entonces a la vieja con deseos de despeinarla, de arrancarle los anteojos. Entonces la palabra Hidalgo abre las puertas, ella suelta los botones, los tira en cualquier parte, me da la caja, que me la lleve toda, que el señor Hidalgo elija el que más le guste, si es para el señor Hidalgo no hay problemas. Corro, corremos con Tununa cuidando aquella caja. Allá abajo el señor Hidalgo como un tordo con un hondazo en la cabeza, busco inútiles sangres. Tununa le entrega el más oportuno de los peines, va a entregárselo mientras él espera arrinconado, jamás podría subir despeinado y que lo vean en el salón de ventas. Me escondo detrás de Tununa para ver cómo va a peinarse y veo que despeinado es cualquier cosa, una urraca, una comadreja, un negrito un hijo de albañil, a él lo salvaba el peinado, la gomina. De nada le valían los

dulces. Despeinado, se iba con los albañiles bajo la lluvia hacia su choza el señor Hidalgo; el negro Hidalgo.

Gretchen

Gretchen ^{tr}en ruidos de ~~valijas~~ ^{maletas que se abren y cierran} anda por su cuarto. Tununa firma muchos papeles de distintos colores, pone sellos vistosos, saca dinero de la caja fuerte, pone todo en un sobre y me dice que se lo lleve a la pobre Gretchen. En la cara de Tununa una lágrima muy pulcra discurre entre suaves arenas de talcos impalpables, alcanzo a ver debajo unos poros abiertos, enormes, melancólicos. En su mostrador las Pecosas lloran con cuerdas de violines. La puerta está entreabierta y cuando voy a entrar oigo un gritito, algo gatuno y limpio que sale de adentro de Gretchen me advierte que no pase, estoy desnuda dice enseguida, un momentito y podrás entrar dice sin eres. Entro y ella está en ^{hermosa} vuelta en una gran toalla, con su cabello mojado es más ^{cierta} que nunca. Se sienta en la cama y cruza unas grandes piernas como las que después tendrá ^{lo Tula} ~~Polola~~. Guarda el sobre y me regala un pañuelo, una linterna y varios libros, me dice que se va a vivir a Buenos Aires, allá tiene una tía que ha venido de Europa. Cuando seas todo un hombre también podrás irte a Buenos Aires y entonces nos veremos, tú me llevas del brazo por la calle Florida, ¿te parece?

Qué lindo en la estación el sombrero de Gretchen, qué lindo el beso que me dio, el olor de su piel, qué lindo alcanzarle una valija por la ventanilla, ver que Tununa y las Pecosas le tiraban besos. Lo último que veo es el ala de su sombrero verde, lo último que le escucho es no te olvides, te espero en Buenos Aires. Y cuando el tren desaparece en la curva y volvemos

todos tristes caminando despacio por la misma calle de siempre pero que ahora es otra, justo en ese momento empiezo a darme cuenta de lo que era Gretchen. Gretchen era la alegría y no me había dado cuenta.

Lo que pasa es que hay pocas como Gretchen, dijo Tununa al otro día en el negocio. Yo pensaba que había poco de todo. Poco mundo, poca alegría, poca comida, pocas calles. ¿Es que había poco mundo y a mí me tocaba sólo eso porque había poco? ¿Era mucho para otros, para el señor Palcos por ejemplo, o era poco para todos? ¿Y para qué pasaba todo eso? Yo entré creyendo que me encontraría con otras cosas que pudieran moldearse. Y me encontraba con cosas definitivas que nunca hubiera imaginado, que además eran pocas. A lo mejor era sueño, me había quedado dormido después de andar por los senderos del jardín cerrado, estaba durmiendo junto a las paredes blancas y soñaba todo eso. Cuando volvieran de la cabalgata me encontrarían durmiendo y soñando todo esto. Pobre, se ha dormido y es tardísimo, llévenlo adentro pónganlo en la cama. Y adentro despertaría en mi casa, en una casa que había olvidado, sin puentes ni cajas de cartón, sin sótanos ni ^{Tulas} Polelas ni Gretchen que se va definitivamente. Y contaría todo el sueño. Muy gracioso eso del señor de los dulces y muy bonito lo de los albañiles bajo la nieve, es que así son los sueños, siempre tienen algo raro. Contaría todo eso. Pero, ¿a quién? Y no podía contarlos porque no había a quién contárselo; porque en esa casa no había nada. La cabalgata había desaparecido en su rumor, ya no era ni recuerdo. Y entonces no podía despertar, si despertaba no podría contar el sueño a nadie. Y seguía viviendo, o durmiendo, o esperando. Todos los días cruzaba el puente para ir a esperar algo, Tununa

y los dulces y las cajas no se movían de su sitio, nada salía de su ferocidad. Odiaba todo eso y al mismo tiempo empezaba a amarlo, no había otra posibilidad. Se trataba de cosas ciertas aunque su sentido no estuviese claro. Todo era presente. No se trataba de un futuro que yo pudiese pensar, modificar con mis deseos, cambiarle algún detalle al señor Hidalgo por ejemplo, rejuvenecer a Tununa o detener el tren que se llevaba a Gretchen. Nada de eso. Cada día cruzaba el puente mientras amanecía, y todo estaba allí, como siempre.

Polola

Polola es lo que había debajo de la toalla que cubría a Gretchen, pero sin Gretchen. Porque, como dijo Tununa, como Gretchen hay pocas. Lo que pasa es que también hay poco de Polola. Hay poco de todo. En el jardín, mirando bien, hay un par de caminitos, un banco y nada más. Lo demás, macizos de ligustros y paredes blancas por todas partes, es lo único que abunda. Polola casi no existe en el verano y aparece con la caída de las hojas y las lluvias. Ha entrado pocas veces al negocio, siempre está afuera mirando ^{el escaparate} ~~la vidriera~~. Es del lugar pero habla como los turistas. Es una turista que **llegó** para ver cómo era el invierno en ese pueblo y se quedó para siempre. También la piel de la Polola es distinta a la de los albañiles los negritos; es distinta a la mía que se inclina más por los negritos, se parece casi a la de Gretchen. La Polola pasa siempre no mirando a nadie, y nadie puede saber qué está mirando la Polola.

Siempre agitación y temor en el negocio. Hay que despachar todos los paquetes en el día volando hacia el correo, mañana viene

el señor Hidalgo todo tiene que brillar y ni la sombra de una mosca. Tununa nerviosa con dolores y silencios, van dos semanas sin que venga el señor Palcos. Corro a poner un telegrama para él amor constancia fidelidad te quiero. El señor Hidalgo grita que hay que vender más, salir a la calle cuando pasan los turistas obligarlos a entrar que compren muchos dulces porque si no, y yo apurado subiendo paquetes con frascos al coche de Roberto Airaldi, se me cae uno, menos mal que no se rompe porque si no; cuando vuelvo del correo hay tres moscas en la vidriera, intolerable, todá agitación Tununa sin noticias en su cuarto llorando. Qué le pasa señora necesita algo, nada dice Tununa, podés irte a tu casa, yo me encargaré de bajar las persianas. La agitación me penetra me recorre los huesos el futuro, soy Tununa soy el señor Hidalgo soy el señor Palcos soy Roberto Airaldi soy Tununa otra vez soy la mosca entre el vidrio y la palmeta. Pero cuando pasa la Polola todo se deshace, se ablanda, se adormece. Ella me cuida en el jardín puedo dormir tranquilo, ella se para ante ^{el escapar af} la vidriera mira los postres vestida siempre de amarillo, una gran toalla amarilla cubre su cuerpo de Gretchen que regresa. Hay algo inmortal en las piernas de la Polola mientras ella sacude su cabello espantando gotas que no existen, para ella siempre llueve. Siento que sus grandes piernas pueden salvarme de la caída del ingreso forzoso. Si caigo entre sus piernas puedo salvar la vida. Debe ser algo muy importante la Polola, todos los tangos hablan de ella. Hay esquinas y domingos donde está la Polola en su toalla amarilla. Yo ando por sus alrededores, puedo verla cuando sale del cine, cuando está cruzando el puente, la miro desde lejos desde cerca, a veces nos cruzamos en la misma vereda, supongo que me mira porque

ella lo ve todo con sus ojos y sus piernas que miran que me miran todo lo cubre lo mira la Polola todo con su gran toalla amarilla, todo debajo de su vestido entre sus piernas azules.

Tununa

Hay seis Tununas por lo menos. Cada día ella pinta un autorretrato diferente. La del lunes es la más triste, la más fea. Nada alrededor de sus ojos; las pestañas han perdido su curvatura; los rulos se han perdido, se los han robado; los cabellos caen lacios como un agua gris mezclada con nieve; la cara llena de poros casi pecas de las vendedoras. Tununa pasa casi todo el lunes en la cama, le duele la cabeza, yo soy el único que puede verla, le llevo infusiones y ^{aspirinas} ~~aspirinas~~ entre la oscuridad de las persianas bajas y los perfumes que flotando en el aire ha dejado el señor Palcos. Por la tarde aparece más tranquila, han empezado a desaparecer sus poros, su vejez de día lunes. Al día siguiente empiezan a cambiar sus ojos, certeros toques de color y de sombra borran surcos definitivos, un pañuelo en la cabeza disimula ruleros laboriosos. A mitad de semana ya es casi joven otra vez, sobre las blancas cremas tapaporos aparecen primeras pinceladas de primavera permanente. Es más amable, no habla de la vida. El jueves sale a tomar te con el tendero de enfrente, me los encuentro un día tomando te al lado del correo, hablan muy bajito, por favor que jamás se te ocurra decirle al señor Palcos que me viste con ese señor, somos amigos solamente dice Tununa así es la vida. El viernes abre las ventanas de su dormitorio

para que entren los pájaros las mariposas los perfumes silvestres, cubre todo de flores, hace su nido la Tununa, todo brilla, los bronceos de la cama, las sillas, los almohadones, las uñas de sus pies, Tununa hermosa espera al señor Palcos. Por esa puerta de cristal hará su entrada estrepitosa el señor Palcos en la tarde del sábado. Yo le abriré la puerta, pase por favor la señora lo espera en sus habitaciones con pájaros y orquestas, cerraré la puerta del negocio, bajaré la persiana metálica, cerraré con candado hasta mañana Tununa señor Palcos, hasta mañana mi querido dice ella. Lástima, queda una Tununa de domingo que no podré ver nunca. La Tununa exclusiva del señor Palcos encerrada en su nido entre sus perlas y piedritas del río, blancas y rojas, mojarritas.

El último autorretrato de Tununa debe ser la belleza perfecta, toda para el señor Palcos. El devora los esmaltes, las porcelanas, los tapices de la cara de Tununa. Come sus rulos, los alrededores de soles ponientes de sus ojos, la pintura de sus uñas el brillo de sus ojos, todo se lo come el señor Palcos como un gran postre un gran frasco de dulce. Cuando él se va los domingos por la noche sólo quedan los poros de Tununa, el pálido boceto, una rayas unos trazos de lápiz negro, un croquis de Tununa, cabellos lacios grises sobre los almohadones tristes, el dolor de cabeza el dolor de vida, se van los pájaros las mariposas la primavera cae la nieve, miro los poros profundos de Tununa cuando le llevo el primer té del lunes, por favor, que nadie me moleste, me duele mucho la cabeza, muchas gracias mi querido.

PALCOS

Lo más hermoso del señor Palcos es que prescindía del señor Hidalgo. Era su fuerza opuesta, lo ignoraba. Sin duda él podía comprarle todas sus fábricas, caballos y albañiles, patadón y a la calle, quitarle el coche, dejarlo en bicicleta, mandar un telegrama a Buenos Aires: señorita Gretchen regrese urgente stop el negro Hidalgo ha sido destituido stop cariños la esperamos stop firma de Palcos y Tununa. Y yo la espero en el andén. Allá aparece el tren, su humo azul, su máquina de fuego; allá asoma la cabeza el sombrero verde de Gretchen su gritito gatuno, corro corremos por el andén abrimos grandes brazos. El señor Palcos era la posibilidad de modificar lo inmodificable, de devolver a las cosas lo que uno esperaba de ellas cuando entraba en el mundo en el pueblito cada día sobre el puente. Gracias al señor Palcos, a sus poderes, a su amor por Tununa, las presencias tenían ahora una finalidad, había algo preciso detrás de la mecánica absurda de tanto día y tanta noche, caballos, dulces, turistas y albañiles ateridos, cada uno podía saber y comprender algo del estruendo, lo real podía ser modificado, las cajas de cartón convirtiéndose en globos o en fuegos artificiales, no necesitaba crecer ser todo un hombre para irme a Buenos Aires y mirar a Gretchen frente a frente, los dos abrazados por la calle Florida por Corrientes con Gardel con Hugo del Carril, me iba a Buenos Aires a buscarla, el señor Palcos me prestaba uno de sus coches cromados niquelados, compraba el ferrocarril, clausuraba los trenes para que nunca se fuese Gretchen.

Por esa puerta entraba el señor Palcos los sábados -Tununa, cuello duro puños almidonados gemelos de oro cigarrillos rubios en boquilla gran anillo de piedra negra refulgente como el sol

de la bandera. No sé en qué llega desde Córdoba, absurdo relacionarlo con los tristes trenes que sólo sirven para irse. O en avión o por lo menos en sus coches el señor Palcos que siempre llega precedido de sus perfumes. Sólo recuerdo tres o cuatro. Cada sábado había un perfume distinto para Tununa en el comienzo de este mundo de estos tiempos; cada sábado por esa puerta entraba un perfume distinto que venía de lejos (acaso de islas o llanuras que contuviesen a Gretchen); cada sábado zapatos y corbatas distintas, siempre era un nuevo señor Palcos que llegaba en siete coches. Yo le abría la puerta y lo acompañaba un trecho por el salón de ventas entre frascos y espejos y plantas embalsamadas, él me daba monedas grandes o billetes difíciles y yo lo dejaba en las proximidades de las golondrinas de la pieza de Tununa, toda ella de porcelana de nácar de muñeca en su nido entre sus pájaros.

Aun con ropas de entrecasa era fabuloso el señor Palcos. Los domingos a mediodía yo retiraba grandes bandejas para él y para ella de la rotisería. Pollos y pavos, codornices, picaflores vinos perfumados. Levantaba la persiana metálica, llamaba golpeando las manos despacito y él aparecía atravesando el salón de ventas en sus pijamas azules o morados, su hermoso cabello de músico al aire, sin gomina, recibía la bandeja, me daba otra moneda me tocaba la cara, gracias pibe decía con su voz de bueno y poderoso todo junto. Yo bajaba la persiana y me iba tocando la inmensa moneda o el billete. El sabía que era yo el de los telegramas de Tununa para él todos los miércoles. Hoy te recuerdo más que nunca dice el más hermoso de los telegramas, yo lo despachaba como si fuese para Gretchen.

¿Así que nunca fuiste a Córdoba? Pero si está muy cerca. Cual-
 quier día te llevo, vas a ver qué lindo el río, la Catedral,
 la Cañada, el Cerro de las Rosas una maravilla. El era el úni-
 co que podía salvarnos del señor Hidalgo, de sus iras, de sus
 papeles, de sus ^{ponernos} de patitas en la calle, o venden más o cierro
 todo esto y ustedes se quedan en la calle, a ^{rasqueteo} ~~alquilar~~ caballos
 si es que pueden, a alcanzar ladrillos a los albañiles bajo llu-
 vias bajo nieves. Tununa y las Pecosas preparando cal ^{conmigo}, al-
 canzando ladrillos al voleo, rasqueteando caballos. Pobre Tunu-
 na llena de cal y de cemento, se cuarteán sus manos, sus meji-
 llas, de la que se salvó Gretchen yéndose a tiempo a Buenos Ai-
 res. Me duele la cintura, son muy pesadas las bolsas de cemen-
 to, los baldes llenos de cal dice Tununa, y las Pecosas tiem-
 blan de frío en lo alto de los andamios siete pisos, la ^{Tula} ~~Peleta~~
 me desprecia, a ella no le gustan los negritos albañiles, es
 demasiado blanca para eso, tiene piernas inmensas, tiene guin-
 das enteras descarozadas en sus pechos. No, no tengas miedo,
 dice Tununa, son puras amenazas nada más. Si cerrara el nego-
 cio él también tendría que ir a trabajar con los albañiles. Y
 si lo cerrara qué: el señor Palcos nos llevaría a Córdoba, los
 tres podemos vivir en su chalet del Cerro de las Rosas, es in-
 menso dicen, vos no sabés quién es el señor Palcos. ¿Y las Pe-
 cosas? A ellas también las llevamos por supuesto. No se van a
 quedar aquí todo el invierno mezclando cal voleando los ladri-
 llos en la nieve pobrecitas. Las llevamos a Córdoba también
 dice Tununa cruzando el salón de ventas tan brillante, abrien-
 do personalmente la puerta a Roberto Airaldi impecable en pri-
 mer plano, que compra veinte frascos de los caros, alfajores
 con una guinda secreta bien adentro. Yo pongo los paquetes en

el canasto de la bici, vuelo a despachar las encomiendas y en el camino veo a la ~~Polola~~ cruzando la plaza cerca del mástil. A la Polola que remonta una calle, seguida de la luz solar va ~~la Polola~~. Ella también se irá a Córdoba con nosotros, al Cerro de las Rosas maravillas. Por fin las cosas empiezan a tener una finalidad precisa. Siento que a pesar de la repetición hay algo. Me acuerdo de Gretchen. Recupero la alegría. Respiro la atmósfera. Después de todo, algo me pertenece.

Polola

He visto a Libertad Lamarque en Besos brujos y no entiendo nada. Estoy solo en el sótano armando cajas todos los inviernos tratando de entender la película la vida, lo que Tununa llama vida cuando en vez del ~~señor Palcos~~ llega un telegrama imposible viajar tuyo señor Palcos. Las Pecosas también dicen la vida leyendo sus revistas de besos. Todas las películas terminan en un beso, Roberto Airaldi besa en toda la pantalla. Hay que alquilar caballos, vender dulces para después dar o recibir un beso., El señor Palcos y Tununa se besan. El señor Hidalgo ^a sca pelusas y miguitas a la ropa de Gretchen para que ella le dé un beso. Los albañiles construyen hoteles y puentes bajo la nieve por los besos. Los tangos de los altoparlantes hablan siempre de besos. Cada cual tiene su beso en este mundo en este sótano de cajas de cartón.

Por el tragaluz que da justo ~~bajo la vidriera~~ donde mato moscas veo a las mujeres que se paran a mirar los postres, me pego a la pared del sótano y puedo mirar sus piernas desde abajo. Son como la cabalgata que se ha ido, piedras

significativas ocultas en la atmósfera. Las paredes del jardín son altas para que uno no vea las piernas de la cabalgata. Si uno sale y las mira puede ahogarse en el río aunque afuera el mundo esté de fiesta. Cuando uno cruza el puente todos los días y cree que no hay nada, que todo eso no tiene sentido, se equivoca. Aquí está todo, pero te lo ocultan. Las mujeres ocultan sus pechos y sus piernas, los albañiles construyen hoteles para esconder las piernas y los pechos, las ciudades están hechas para esconderlo todo aunque las cosas ocultas traten de salir, de reventar hacia afuera como los pechos de la Polola por ejemplo. No es por el frío que te tapan el cuerpo. Es muy por otra cosa. El señor Hidalgo busca migas pelusitas por las piernas de Gretchen. El señor Palcos cae los sábados en las piernas de Tununa. Yo tengo que caer en las piernas de la Pololagretchen guindas descarozadas.

En el tragaluz aparece el ruedo del vestido amarillo de Polola, sus piernas vivas en el aire. Me acaricio, me crezco con las manos como puedo, yo también era algo que andaba escondiéndose en la atmósfera. Avanzo con los ojos en blancuras interminables y me acaricio, se trata de mi primer beso solitario. Las piernas de la Polola son una parte de ella que me alumbra hasta el final. Una parte sin ojos menos mal así no me ve llorar de miedo de alegría. Por fin estoy tocando tierra, piernas, guindas descarozadas, tantas cosas. Mi cuerpo me devuelve unas gotas de temblor caliente, qué ganas de llorar en la tarde gris dice el tango. Hoy te recuerdo más que nunca, dice el telegrama de Tununa. Imposible viajar, tuyo, besos, dice el señor Palcos. Te espero en Buenos Aires dice Gretchen. Las piernas de la

Polola se van con el vestido amarillo, en la vereda resuenan sus zapatos de cabalgata que se aleja. Alguien ha bajado al sótano, es Tununa que me mira. Tengo tiempo de recomponerme, intento seguir armando cajas. Me invita a tomar el te con ella. Dice hijo mío o algo parecido. Se da cuenta de que tengo el pantalón mojado. Se llueve el tragaluz le digo le diría no le digo nada. Cruzamos el salón, nos miran los espejos. Alcanzo a divisar a la Polola toda entera por la calle en amarillo.

Tununa Tununa

El ruido de las cucharitas del te es el silencio de Tununa. Los dos solos en la cocina y el silencio de las cucharitas, tanto que uno no se anima a tragar, a morder la tostada, vamos por la mitad de la taza y nada dice la Tununa. Eligiendo, pensando las palabras, tiene la misma cara de aquella vez que admití haberme comido esa masa tan cara con almendras. Entonces también tomábamos te en esa cocina y Tununa estaba callada como ahora, hasta que al final de la taza dijo como si le doliera que si uno comía algo tenía que decirlo, se anotaba en un papel y a fin de mes lo descontaban del sueldo, eso era todo, muy simple como ves, sólo había que decirlo, ella también comía a veces pero lo anotaba, por esta vez me la anotaré yo, me la descuentan y se acabó el asunto, lo que pasa es que esas masas son muy caras, valen una buena parte de tu sueldo ¿otra tostada?

Ahora Tununa movía la cuchara removiendo lo removido. Estaba a mitad de semana, rejuvenecida hacia la llegada del señor Palcos, con sus rulos bellísima no se veían poros en su cara. Entonces dijo bueno, se trata de lo siguiente, y era una voz de vieja a pesar de la mitad de la semana, voz de sentencia de ley marcial, de vieja que se muere y dice sus últimas palabras.

Voz para decirme que no sólo me había comido una masita cara, según la voz yo ahora había comido o mordisqueado todos los postres y los dulces, era la ruina para todos, la desgracia. El señor Hidalgo se arrancarí­a los pelos de la cabeza, golpearí­a su cabeza ~~contra~~ contra las paredes contra los espejos, reventarí­a el huevo en un desastre pero él se vengarí­a, la venganza más terrible de todas prepararí­a el señor Hidalgo. Algo terrible, algo impensable, algo desnudo en alaridos: matarí­a a Gretchen por ejemplo. Le cortarí­a las piernas, por ejemplo.

Pero eso estaba solo en su voz. Con las palabras Tununa trataba de rodear un centro sin nombrarlo, alrededor de mi beso solitario giraban las palabras de Tununa. Y apareció cuándo no la palabra vida. Vivir era no estar solo, eso debí­a comprenderlo. Lo que pasa es que me pone muy triste ver que estás amando solo y eso no se puede, amándote a vos mismo en ese sótano es muy triste. Si hubieras tenido un par de años más te quedabas con Gretchen, ella te querí­a mucho, me lo decí­a siempre.

¿Otra vez?, pensaba yo, ¿otra vez llegué tarde o no soy el que tenía que llegar aquí, llegué en lugar de otro? Me voy ahora mismo, me muero para que vengan otros. Ya me parecí­a, me adelanté, debí­a venir con Gretchen otro día otro mundo en otra vida. Pero Tununa dice no, no se trata de eso, no hay que tomarlo a la tremenda. Tununa se ha servido otra taza de té, tintinea la cucharita removiendo, la pintura de las uñas es perfecta, me mira y me acaricia una mejilla. Lo hiciste por la Polola, ¿no? Es muy linda y muy joven la Polola. Todo es cuestión de tiempo. La vida es larga, chiquilín. Voy a ayudarte, mi querido.

Tununa y la Polola se cruzan en la calle secreteándose. Entra al negocio la Polola, finge comprar dulces, mermelada de peras dice la Polola pero con Tununa están diciéndose cosas al oído. Tununa me llama y dice que le muestre las líneas de la mano. Mira mis manos y las de Polola señalando las líneas de la vida. Qué curioso, se parecen como dos gotas de agua, dice Tununa mientras nos miramos con la Polola, ella mira más allá de mí pero me abarca, me contiene. Y ahora estamos en el cine. En la oscuridad me da chokolatines la Polola, toca mis manos, mi línea de la vida para darme el chocolate. En la pantalla Roberto Airaldi está en una situación crítica, tiene que irse lejos mientras su Polola o su Gretchen llora en el andén y hay pañuelitos blancos. Nosotros hacemos coincidir las líneas de la vida calentitas, las bocas las lenguas calentitas y se acaba la película, se acaba el pueblo, ya no hay calles, cruzamos el pajonal, divisamos los árboles, las luces del pueblo han quedado lejos. Y empiezan a aparecer las cosas que todo el mundo oculta, que tapan en el aire, pero en el aire está toda entera la Polola, ella no tiene nada que ocultar, no necesitamos que los albañiles nos oculten, tiene una guinda descarozada en cada pecho, ella es la tierra es la atmósfera es Gretchen, me inicia en la mecánica de tumbas y de cunas, me enseña que debo repetirme con ella para entrar o salir de la atmósfera, aterrizo en las piernas en el hueco de Polola pero en realidad venía de ellas de ello.

¿Y aquello? ¿Y lo del cine y lo de aquella noche? le digo unos días después a la Polola que no me ve, no me habla, que desaparece siempre. Aquello ya pasó, fue lindo y eso es todo,

dice una Polola que ya es cosa de lejos, nube, yo me sorprendo y ella se sorprende de que me sorprenda. No seas tonto, dice la Polola desde la otra vereda. Preguntale a Tununa, dice en otra calle. No seas tonto, ahora has aprendido, dice al otro lado del mar. Ahora podrás tener otras, sigue diciendo, no vas a cambiar las cosas, preguntale a Tununa ella lo sabe todo. Y es lunes, amanece, estoy cruzando el puente de todos los días, las cosas siguen allí, como siempre, toco tierra, nada se modifica, la Polola, no sé nada de ella, en realidad nunca vi sus piernas, todo lo hicimos como desde lejos, fui la mecánica no el movimiento, lo hice mal, soy torpe, soy débil, no lo sé, no sé, no soy, no estoy, Después de eso no hay cosas raras, se entra y ya está, dice la Polola, se entra por una puerta y eso es todo. ¿Y después? Después qué, no seas tonto. Ya estás adentro y eso es todo. Yo no sé nada de significados ni de cosas raras. Preguntale a la Tununa. Yo no sé nada, yo estaba, dice la Polola desde la cabalgata.

En memoria de Gratcha

Una obra de arte, dijo el señor Hidalgo colocando con cuidado la torta sobre el mostrador, cuidadito con ella. Tununa y las Pecosas dicen qué maravilla. La miran de arriba, de costado, a contraluz, bajo las lámparas. La tapan con una campana de cristal. Hay que preparar especialmente una vidriera para ella. Este orgullo del señor Hidalgo más que torta es un cetro, algo digno de reyes, una corona para la cabeza del señor Hidalgo. Almendras fruta brillantada felicidad escrita con hilos de chocolate verde flores comestibles algo más que la miel un gran secreto arrancado a las abejas. Y en el centro casi viva una gran guinda entera descorazonada roja bajo la nieve, ^{vida} Y los albañiles

Cerezo

que vuelven apurados a sus chozas a calentar sus manos sus rodillas se detienen un instante bajo el viento en la nieve para mirar la torta del señor Hidalgo, Dios mío quién podrá pagarla.

Lo tengo bien resuelto. Levanto despacio la cortina metálica para no despertar a Tununa. Voy directamente a la cocina. Guardo el cuchillo bajo el guardapolvo y lo escondo en el sótano. Llevo la torta al sótano y la dejo al lado del cuchillo. Hoy las Pecosas llegarán más tarde. Ha llovido mucho anoche, el río está algo crecido y no es fácil cruzarlo donde viven ellas. Tendrán que hacer un gran rodeo. Limpio todo muy rápido. Cierro la puerta con llave. Que llamen las Pecosas cuando vengan. Me voy a comer toda la torta. Aunque fuese más grande, de dos pisos, la comería igual. Tengo hambre para eso y mucho más. Se agarrarán la cabeza cuando no encuentren la torta. Llamarán a la policía. Yo no sé nada, digo. Cuando llegué la puerta estaba abierta, habían levantado la cortina. La robaron anoche, qué desgracia, les digo. Cuando me coma la torta seré tan fuerte como el señor Palcos. Después de lo de la Polola, cualquier cosa. En realidad la como para que vuelva Gretchen. Es casi seguro que ella volverá para ver cómo me comí la torta.

Apago la luz del sótano. Ya ha amanecido. El día entra por el tragaluz. Y el señor Hidalgo, cuando sepa que la torta ha desaparecido, dará un grito un alarido un pito de tren saliendo de su boca. Se sacará los guantes mostrando uñas tremendas, y en medio del grito del pito del tren de vaca parturienta se clavará las uñas en la frente, bajará los diez dedos clavados, se bajará la piel se arrancará la cara se despeinará él mismo y quedará su calavera y se acabó para siempre. Pero antes que se muera le diré que me la comí yo por lo que le hizo a Gretchen. Pero qué has hecho, me dirá Tununa, qué has hecho por amor de los

guelos. Y bueno, le digo, después de todo nadie hubiera podido pagar aquella torta.

En eso llaman las Pecosas, Como no les abro asoman sus caras tontas en el tragaluz gritando que les abra, no me pueden ver en el rincón donde me oculto. No hay tiempo que perder, que esperen. Hace frío dicen ellas. Agarro el cuchillo y lo clavo por donde debía tener el corazón la torta, pero se hunde apenas un centímetro. He dado con algo duro. Lo clavo en otro lado y nada, apenas un centímetro. Y entonces me doy cuenta, ya va les grito a las Pecosas impacientes, me doy cuenta de que se trata de una muestra, una torta de madera hueca cubierta con dulces y manjares verdaderos pero hueca, es una torta pensada para propaganda y exposiciones, la llevarán por todas las provincias.

Quise disimular el tajo pero no pude. Si corría un almendra o un trozo de chocolate o un hilo de grosellas para tapar la herida abierta se alteraba su forma, los adornos quedaban fuera de su sitio perdiendo el equilibrio. Cuando Tununa preguntó tuve que decirselo. Ella estuvo callada un largo rato. Después me llama a la cocina, me hace sentar, yo estoy esperando el arranque de una ira que sin duda tiene. Firmar papeles, recibir el sobre con los quince días de sueldo adiós Tununa chau Pecosas, me voy a Buenos Aires, Gretchen me está esperando.

Pero Tununa tiene una mirada triste. Es triste y definitivamente vieja la voz de Tununa cuando me dice pero qué pasa mi querido, qué te anda pasando, hago lo imposible por vos por ayuda rte, y ahora me pagás con esto. Saca su pañuelo bordado, me lo pasa por los ojos. Yo miro la pintura de sus uñas. Qué le decimos ahora al señor Hidalgo, le digo para salir del miedo. Y ella por eso no te aflijas, le diré que se me cayó a mí, ^{es} ~~foe~~ un percance comprensible. La llevarán a la fábrica para restaurarla, por eso no te aflijas. De vos me afligen otras co-

sas. Te he visto en el sótano, te he oído llorar, te he dado a la Polola y ahora me pagás con esto. ¿No te ha gustado acaso la Polola? No sé qué le digo si es que le digo algo, no sé qué le respondo. Qué raro, dice Tununa, la Polola es una chica con bastante experiencia, lo que pasa es que vos sos muy difícil, lo hice porque me dio mucha lástima cuando lo de la otra vez en el sótano, se lo dije y ella lo comprendió, es una chica estupenda. Le diré al señor Hidalgo que estás muy enfermo, y te irás a Córdoba unos días, te vas unos días y te olvidás de todo esto.

Y cuando voy saliendo dice Tununa de paso mandá este telegrama. Lo escribe en el papel, lo leo, amor constancia fidelidad dicen las palabras. Yo la miro y ella me acompaña hasta la vereda, me pone una mano en el hombro. Sí, estás pensando en el dueño de la tienda, en el té que tomábamos al lado del correo. Ya lo sé me dice. Es que estoy vieja, dice como si hablara en el invierno siguiente. Pronto se me acabarán los hombres y los besos. El señor Palcos un día me abandona. Chau, me dice. Entonces me quedará todavía el dueño de la tienda por algún tiempo, hasta que él también me abandone, no sé si vas entendiendo algo de todo esto muchachito.

El señor Palcos

Aquí también hay puentes sobre un río sin agua. Es la ciudad del señor Palcos. Todo transcurre en sus carriles justos, en su verdad de cuatro siglos. Aquí está todo pavimentado, todo es verdad, todo sucede, nada se equivoca. La ciudad va a lo cierto. No hay agua en el río pero vendrán crecientes y también darán verdades a los puentes. Hay riqueza acumulada, iglesias y montañas. Difícil creer que la atmósfera pueda contener ciuda-

des como ésta.

Pero estoy seguro de que al otro lado de la ciudad noy hay nada. Detrás del cuerpo de la Polola no había nada. Esto es todo, dice la Polola. en los pajonales bajo los árboles lejos del pueblo ocultando otra vez su cuerpo como todos. Antes de la Polola, de la atmósfera, yo tenía un sueño. Creía en él. Me conectaba. Después de ella el sueño desconecta. Es un puente roto. Sale de los cuerpos pero no te arrima a nada. Da al aire. Existe sólo porque se aferra al cuerpo. Es verdad por la mitad, por la parte conectada al cuerpo. De lo contrario desaparecería. Es un deseo, un humo. Pero existe. Uno caminaba por ese puente creyendo que se iba, que salía para ver. Después de la Polola uno ve que el puente se acaba. Se acaba el puente y el camino. Se acaban pasos y distancias. Entonces hay que volver y destejerlo todo, quedarse con el trozo de hilo en las manos sin saber para qué sirven hilo y manos. Apenas dura unos segundos la conciencia del sueño que promete salvación. Uno ya ha abierto los ojos, está casi despierto, está volviendo al cuerpo con un resto de conciencia. Uno vuelve del otro lado del puente roto, de la orilla donde ha dado pasos importantes. Uno alcanza a ver la trama de los pasos que ha dado en la parte inexistente del puente donde había una verdad y uno era una araña no una trama. Uno había tejido toda la noche, había descubierto un sentido, el fundamento. Pero entonces, pero si, pero qué maravilla pero cómo, todo tan claro no hay absurdos, tan cerca de todo sin saberlo, yo mismo he tejido la trama, he encerrado en su centro lo que hay al otro lado del puente roto, tejí toda la noche y ahora voy a ver lo que he tejido, soy el personaje soy la araña. Y entrabas en la atmósfera en Polola y llegaban los ruidos de la luz, del nuevo día, los gigantes convertidos en viento. Y ves que la trama existe, es cierta, está ahí mismo. Pero perte-

nece a la cortina de tu ventana, la inventó un fabricante de cortinas, la ves todos los días de tu vida. Ahora las dos tramas son una sola. Son apenas chispazos de segundo, tiempo casi inexistente lo que hay entre una trama y otra. Y uno sin saberlo ha ido perdiendo la conciencia de ser la araña tejedora, ya no soy la araña soy la trama, ya no tejo me tejen soy el hilo, los hilos conducidos en el día real llamado real que recomienza, que me excluye que me deja afuera. Y ellos tejen, me destejen, destejen la trama que hice durante toda la noche cuando era araña, usan mis hilos para tejer lo suyo, soy sus hilos y puedo ver cómo destejen mi trama en un segundo de chispazo, en un instante no ha quedado nada y los hilos vuelven al ovillo. Soy un hecho, pero externo. Allá en cambio tejía, miraba el mundo, yo mismo era el mundo. Y aquí me viven me destejen me vuelven al ovillo a la madeja al sótano, me tejen arañas invisibles, me adormecen con su baba, tejo lo que ellos dicen sus cañones sus miserias sus orgasmos, tejo la baba que me adormece, tejo dormido oigo contar hasta nueve y no puedo levantarme, no puedo ver la otra orilla donde tejía mi trama, la olvido, ni siquiera hay un puente roto para escapar, se me desteje la otra orilla, pierdo sus formas, creo que no existió, que la he soñado al lado de las paredes blancas, cabalgatas, abro los ojos, miro la cortina, la trama, miro mi mano, veo que soy yo mismo el que toma la punta del hilo de la trama mía y de un tirón consciente desteje el espléndido palacio, lo considero un sueño, vuelvo a poner el hilo en el ovillo, levanto la cortina metálica me presento a mis arañas aquí estoy como todos los días, cada uno a su tarea a su almanaque a su orilla a su sitio y hasta cuándo. Tocaste tierra hermano ya era hora; ya ves que con el sueño nunca pasa nada, al mundo no lo vas a arreglar vos; es la

entrada en el aire parte vital aguantaste la fricción estás vivo ya estás aquí con nosotros y eso es lo importante hermano; al fin de cuenta te tenemos vivo te has defendido bien es muy difícil lo que has hecho venga un abrazo es natural que llores que revientes así es la vida hermano, dicen los altoparlantes en lo alto de los postes.

Sí, pero dónde está Gretchen, digo sacudiendo la cabeza, espantando arañas, sus escorias. Y me meto en el bar, me empujo yo mismo para entrar, para ahogarme en alcohol dicen los tangos. Y me quedo mirando la mesa, las mesas que por primera vez son ciertas, pasó la fiebre y estoy sano como cualquier otro.

El mozo me pregunta qué voy a tomar. Mucha ginebra, le digo y lo miro pero no lo miro, siento que me están sacando de la atmósfera, me están sacando con un forceps cuando miro al mozo al señor Palcos que tiene una bandeja en una mano y en la otra el trapo de limpiar las mesas. Sí, tiene un diente de oro como siempre, pero de anillos nada. Un ~~pantalón~~ ^{o pantalón} rayado y muy usado cubre las vergüenzas del señor Palcos. Un ~~saco~~ ^{chaleco} blanco con manchas ~~de~~ de grasa, corbatita negra y nada más, sólo eso es el señor Palcos. Para colmo me pregunta normalmente por Tununa, yo no le digo una palabra. Hoy no pude ir, tenemos mucho trabajo, estoy haciendo horas extras, dice el señor Palcos. Pero el otro domingo seguro estoy allá, dice normalmente. Del otro lado del mostrador viene la voz del dueño que dice por favor no se distraiga atiende las otras mesas hay clientes esperando. Veo que hay mucha vergüenza en la cara del señor Palcos tratando de ser él que no se le escape lo que es. ¿Estás seguro que querés ginebra? dice ocultándome los ojos convirtiéndose en trapo en envolturas. Mirá que es fuerte, dice cuando me la sirve y se va haciendo equilibrio entre las mesas, reci-

nos Aires que llegó en avión se ocupó de instalarla en su santuario. Hizo traer esculturas de finísimos cristales y piedras increíbles extraídas del fondo del mar para que le hicieran compañía en la vidriera. Pocos objetos pero bien elegidos, aprobados por el señor Hidalgo con gestos de tremenda satisfacción y sabiduría. La ^{cajeza} guinda casi viva del centro de la torta coronaba a un príncipe entre témpanos. Me dieron un uniforme azul lleno de adornos y bordados para que vigilase la torta, para que ninguna mosca se acercara, no a la torta, esto era inconcebible, ni siquiera a las inmediaciones. Largo el invierno, y más largo todavía sin el señor Palcos. La gente tiritando ante la vidriera señalando detalles de la torta, la gente con paraguas en el aguacero contemplando la maravilla del señor Hidalgo. Domingos llenos de albañiles que traían sus mujeres y sus hijos a contemplar la torta esa delicia. ¿Ves eso que está más abajo della fila de avellanas? Son grosellas, enseñan las madres a sus hijos incrédulos. La Polola desnuda en el centro de la vidriera, rodeada de piedras marinas y otros objetos intocados. Hay fotógrafos que llegan de lejos. Hay que sacarla de la vidriera, llevarla al centro del salón, ponerla con cuidado en un canasto bordeado de tulipanes, apoyarla en el terciopelo, acomodar las luces, buscar ángulos perfectos bajo los ojos felinos del señor Hidalgo. Yo dejo el matamoscas, tomo la cortina verde, debo agitarla mientras sacan las fotos, me muevo bailando bajo el tul verde que después en las fotos será ondas marinas o celestes, vaya uno a saberlo, yo nunca vi las fotos. Todo ello rodeado del aire especial que tenían las cosas en la ausencia del señor Palcos, aire de cosas repetidas y definitivas. Los fotógrafos se van, haciendo reverencias. Con cuidado, entre pañales, que no vaya a tomar aire por favor, llevamos la torta hacia su cuna

nos Aires que llegó en avión se ocupó de instalarla en su santuario. Hizo traer esculturas de finísimos cristales y piedras increíbles extraídas del fondo del mar para que le hicieran compañía en la vidriera. Pocos objetos pero bien elegidos, aprobados por el señor Hidalgo con gestos de tremenda satisfacción y sabiduría. La ^{cajete} guinda casi viva del centro de la torta coronaba a un príncipe entre témpanos. Me dieron un uniforme azul lleno de adornos y boradados para que vigilase la torta, para que ninguna mosca se acercara, no a la torta, esto era inconcebible, ni siquiera a las inmediaciones. Largo el invierno, y más largo todavía sin el señor Palcos. La gente tiritando ante la vidriera señalando detalles de la torta, la gente con paraguas en el aguacero contemplando la maravilla del señor Hidalgo. Domingos llenos de albañiles que traían sus mujeres y sus hijos a contemplar la torta esa delicia. ¿Ves eso que está más abajo della fila de avellanas? Son grosellas, enseñan las madres a sus hijos incrédulos. La Polola desnuda en el centro de la vidriera, rodeada de piedras marinas y otros objetos intocados. Hay fotógrafos que llegan de lejos. Hay que sacarla de la vidriera, llevarla al centro del salón, ponerla con cuidado en un canasto bordeado de tulipanes, apoyarla en el terciopelo, acomodar las luces, buscar ángulos perfectos bajo los ojos felinos del señor Hidalgo. Yo dejo el matamoscas, tomo la cortina verde, debo agitarla mientras sacan las fotos, me muevo bailando bajo el tul verde que después en las fotos será ondas marinas o celestes, vaya uno a saberlo, yo nunca vi las fotos. Todo ello rodeado del aire especial que tenían las cosas en la ausencia del señor Palcos, aire de cosas repetidas y definitivas. Los fotógrafos se van, haciendo reverencias. Con cuidado, entre pañales, que no vaya a tomar aire por favor, llevamos la torta hacia su cuna

hacia su trono y vuelvo a tomar otra vez el matamoscas. Con mirada asesina busco moscas en el aire.

Cada día hay menos Tununa en el salón de ventas. Cada día algo de ella se pierde por ahí o se queda en su pieza llena de almohadones inútiles y sin golondrinas. Ella sale ^{del cuarto} y entra ^{en el} ^{del salón de ventas} pasando ante los espejos; va a la farmacia, compra muchos medicamentos, y cada vez que pasa hay menos de ella, ^{en los espejos} se está descascarando la Tununa. Las Pecosas la ven pasar, alzan del mostrador sus grandes ojos de cordero. De las seis o siete Tununas va quedando una sola. Nos va quedando solamente la del día lunes. Se le están cayendo de la cara ceras y porcelanas. Parpadea con ojos articulados de muñeca perdida en cajas de sombreros. No más curvas en sus pestañas, no más bosques azules y praderas alrededor de sus ojos. Hay silencio o palabras en voz baja, hay más orden en sus papeles y en la caja fuerte, la máquina del señor Hidalgo brilla como un estilete. Tununa ya no tiene domingos. No hay telegramas ni correos. Pero no llora. Solamente se derrumba.

En tren se van las cosas de Tununa. Las abejas las golondrinas los ^{colibríes} picaflores los aromas silvestres el ppiquillín maduro son pañuelitos en el tren diciendo adiós. El dueño de la tienda dice adiós al té que tomaban al lado del correo. Estamos siempre serios. El señor Hidalgo ahora viene todos los días a controlar y llevarse el dinero. Todo impecable, hasta el sótano brilla. No hay una mosca viva, ni siquiera en la cocina. Todo está en su sitio. La torta en la vidriera y los albañiles bajo la lluvia. Somos fuertes, cada uno en su sitio. Hasta las Pecosas son fuertes. Un día se animan a contestarle al señor Hidalgo nada menos. También somos seres humanos, dicen las Pecosas, increíble, y el señor Hidalgo se calla, controla su pei-

nado en los espejos.

Un día aflojan las Pecosas. Vuelvo de la calle y las encuentro llorando. Y a ustedes qué les pasa. Por qué lloran. Lloramos por la señora Tununa, dicen las Pecosas en el frío, en el viento de agosto. Si no vuelve el señor Palcos es natural que sufra, les digo. Son asuntos de ella y nosotros a lo nuestro. Al menos podrías tener un poco de lástima por la que tanto bien te hizo, dicen las Pecosas con voz de viejas de velorio. Les vuelvo la espalda y me miro en los espejos. ^{Me veo adulto.} Gretchen tampoco vuelve y a mí nadie me tiene lástima. Tampoco hay lástima para el señor Palcos.

El señor Palcos y Tununa

Si le digo que lo vi en Córdoba y que es un triste camarero el señor Palcos, que no viene porque tiene miedo de que yo haya contado algo, o porque no puede reunir el dinero necesario o porque no tiene ropa o porque ya nadie le presta nada, si le digo todo eso, si se lo dijera. ¿Cambiarle todo a la Tununa? ¿el mundo que vio toda su vida puede cambiar de golpe? ¿no es mejor morirse con la idea primera? ¿Tununa entrando en la atmósfera? ¿podría respirar? Ya está vieja la Tununa, sus pulmones no resistirían. Para entrar en la atmósfera hay que ser recién nacido, estar con todas las fuerzas, y aun así es durísimo. Ella daría un grito, moriría de un susto. El señor Palcos convertido en un susto. No. Es demasiado para ella. O a lo mejor el susto no la mata. Se desmaya solamente en medio del salón. No le sale sangre. Corremos con frascos de perfume llamamos al farmacéutico le damos masajes respiración boca a boca, y Tununa se salva. Y después poco a poco con jarabes vitaminas infusiones se va recuperando, recobra su visión y puede mirar al señor

Palcos que ha entrado por esa puerta y nos pide limosna, el sombrero grasiento del señor Palcos se estira en la punta de una mano por amor de Dios tengan piedad del pobre ciego. No, no aguantaría la Tununa. Para entrar en la atmósfera hay que nacer. Ella nunca ha nacido y ahora es tarde para eso. A la edad de Tununa uno no entra en la atmósfera, más bien se va de ella. ¿Cómo nacer a Tununa si no hay vientres ni embarazos ni un señor Palcos que la engendre? Uno se queja pero al fin y al cabo ha podido nacer. No está Gretchen, y bueno, pero uno ha nacido por lo menos. Tununa ya no tiene edad para nacer. Tununa apenas existía, la inventaba el señor Palcos todas las semanas. Ella era el sueño más hermoso del señor Palcos, y él era casi lo mismo, casi no nacido, se hacía soñar por Tununa, por su propio sueño. ¿Quién tiene la verdad aquí? Y ahora que no la sueña el señor Palcos ella tampoco tiene vida o sea sueño y por eso se cae se descascara se derrumba, y el señor Palcos sin duda está cayendo, es seguro que allá en Córdoba está quedando muy poco del señor Palcos.

De todo esto van quedando pocas cosas. Tununa y el señor Palcos tienen manos pero no tienen línea de la vida; las Pecosas sólo saben resfriarse y llorar; Gretchen es una ausencia, un sueño fijo sin andenes, una cosa a destiempo; cuando ~~ella~~ estaba yo no había nacido todavía, quizás ella se fue para que yo naciera; los albañiles no entran al negocio, ven los manjares desde lejos, en fotografías en películas; Roberto Airaldi es una mancha en la pantalla; los turistas desaparecen cuando acaba el verano. Me van quedando solamente el señor Hidalgo y la ^{Tula} Polola. Quién tiene la verdad, quién es verdad aquí. Y si no le digo nada a Tununa viene a ser lo mismo, ella de ningún modo puede tener ya al señor Palcos. Tendría que nacer para

eso, y eso, ya se ve, es bastante difícil. Mejor vuelvo a poner todo en la valija y esta misma noche los tiro a la basura. Al camión triturador. *que como nunca se con resuello por el tiempo* Que el estruendo se pierda en el estruendo. El peligro es que uno en el envión se empuje también a la basura y se vaya con ellos. A lo mejor se vinieron conmigo para llevarme con ellos. Aquí solos todos nosotros en Madrid a punto de irnos buenas noches.

¿Y si no le digo nada a la Tununa? ¿Si dejo que siga dentro de su sueño? Así por lo menos le queda la posibilidad de esperar. En una de esas el señor Palcos consigue nacer del todo, buscar sus coches, sus corbatas, y aparecer otra vez por esa puerta, un diamante en la solapa, el sol en su cabello suelto. Que por lo menos se salven ellos. A los demás nos comerán los peces, las iguanas, las pirámides.

Si le digo la verdad a lo mejor solamente se desmaye. Alcoholes, amoníacos en la nariz de Tununa para levantarla del suelo. Ella verá al señor Palcos casi espantapájaros y cerrará los ojos en vergüenzas mortales, pero si se salva a lo mejor empieza a comprender, a nacer aceptando que el señor Palcos sea un ciego una piltrafa. Si no muere en el susto podrá nacer. Y si se muere, a ella le dará lo mismo morir bajo la bala de un guardián real que bajo la bala del que ocupa el lugar del guardián para matar. Qué le importa a la víctima la identidad del asesino. Se lo digo, no se lo digo. La muerte de un sueño es una cosa horrible. No ver el sueño puede ser peor.

Hay que hacer algo, les digo a las Pecosas. Vengo del cuarto de Tununa. Apenas puede moverse entre peligros. No le ayudan las piernas. Las tiene llenas de choncacos. En tremenda tormenta viene una nube negra y ella no tiene refugios conocidos. Un viento espantoso hace temblar la cama y los relojes, los retratos y la viga principal del techo. No queda un solo pájaro en su

pieza y han llegado los insectos del monte. No nos cuenten más, no queremos saber, no queremos sufrir llorar, dicen las Pecosas tapándose los oídos. Estoy dispuesto a sacrificar cualquier cosa para salvarla a ella y al señor Palcos, les digo. Fijensé, les grito, incluso estoy dispuesto a sacrificar a Gretchen para que se salven. Renuncio a Gretchen y se acabó. Qué más me pueden pedir, les grito. No hables, no nos digas cosas, no te vayas, no nos dejes en este valle de lágrimas ni después de este destierro, gritan las Pecosas en la histeria. Cállense, les digo. Ahora mismo voy a Córdoba a buscar al señor Palcos. Mientras tanto cuiden de Tununa. No abran las puertas, eviten las corrientes de aire, tengan el oxígeno a mano. Dejen de llorar y de temblar carajo. Ayuden a Tununa mientras vuelvo. ¿Y el señor Hidalgo, y el permiso, y las moscas, la torta?, dicen las Pecosas en temblores. Si el señor Hidalgo dice algo hagan como Gretchen: despeinarlo a cachetadas. No, no vale la pena, dice Tununa como puede desde su pieza sin mariposas. Deténganlo, que no vaya, tengo miedo, yo no quiero saber por qué no vuelve el señor Palcos, quiero que vuelva pero tengo miedo, está cayendo el telón, apagarán las luces, dice Tununa contra el viento.

No te vayas por favor. Quién matará las moscas quién abrirá la puerta quién le dará a Tununa una aspirina quién le dirá buenos días a Roberto Airaldi quién nos abrirá la puerta en la mañana en la madrugada, temblaremos de frío, afuera nos lloverá encima, toseremos, crecerán los ríos, no podremos llegar al negocio, cumplir con los horarios, llegaremos tarde nos sacarán radiografías, nos encerrarán en hospitales llenos de muertos, el señor Hidalgo se volverá loco, se arrancará los cabellos,

pondrá una bomba hará volar el pueblo los hoteles y los puentes, los albañiles saltarán hechos pedazos en el aire, sus cucharas quedarán sepultadas en la nieve, crecerán los ríos se llevarán caballos muertos, qué será de nosotras débiles enfermas contagiadas, qué será de Tununa del señor Hidalgo, se le romperá la torta, su bomba hace saltar la torta, sus adornos, las piedras traídas del fondo de los mares tan lejanos, si se muere el señor Hidalgo todo se viene abajo, mueren todos, mueren caballos y turistas, mueren los ríos, los puentes se derrumban, somos débiles enfermas se nos mojan los pies en el río y nos morimos, dicen las Pecosas desde el mostrador, desde el espejo, por favor no te vayas, no queremos que vuelva el señor Palcos ni Gretche,^M que no vuelva nadie, sólo queremos al señor Hidalgo, si Gretchen no se hubiera ido, si se hubiera dejado tocar por el señor Hidalgo, hoy seríamos todos tan felices, si te vas nos ahogaremos en el río, por favor no te vayas.

Está bien, digo cediendo a la razón de las Pecosas. Entonces todo está perdido. Ahora cualquier cosa puede entrar por esa puerta.

Para calmarme, deseo que, al abrir la puerta, a pesar de la nieve entren en el salón de ventas golondrinas y mariposas, aroma de piquillín maduro, una nube, una ranita a saltos, entren pájaros y nidos, frente a la puerta se detenga un nuevo coche del señor Palcos, dientes de oro, cigarrillos rubios en boquilla, cuatro anillos y una abeja de oro en la corbata. Que yo lo acompañe por el salón y él me dé un billete de cien o de cien mil en prueba de abundancia aunque signifique años de propinas; que con todo lo que le han prestado, pantalones anillos y corbatas, durante un fin de semana pueda ser el señor Palcos

con Tununa porcelana ceras vírgenes entre almohadones, risas de Tununa abriendo la ventana a los rundunes, amor y paz y nosotros cuidando, vigilando, las Pecosas en el mostrador cantando a dúo, descalzas mojando sus pies en el agua de los arroyos tibios; que Roberto Airaldi haga una compra fabulosa, casi todo el negocio; que diga me llevo todo menos la torta porque es una obra de arte, y nosotros envolviendo frascos y alfajores como locos, llevando los paquetes al correo en un camión; que pague con un cheque de un metro y el señor Hidalgo sonría por primera vez llorando de alegría, guardando el cheque en el chaleco o escondiéndolo en las medias de los zapatos sin saber dónde poner el cheque de tan contento el señor Hidalgo, felicitándonos a todos, muchas gracias muchachos, siempre pensé que ustedes eran buenos, lo que pasa es que.

Puros sueños. Deseos. El Palcos que llegó esa tarde, la última, vino seguido por las moscas. Lo dejo entrar, pero por la puerta de madera del costado. Usted comprenderá, tengo que proteger la torta, no puedo dejar que entren también las moscas. En nube negra las moscas zumban afuera contra los cristales. Con él han venido también tres o cuatro perros flacos. Quieren entrar, raspan los vidrios de las puertas con sus uñas. Ladran a las Pecosas. Hay que llamar a la policía, dicen ellas. Haga callar esos perros, digo al señor Palcos. ¿Le contaste, le dijiste algo? dice en medio de su ^{chaleco} ~~saco~~ blanco, de sus pantalones ^o rayados, del moño de su corbatita negra. No lo sé, no me acuerdo, le digo, haga callar sus perros que se asustan las Pecosas. Dale una moneda para que se vaya, dicen las Pecosas. Ellas no saben de quién se trata, no pueden reconocer en él al señor Palcos. ¿Le dijiste algo? dice desde su barba de diez días blanquinegra y el sombrero entre las manos. Pase, le digo, vaya

usted mismo a averiguarlo, ella lo estará esperando en sus habitaciones. El cruza el salón brillante sin mirar los espejos, camina esquivando el miedo de las Pecosas.

Tununa, dice el señor Palcos en el fondo del salón de ventas. Yo corro a trancar la puerta de madera. Los perros, siguiendo el olor del señor Palcos, raspan y empujan para entrar. Por la presión que hacen, se adivina que hay también otros animales algo más fuertes que los perros. La nube negra zumbadora no está formada solamente por moscas. Hay un todo a trastocarse en un segundo, un tiempo que se niega a transcurrir, como si todo hubiese acabado ya y se tratara solamente de saberlo, de darse cuenta ^{de la evidencia en un} ~~en un segundo, quieto.~~ *solo momento fulgurante.*

Tununa, dice el señor Palcos, el que ha traído este peligro. Y enseguida me llama, que por favor le ayude. Dice que está viejo, le duele la cintura, ^{el lumbago} ~~la lumbalgia,~~ y no puede agacharse. Me voy al fondo y lo veo alzando lo que queda de Tununa. Juntamos labios secos pestañas onduladas ojos articulados trozos de mejilla porcelana ceras derretidas. Vuelve temblando con todo eso en el sombrero como monedas falsas, quiere abrir la puerta para irse.

Un momento, le digo midiendo el ^{escoso} ~~tiempo~~ que nos queda para abandonar el barco. Se detiene tranquilo, mirando afuera como si no pasara nada. Esto es lo que han logrado, les grito a las Pecosas por echarle la culpa a alguien, esto es lo que han logrado, esto es lo que ha quedado de Tununa, ~~por culpa de ustedes.~~

No fuimos nosotras, gritan en plañidos las Pecosas. Anoche la señora Tununa dijo que le dolía mucho la cabeza. Estaba enferma, tomaba medicinas, tenía tos convulsa, artritis en las manos. No fue por culpa nuestra. Siempre la hemos querido y

ahora nos echan a nosotras la culpa, qué habremos hecho para recibir este castigo.

El señor Palcos me dice que me calle, que no siga haciendo llorar a esas pobres mujeres indefensas, él ya se va, iba pasando por aquí y se le ocurrió entrar, eso era todo. Un momento, le digo, de aquí no sale nadie por las puertas.

Rápido, no hay tiempo que perder, todos al sótano. Las Pecosas bajan los escalones huyendo de crecientes. Usted también, digo empujando al señor Palcos. Por ahí, digo señalando el tragaluz, poniendo una escalera. Cuando yo lo ^(ordene) digo, salen todos a la calle por el tragaluz, digo subiendo los escalones. ^{llevo todo} Entro al salón de ventas/~~me llevo~~ todo por delante, casi no veo de la furia cuando abro la puerta de cristal y deajo que entre el gran zumbido, abro la puerta de madera a los tropeles que enloquecen. ¡Ahora!, grito bajando al sótano, Las Pecosas y el señor Palcos salen por el tragaluz.

Yo me quedo un poco todavía. Alcanzo a ver cómo ^{los bichos} se comen la torta con su ^{Cerezos virgen,} guinda ~~desecrezada~~, los dulces y los postres salpicando todo el mostrador la Caja los espejos los cojines de Tununa. Afuera encuentro a las Pecosas agarrándose la cabeza ante la vidriera viendo la torta que desaparece. Basta de llorar, les grito, las sacudo, y ayuden al señor Palcos que apenas puede caminar. El salón de ventas es un túnel lleno de moscas ^{de insectos} y de perros furiosos ^{y de insectos}. Llegan la policía, los bomberos, los sacerdotes. Entre todos llaman al señor Hidalgo a grandes gritos. Nosotros corremos calle abajo, somos una cabalgata que se aleja. Vemos todavía que detrás de las moscas y los perros entran las bestias del Zoológico. ~~Cataclismo~~. Ya estamos cerca del puente cuando oímos el ruido, la desgracia: ha llegado el señor Hidalgo, ha mirado el desastre, alcanzamos

a oír el ruido de la cabeza de huevo del señor Hidalgo que revienta contra un poste de la luz. *y todo el pueblo, que le pertenece y es una prolongación suya, tiembla en cada rincón.*

Tapo los oídos y los ojos de las Pecosas para que ni oigan ni vean los turistas muertos y los caballos en alaridos que las crecientes se llevan en remolinos. Estamos frente a la estación de trenes. Palcos y las Pecosas quieren correr hacia los andenes. Por ahí no, les digo, los andenes deben quedar libres para Gretchen. ¿No se dan cuenta de que sin andenes Gretchen no podría volver nunca? ¿Que andaría siempre ciega dentro de sus trenes? Vamos, les grito, al puente.

Allá vamos corriendo casi a saltos, dentro de lo que permiten las piernas del señor Palcos. No vale la pena, dice, pero lo alzamos un poco y lo obligamos a marchar arrastrando las piernas. Ya cruzamos el puente. Lo último que vemos son albañiles ^{sobrevivientes} bajo la nieve poniéndole más puertas, más ventanas al pueblo para el próximo verano.

Estas maletas, una vez abiertas, no se pueden cerrar más. Aquí estamos otra vez juntos viendo llover en Madrid. El camión triturador de la basura está en la esquina. Con mandíbulas vírgenes tritura muebles viejos. Y este cuarto está ^{está} lleno de basuras y recuerdos. *Voy a recoger esto mío para deshacerme de ello para siempre.*

Entre mi coñac y la lluvia ellos gesticulan. Tienen miedo al camión. *Ellos, como yo, se salvarán viviendo a Madrid.* (Un gesto de Polola me advierte que yo también soy un recuerdo. Un recuerdo de ellos. Cuidado, dice, el riesgo es el mismo para todos. Gretche ^{Tula} entre paréntesis. Polola en su misterio. Hidalgo recupera su cabeza, su peinado. ^{aplastar} Las Pe-

cosas, que verán a Dios, me miran reprochándome, acusándome. Tununa apaga la luz de la sala. Alcanzo a ver una tremenda mirada del señor Hidalgo diciendo que yo soy el culpable directo de la muerte de su torta. (¿o mujer?) ^{¿o liberarse? ver}

Está bien, les digo, ni ustedes van a poder librarse de mí ni yo de ustedes. Dejemos tranquilo por ahora al camión triturador, de alguna manera tenemos que seguir viviendo juntos. Estamos otra vez en el jardín cerrado oyendo que allá afuera pasa la cabalgata que, ya se sabe, no regresará nunca. ~~Pero~~ ^{Nos queda la posibilidad de} ~~hay que~~ esperar, aunque no se sepa qué. Aunque, lo más probable, ese qué no exista. Entonces, o nos ahogamos o esperamos. Estamos en la atmósfera. El tiempo dará muchas vueltas. De aquí no se sale nunca. *La espera no tiene fin.*

(Cambiar así método,
incluir para León)

~~El plato recibía la comida que me daba.~~ Usted abría el orificio cuadrado que estaba sobre la puerta a la altura de mi cabeza y por allí me pasaba el plato, un poco inclinado para que pudiera entrar, a veces volcando la sopa. Si usted hubiese entrado a la celda y dejado el plato sobre la tabla que servía de mesa, quizás eso hubiese sido más natural. O dejarla por ahí, como al descuido, para que yo la tomase como robándola. Porque lo que no podía tolerar era recibirla de sus manos. ¿Por qué lloraba yo cada vez que usted me daba de comer? No lo sé todavía.

Quizás porque en ese momento yo tenía que aceptar mi prisión, dejar todas las invenciones internas que oponía al calabozo. Tenía que dejar mi infancia, siempre intacta dentro de la celda a pesar de mis aproximaciones forzadas, dejar por un momento la esperanza (y es sabido que si uno la deja, aunque sea un solo momento, se muere), dejar mis pantalones cortos para mirar otra vez el misterio que hay siempre en un arma, en sus armas, y comer para poder seguir estando preso, para poder seguir viviendo un poco más hasta que sus armas decidieran otra cosa. Quizás. Pero no es seguro.

Acaso llorara por otra cosa. Cuando usted abría aquella ventanita para pasarme el plato, por allí entraba también un poco de la luz del día o de las lámparas, pero luz al fin, algo distinto de la celda, algo que participaba de la condición de la libertad. Y en vez de alegrarme por ese atisbo de la luz, lloraba. O se me hacía un nudo muy duro en la garganta, y no tenía ganas ni de comer ni de seguir viviendo, Porque la luz, en vez de traerme partes de la libertad, me permitía percibir las armas que colgaban de su cuerpo y me obligaba a abandonar mis refugios infantiles. Acaso era esto lo que me producía esa tristeza. Pero creo que no. Tampoco esto. Acaso algo parecido.

Es que yo, con la niñez que encontraba dentro de la celda para estar fuera, encontraba también a mi padre. Mi padre se había perdido en el tiempo mucho antes de la celda y del castigo, pero yo lo andaba buscando ahora, lo veía claramente algunas veces y rescataba algunas de sus partes, una palabra, un gesto, el humo de su pipa, lo tosco de sus manos que nunca me tocaron. Y usted, dándome ese plato de comida, actuaba como si fuese mi padre, protegía mi permanencia en este mundo cruel y difícil para los más débiles. Y me parece que lloraba porque el padre que nunca pude encontrar se me aparecía ahora vestido de carcelero y, como el padre de mis recuerdos, tampoco me hablaba ni respondía

a mis preguntas, acaso por considerarlas, mi padre de entonces, preguntas de un niño tonto, o por considerarlas, mi padre de ahora, preguntas de un hombre débil. Tengo muy presentes las preguntas tontas que hacía a mi padre. Son como grandes remordimientos. El alejaba las preguntas con un gesto de fastidio, el mismo gesto de usted cuando presentía que quería preguntarle algo sobre mi libertad. La libertad, como la inocencia, o no existe o es demasiado pueril para un carcelero. "Si fueras inocente no estarías aquí", decían siempre los pliegues de su uniforme.

Si usted era realmente mi padre, qué terrible su aparición, qué negación (¿o revelación?) de lo paterno su presencia. No sé si era usted el que me apuntaba el día que llegué ahí, pero andaba por los alrededores. Si no era usted, por lo menos se enlazaba con el otro para prolongarlo en el trayecto que había entre el patio y la celda a través de la escalera, por donde subimos, de eso sí estoy bien seguro, usted y yo. Mi padre me empujó cuando me vio casi desnudo, mientras yo me sostenía los pantalones con las manos que debía llevar en alto (~~usted mismo me había quitado el cinturón y los cordones de los zapatos~~ ^{me odi}), y mientras todo se me caía mi padre me apuntaba con sus hierros ahuecados y me llevaba por la escalera hacia el calabozo oscuro. ¿Para eso lo había esperado tantos años? Abrió la puerta y aunque yo iba a entrar voluntariamente me empujó con la culata del arma, para no tocarme, me hizo caer contra la tarima que sería mi cama en adelante. Qué manera de echarme al mundo, ^{usted me ordeno} de engendrarme. Porque de eso se trataba, al menos en ^{un} área de mí que todavía me pertenecía: hacerme nacer al mundo de lo oscuro. Todo nacimiento es violento, ya lo sé. He visto parir a las vacas. He visto la cara espantada de los recién nacidos. Pero yo no había pedido ese nacimiento. Era libre. Los que nacen están adormecidos, piadosamente inconcientes. Quizás el culatazo fue un acto de piedad, un prepararme en la inconciencia fetal para que aceptase algo tan duro como ese nacimiento. Y los niños (o los inocentes) deben aceptar de antemano que los padres tienen razón, deben aprender que la crueldad que utilizan es una forma de protección o de hacernos comprender lo que debe entenderse por padre verdaderamente. Al final quizás ser padre no sea todo lo bueno que uno pensó. A lo mejor ser padre es la crueldad misma, dar o imponer algo no deseado. Eso no lo sé todavía ni lo sabré nunca, es tan difícil, mi padre siempre de algún modo estuvo perdido, y esta forma bajo la que ahora se me aparecía parecía ser la verdadera. Pero

yo no quería que lo fuese.

O acaso llorara porque mi padre era alguien a quien no podía pedirle nada. Al meterme en la celda de un culatazo se apropió sobre todo de la paternidad y a partir de ese momento yo se lo debía todo, incluida la existencia misma. ¿Cómo pedirle nada entonces, y mucho menos la libertad, la vida? Nada que pedir. Todo pertenecía a él. El era el dueño de mis deseos y en consecuencia hasta podía modificarlos. Si me había dado la vida, también podía quitármela. Yo era débil y él tenía hierros por todos sus costados, hierros, ruidos y fuegos que engendraban y mataban, todo al mismo tiempo.

Tampoco podía rechazarlo u olvidarlo: así negaba mi origen. Por eso mis actitudes de diálogo, de un intento de comprensión. Yo no aceptaba su función solamente por miedo: era la única realidad posible. Quizás para usted hubiera sido más natural mi odio o mi desprecio, pero yo no podía odiarlo, era lo único que tenía. Y por eso usted me despreciaba, me consideraba un idiota, una poca cosa, un ruido molesto.

Como aquella perra que un día me siguió en la calle y quiso entrar en mi casa. No se lo permití y se quedó a vivir en el jardín, allí estuvo mucho tiempo pese a mi indiferencia. Cuando yo salía o entraba se deshacía en actitudes reverentes, se empequeñecía, se orinaba de humillación, se arrastraba buscando mi proximidad. Mi hija le llevaba unos trapos para que durmiera en invierno, y comida, y me miraba implorativa, como la perra. "No podemos tener perros", decía yo, y mi hija callaba, y la perra se fue finalmente.

En la última navidad, que ^{como siempre} ~~obviamente~~ me recordó ^{las muchas} aquellas que pasamos juntos, hice una lista de las personas que más gravitan en mi exilio. A medida que llegaban a la memoria, usted, desde lugares insistentes, empujaba, quería entrar. Yo me oponía, me parecía absurdo que formara parte de las cosas íntimas, pero tuve que ceder. Quise anotar su nombre pero no lo sabía, algo tan importante no tenía nombre. Puse carcelero, aunque al mismo tiempo estaba pensando: padre. Elegí una postal con paisaje nevado para aligerar el calor de nuestras tierras en esa época del año. No sabía cómo encabezarla. ¿Amigo, querido amigo? Nada de eso. Carcelero, nunca; dicho por mí significaba ofensa. Guardián, celador, custodio, todo era falso, nada de eso coincidía con usted, con su verdad. Se trataba nada menos que de nombrarlo, nombrar para saber, y era el momento en que todas las palabras desaparecían, se abstenían, eso nunca, de ninguna manera, decían las palabras desapareciendo. El no po-

4 y usted estaba más solo que yo, porque todo eso demostraba la inutilidad de la crueldad.

der nombrarlo me hizo mucho daño, el mismo efecto que me producía recibir la comida de sus manos. Por fin me apropié de una palabra ambigua pero salvadora: señor. En la postal puse señor y no sé qué cosas más de circunstancia. Después vino el problema del sobre. No sabía ni su nombre ni su dirección, mi padre volvía a estar lejos de mí. Puse: "al guardián moreno (todos eran morenos) de la cárcel de" (había varias cárceles en la ciudad)...Nada. El sobre y la postal andan por ahí, rodando por diferentes rincones de la casa, como rodará mañana mismo esta carta que vengo escribiendo y ^{perdiendo} destruyendo desde hace una considerable cantidad de tiempo. ^{perdidos}

En una de esas cartas destruidas le contaba que la primera navidad que pasamos juntos estuve muy preocupado por usted. Yo era simplemente un preso, alguien sin dios y sin nada, y como tal era natural que tampoco tuviese dios esa noche. Pero usted, además de no ser preso, era un elegido, un privilegiado, y en el fondo era una alegría para mí saber que ese privilegio o posibilidad existía. Y me hacía sufrir el pensar que se quedara sin dios esa noche, justamente cuando dios nacía. A medianoche, cuando empezó el crepitar de los cohetes, tan distantes, fingí un ataque de estómago para que me abriera la puerta y me permitiera ir al baño. Lo que yo quería era hablar con usted, ayudarle a encontrar a su dios. Cuando me abrió la puerta le dije claramente "feliz navidad, amigo", yo estaba enfervorizado o idiotizado. Usted no respondió. En el baño me quedé parado bajo una luz débil, mirando las baldosas, mientras usted me esperaba afuera. Cuando salí le dije algo más, relacionado con la navidad y la alegría, alguna estupidez sin duda, como las que le decía a mi padre. Y usted siguió callado, como tratando de pasar por alto mi locura de ese momento, parado en el centro de la verdad, no alcanzado ni vulnerado por ilusiones estériles, envuelto en el ángulo ostentoso de su cara, el mismo que tengo presente en este momento: una mezcla de crueldad y desvalimiento, una mueca universal y dolorosa.

Los cohetes lejanos eran solamente ruido, ^{pero} se podía presentir su luz, el chisporroteo, eso que se podría llamar el centro mismo de la navidad, las doce en punto de la noche, un dios que acaba de nacer, momento tan esperado durante el año asociándolo a la libertad o la clemencia, por aquello de dios, o algo parecido, la promesa de un proceso legal, un lejano juez misericordioso o que por lo menos mirase las cosas en frío. Pero entre el centro mismo de la navidad y el antes o el después, o sea la espera, no había casi nada,

*5 - suuelto en la noche
de la crueldad, que lo hacia
antes nada solo que yo.*

ni siquiera tiempo, era un segundo medido por el ruido de un cohete que no veíamos, un tic que golpeaba en el centro, seguido en el acto por un tac que ya estaba al otro lado del tiempo que ni siquiera era espera, era otra vez el ruido de sus pasos y sus llaves moviéndose distraídamente entre los espacios de los años, era ilusorio esperar la navidad o cualquier otra fecha, ni siquiera fecha, cualquier punto del tiempo era ilusorio. Apoyado contra la pared del cuarto de baño en posición de ataque de estómago por si usted aparecía, me concentré esperando o deseando que sucediese algo para que hubiese navidad, para que la espera tuviese algún fundamento. Y como nada sucedía recordé las descripciones que había leído de los presos en navidad. No sé si recordaba o inventaba, pero los presos cantaban en sus celdas alumbrados con cabos de vela, y gritaban feliz navidad de celda a celda, con voces como humedecidas. Los guardianes se paseaban tolerando esas efusiones de un minuto, que duraban lo que un chisporroteo, y después ordenaban silencio. Y eso era todo, así terminaba la navidad. Pero por lo menos había pasado algo, palabras y la luz de una vela. Yo fingía mi ataque mirando las baldosas rojas del inmenso baño comunitario, esperando que llegasen esas voces, procurando descubrir el resplandor de las velas, pero todo era oscuro y silencioso, incluso el pasillo por donde usted se paseaba esperándome, apenas alumbrado por un resplandor de origen ignorado. Y eso también era todo, ese pasearse suyo era toda la navidad, así terminaba, y los presos callados en sus celdas empezaban a esperar la siguiente, dentro del tiempo real.

En el ataque fingido yo era un niño débil y mi padre había salido a buscar un médico. Estaban las vecinas que venían a cuidarme, ponerme trapos con vinagre en la cabeza, pobre niño él siempre tan enfermo, y esto me permitía demorar el tiempo de la navidad que pasaba sobre las baldosas, venía desde las celdas silenciosas, cada una con su hombre adentro, incomunicado, venía arrastrándose con la respiración de ellos y recogía la mía, todas juntas en un solo montón de silencio, y se perdían en las otras baldosas, en aquellas adonde no llegaba el resplandor que había en el piso del baño donde yo aguardaba su voz diciéndome que el permiso y el ataque habían terminado, que debía volver a mi sitio, al tiempo. Los cohetes habían cesado hacía una eternidad. Me quedaba la posibilidad de demorar mi regreso hasta obligarlo

a usted a ordenarme regresar, y mientras esa orden no llegara yo podría demorar un poco todavía el momento de empezar a esperar la navidad siguiente.

Entonces me acordé de mi tío Juan cuando mató a su perra, metiéndome otra vez en el tiempo que no es tiempo, que va a serlo a cada momento pero se le demora a uno por adentro. Cuando vio al tío Juan con la escopeta en la mano, la perra comprendió que él iba a matarla. Y lo siguió, porque había nacido para obedecerle y porque él además tenía la escopeta. La noche anterior había dicho claramente: "mañana voy a matar la perra". Nadie pidió explicaciones. Sabíamos que si hubiese sido perro no lo habría matado. Las perras en cambio atraían a todos los perros del pueblo en sus épocas de celo, después nadie quería aceptar los cachorros si eran hembras, y esto molestaba al tío Juan. Además había dicho que esa perra no tenía nada particular, nada importante. Yo pensaba que principalmente estaba viva. A pesar de eso, iba a matarla.

Era verano y el mundo estaba hermoso. Ibamos por la orilla del río, y al llegar a la punta donde terminaban las casas mi tío subiría por la colina para matarla en ese descampado que había arriba, para que el olor no molestase a los vecinos. La perra, de tanto en tanto, gemía y se adelantaba a mi tío, se echaba al suelo para llamar su atención, para que él se detuviese. El seguía caminando sin mirarla y entonces ella se levantaba, trotaba un poco detrás de él con la lengua afuera y volvía a adelantarse para echarse a sus pies. Cada vez que se echaba se orinaba, siempre tenía un chorrito de orina para cada miedo. Era su único gesto implorativo. Todo lo demás parecía normal, como si de algún modo aceptase el sacrificio pero no queriendo llegar a su consumación sin haber intentado algo para evitarlo.

Yo también quería evitarlo. Normalmente mi tío respondía a mis preguntas lo mismo que mi padre, con un silencio o una seña para que me fuese. La pregunta de ahora tendría que ser fuerte, sabia, que lo obligase a hablar, para salvar a la perra. "Tengo que pensar algo importante, relacionado con algo

que mi tío
le dijo

que impida que lleve a cabo la muerte de la perra, con el tiempo, con la oscuridad por ejemplo, decirle que cuando lleguemos arriba ya será de noche y no tendrá buena visión, la perra podría escaparse por ejemplo, o fallar el tiro, mejor dejarlo para el día siguiente. O que ha llegado alguien muy importante, decisivo para mi tío, y lo espera en la estación, se trata de algo urgentísimo, caso de vida o muerte, pronto por favor, va a tener que dejar la perra para otra oportunidad, una verdadera lástima pero es así. Pero nada. El cielo estaba claro, los pájaros cantaban, los horneros buscaban barro y pajas en la orilla del río para hacer sus nidos, y la estación de trenes por donde alguien podía llegar estaba muy lejos: en el pasado, en otra ciudad hacía mucho tiempo. Habíamos dejado atrás el río, lo habíamos cruzado sin darnos cuenta, lo sabíamos por los extremos de los pantalones mojados. La perra también estaba mojada y ascendía por la colina pisando esqueletos de caracoles blancos.

Los últimos vecinos saludaron a mi tío normalmente. Todos sabían que iba a matar a la perra y lo aceptaban como un hecho normal. Y al saludarlo le decían cosas congruentes, sobre el tiempo y la salud por ejemplo, ^{sobre los turistas que se van a las ciudades} nada relacionado con la perra, eran cosas que mi tío podía comprender, que existían en el mundo de lo real, no como las que a mí se me ocurrían, que eran puro sonido sin significado. Yo era el único, por mi actitud diferente, que podía intentar que no la matara, y no se me ocurría nada, no tenía palabras. Las palabras estaban ahí mismo, cualquiera podía decir las, pero yo no sabía tocarlas, eran millones y existía una sola valedera, estaba mezclada, perdida en el fondo de los sonidos, en otras ciudades y otros tiempos. Tenía que haber palabras importantes capaces de detener la marcha de mi tío. Dios, por ejemplo. Pero nada, también estaba en el pasado.

Mi tío vio una mancha blanca entre la hierba florecida y sin detenerse me dijo que allí había caracoles vivos. Lo dijo casi con cariño, tan familiarmente, dentro de la dureza que siempre tenían sus palabras, y se agachó rápidamente para recoger algunos. La perra aprovechó esa vacilación o postergación momentánea de la muerte para echarse ante él impidiéndole seguir y yo me

ca pero no era visible. A lo mejor iba a mi lado y yo no lo veía porque caminaba mirando fijamente las baldosas imaginándolas salpicadas de esqueletos de caracoles blancos. Reingresé en mi tiempo y yo mismo cerré la puerta, y enseguida oí que usted le echaba llave. La navidad había terminado, con un poco de ventaja en el tiempo empecé a esperar la otra.

Esperaba el sueño pensando en la respuesta de mi tío. En realidad fue como un regalo inmerecido a una pregunta tan estúpida, inoportuna y mal formulada. Después de todo en sus esquemas del mundo esa respuesta era como un acto de piedad, al fin y al cabo era lo único que él podía decir relacionado con la salvación de la perra, de ese ser viviente que era la perra desde que el mundo es mundo. Me estaba diciendo, pensaba yo, que a pesar de eso la mataría; que el hecho de matar es completamente independiente y nada tiene que ver con el hecho de vivir. Yo había pensado siempre que era un ser libre, y que en circunstancias normales ~~uno~~ uno es como si fuese inmortal. Que con la vida uno adquiría también una garantía. Mi tío había demostrado lo contrario, y esto me permitía ahora estar seguro de mi inocencia. Si me sacaban de la celda para matarme, como habían hecho con otros, no sería porque hubiese cometido algo monstruoso sino porque principalmente estaba vivo.

Me dormí después del cambio de guardia y soñé que mi padre llegaba en puntas de pie y conversaba con usted en la región más iluminada del pasillo. Tenía miedo de que mi padre me acusara de algo muy malo que yo hubiera hecho, que trajera del fondo del tiempo una culpa desconocida. Castíguelo como se lo merece, decía mi padre, y usted, en un gesto bondadoso, dudaba, se llevaba una mano al mentón para pensar. Mi padre le decía que yo había matado una perra inocente, y esto me hacía temblar el corazón de frío, me temblaba como dientes que se golpean escarchados, al lado de la crueldad de mi padre usted era inverosímilmente bueno. Al final de la conversación, sin embargo, mi padre, hablando en voz baja para que yo no lo oyera, le pedía que me cuidara, que me arropara en invierno porque sufría mucho el frío, decía que en el fondo yo era bueno, que había sido hijo suyo desde toda la vida, desde que el mundo es mundo. Y usted no decía una palabra, pensaba y le palmeaba la espalda como diciéndole vaya tranquilo, lo cuidaré tal como lo haría usted mismo.

Esa navidad, por todo lo esperado y recordado, fue la única importante. Las demás pasaron como cualquier noche de cualquier año, apenas diferenciadas por los cohetes lejanos, pasaban sin tocarnos, sin alterar la rutina. Antes que llegara la siguiente yo ya estaba arrepentido del acto pueril de fingir un ataque de estómago para desearle feliz navidad, me parecía peor que preguntar si las perras existían realmente. Ninguno de nosotros se quedaba arrimado a la puerta hasta las doce de la noche para oír los ruidos externos de la navidad. Cuando empezaban a tirar cohetes y el aire oscuro se llenaba de colores artificiales, ya estábamos durmiendo o esperando la hora del cambio de guardia y el recuento para poder dormir tranquilos aunque fuese un par de horas sin linternas que nos alumbrasen o cualquier otro tipo de interrupciones. Ya no me acordaba ni de mi tío, ni de la perra ni de mi padre. Me interesaba, como en cualquier noche sin navidad, que llegase pronto el cambio de guardia para dormir sin sobresaltos. Después me dormía y no soñaba. Simplemente estaba allí, como siempre.

A veces, a tanta distancia, mirando los parques interminables de estas ciudades del exilio, siento que con usted una parte importante de mí se ha perdido. Hay una nostalgia de ciertas líneas de su cara, su aire ligeramente indígena, y perdiendo la mirada en los parques, sin pensar nada, sin ver nada más que grandes árboles y espacios muy quietos, estoy cerca de usted, siento la proximidad de sus manos, que nunca me tocaron, ^(o en otros casos que me besaban) dándome de comer. En estos parques inmensos es posible cierta forma de recuperación de lo perdido allá. En medio de arboledas y ámbitos indeterminados hay un centro preciso donde sin duda está usted con sus llaves y sus silencios, solo, sin prisioneros, sin linternas y sin pasos en la noche, sobre el césped abierto a la luz. Sé positivamente que si yo tuviese capacidad para penetrar estos parques casi inexistentes por su extensión, lo encontraría. Me echaría a andar por los senderos sinuosos sin distraerme en las estatuas o en las fuentes, despreciándolo todo con la mirada puesta adelante hacia esos centros precisos. Lo buscaría a usted decididamente, sin vacilaciones ni reservas. Mejor dicho, lo bus-

Madrid, mis recuerdos

co, lo estoy buscando. Lo he hecho muchas veces. Voy con mi familia, los domingos, paseando en autobús por ~~la ciudad~~ que apenas conocemos, y cuando descubro uno de esos parques me bajo en la parada próxima, pido a mi familia que por favor me dejen solo. Nos veremos más tarde, les digo, y ellos comprenden, saben lo que busco, me han visto muchas veces bajar y correr hacia los parques, saben que eso significa calma para mí. Ahora bien, yo camino en los parques buscándolo, pero con la certeza de que si lo encontrase huiría. Un nuevo encuentro con usted sería intolerable para mí. Me apresaría nuevamente, por las mismas razones que tenía mi tío respecto ^{de} su perra. Todavía no sé qué palabra podría pronunciar yo para detener la acción suya o la de mi tío. Es una palabra que desapareció hace mucho tiempo del corazón de los hombres. Porque antes desapareció del corazón de Dios. Porque Dios mismo desapareció: cuando mi tío mató la perra ya se había ido. Solamente quedamos usted y yo, especies de sobrevivientes de un naufragio.

Entre los restos del naufragio ya podríamos hablar como viejos amigos. Yo soy ese hombrecito que usted vigilaba allá, ¿se acuerda? Hombre, lo felicito por haber salido finalmente, se ve que ha tenido mucha suerte, me dice usted desde ese centro inhallable de los parques del exilio. Habla casi naturalmente, con prudentes reservas, como si aquello que sabemos tan bien no fuese un suceso remoto (¿remoto?), con estas canas, estas arrugas y esta inclinación cansada de la cabeza sobre la tierra de pronto piadosa, con esta vejez ganada en el suplicio, vejez a contraluz de nuestra juventud física, a pesar de la fuerza que todavía tenemos para seguir siendo, ^{pero a lo lejos,} un opresor y un oprimido.

Como dos jubilados tomando sol en un parque de la ciudad. Sí, me parece que me acuerdo de usted. Se refiere a aquel lugar, ¿no? Bueno, han pasado los años y ^{por eso} ~~eso~~ que aquello ya no tiene importancia. Pero creo que usted era ese hombre que siempre tenía frío y me pedía ^{Cobijas} ~~cochinas~~ que yo no podía darle. No, le digo yo, no soy el que usted dice, aunque ese también existe, su celda estaba justo al lado de la mía. Yo soy el que lloraba cuando usted le daba de comer. ¿Que lloraba cuando yo le daba de comer?, dice usted buscando inútilmente en su memoria, ni siquiera he podido llegar a convertirme en uno de sus recuerdos. ¿Llorar porque le daban de co-

mer? No me acuerdo, pero me parece absurdo: cualquier preso se alegra cuando le llevan la comida. Y usted, que nunca estuvo equivocado como yo, que siempre vio las cosas como son y nunca como uno desea que sean, se asombra de que yo recuerde esos detalles. Son cosas muy viejas, dice usted, no tienen ninguna importancia, con el naufragio se acabó todo eso.

Por estos parques interminables de una ciudad que nunca llegaré a conocer cabalmente suelo pasearme con una perra. Ella camina confiada a mi lado, sabe que soy su conexión segura con el mundo, con la inmortalidad de la vida, puede creer con fundamentos que la existencia es indestructible. Corre, se aleja, vuelve, tiembla de pura alegría y de vida desbordante. Yo la espero, de pie en el centro del parque, procurando no mirar lo que miro: su cuerpo cerrándose en el suelo hasta hacer desaparecer la hierba y los esqueletos de los caracoles blancos.

TIERMUSIK

Nº del libro

Su presencia dentro de la guitarra no me provocó ni sorpresa ni asombro. Quizás en todo caso un poco de miedo, que no ^{partía} era ~~mi~~ ^{de mi, es probable que} estrictamente emanaba del propio animal y se mezclaba ^{al mío.} a ~~mi~~. Creo que en ese momento, en vez de analizar conscientemente lo que pasaba, ^{paúse en esos bichos que terrorizan cuando tienen miedo,} ~~me acordé no sé por qué de esos animalitos que abundan en el sur del país que orinan a las personas cuando tienen miedo,~~ ^{y así} y la posible novedad de ^{su} presencia dentro de ^{instrumento} la guitarra ^{se perdió en una distracción} ~~desapareció casi inmediatamente con la evocación de la acción urticante de la orina del animal que yo guardaba en la memoria.~~

^{Cada vez que} Muchas veces me he preguntado por qué acepté tan fácilmente la inserción de ese animal en mi vida particular. ~~He intuido muchas respuestas pero las he abandonado sin concluir las, como si fuese imposible ir más allá.~~ Las respuestas posibles decían por una parte que el animalito pasó por gravitación ^{normal} y sin violencias de ninguna naturaleza a formar parte de mi vida personal, a integrar ese conjunto de cosas que constituyen esa especie de refugio ^{del mundo exterior} que es cada uno; por la otra, que el bicho significaba ^{otra} una violencia externa y un sometimiento ^{más}

pero más de la
mi me, una pérdida más de libertad. Y con la polarización de las respuestas el hecho se me fue de las manos. Pocas ^{di} horas después del suceso yo estaba practicando mis escalas diarias como si nada hubiese pasado. El ruido reptante de sus patas en el interior del instrumento no era más molesto que el de mis dedos al deslizarse sobre el entorchado de las cuerdas. Incluso ambos ruidos se parecían hasta confundirse en uno solo. Esa mezcla de pronto familiar era la forma que tomaba mi aceptación de casi todos los hechos, que apenas comprendía. Para lo que me tocaba vivir, para lo que sucedía entonces, un animal así dentro de la guitarra no era nada insólito. Lo verdaderamente insólito era entonces la realidad cotidiana.

El es un pequeño reptil que no se parece a ninguno de los conocidos; quizás un producto del microclima de esta región aislada en un país inabarcable. Los individuos de su especie son escasos y se distinguen por su afición a la música. Esta, o lo que captan de ella, los atrae de noche de la misma forma que la luz a los insectos.

Generalmente se acercan al sonido como con miedo, y desde una distancia que ellos mismos eligen, idéntica para todo individuo, escuchan y argumentan ^{ello} en sus vísceras quién sabe qué representaciones. Personalmente no creo, pese a las evidencias, que sean verdaderamente sensibles a la música. Pienso que buscan en ella otra cosa, algo así como lo que creen que la música es, limitados por su naturaleza. Quizás la conciencia ^{de} *decan la transformen en impulsos, energías, representaciones plásticas, memorias, rayos a través*

ciban como una fuente de calor a causa de su piel muy fina y ^{sensible al foto.} y friolenta. Es como si oyeran con la piel. Nunca pude ubicar sus oídos. La distancia que eligen es siempre la misma. En las noches de verano, cuando el reflejo lunar permite percibirlos, es posible comprobar que todos ellos equidistan del instrumento musical u origen del sonido como los puntos de una circunferencia de su centro. ^{Reflejando siempre la antena} Nunca vi a ninguno alterar esa distancia común a todos ellos.

La importancia de tener un animalito así dentro de la guitarra, mejor dicho de que uno de ellos eligiera voluntariamente esa convivencia, es enorme si se piensa que no pueden vivir sin libertad. Si uno los captura mueren inmediatamente.

Y si los manosea desaparecen, se deshacen. Si tuviera que definirlos diría que, aunque vivientes, ^{algo de ellos padeció} son especies de cosas, ^{objetos} poseedoras de una naturaleza provisional que les permite andar ^{provisoriamente} por el mundo. ^{Acaso anden solamente de la que entiendo por los as} ^{para por la vida y el mundo,} ^{acaso ellos finalmente se}

^{Es difícil nombrarlos.} No conozco a más de dos o tres personas de este pueblo que le den el mismo nombre. Tampoco figura en las zoonimias. Algunos lo llaman, por ejemplo, Provisionalidad; otros, ~~Intemperie~~, Mientras, ^{Alrededor}; la gente supersticiosa, Daño. Pero no en ^{Es difícil} español, donde no tienen ^{abi-pakbia} ~~cación lingüística~~; sus distintos nombres existen en sobrevivencias lingüísticas indígenas. Mi madre inventó la palabra Tiermusik para el ejemplar nuestro, pero muchos años después, cuando el animal ya no existía, y nosotros, ^{al menos dignamente,} ~~prácticamente~~, tampoco. Una palabra, según ella, demasiado hermosa para una basura de la biología.

2biológica

-4 debió ser
situación ~~exclusivamente~~

La nueva realidad ~~fue~~ difícil para él. Toda adaptación supone cambios, y para un animal que afronta la realidad ^{se seguramente} sin defensas representaciones mentales el padecimiento es puramente visceral. No puede expresarlo ni pensarlo; está el dolor pero no la palabra para decirlo o gritarlo. Para él no se trataba de una conformidad como en el caso mío al aceptar el hecho nuevo, sino de una especie de identificación con la ^{herida mismo} ~~cosa lastimada~~. En su vida anterior ^{a su salto al interior de mi guitarra, seguramente} el sonido era para él una cosa accidental que puede ^{compartirse o no} contemplarse. La nueva vida en el interior del instrumento ^{supuso} suponía quizás una ^{participación} contemplación permanente ^{no era estrictamente así} en el sonido. Pero ~~las cosas no se presentaban así~~. Vivir dentro de la guitarra no significaba música, para que la hubiera se necesitaba de alguien que la tocara. Este hecho, absolutamente imposible de ser percibido o intuído por el Tiermusik, era sin embargo su ^{Verdadero} única realidad. El esperaba el sonido como único resultado posible y única justificación del salto que había dado, pero era probable que ese sonido no llegara nunca si yo dejaba de tocar para siempre por algún motivo posible. Y aun sin llegar a esta situación extrema, su espera podía ser inútil, porque nadie sabe cómo miden ellos el tiempo, ^{imposible saber} nadie sabe qué eternidad puede abrirse para el animal ^{en un silencio de cordón por ejemplo} si uno está dos días ausente. Y si la espera de sonidos se medía por ansias o padecimientos, entonces su tiempo, en el que me complicaba, estaba lleno de muertes y resurrecciones sucesivas, de eternidades paralelas, de mutaciones y postergaciones y otros inútiles horrores, que empezó a trans-

ferirme con sus caídas al fondo del instrumento cuando lo alzaba para tocar, y sus salidas bruscas del mismo lastimándose la piel entre las cuerdas y la madera cuando yo tocaba las notas muy agudas que él no podía tolerar, y tenía que refugiarse en los estantes de la biblioteca mirándome asustado con sus ojos de carbón, y contagiándome ^{su} ~~el~~ miedo. Mi mano estaba acostumbrada a su peso. Aunque no lo oyese resbalar hacia abajo, sabía, por el peso del instrumento, si estaba adentro o había salido. Aunque faltase horas, el Tiermusik (generalmente volvía por la noche, especialmente en invierno. Cuando no estaba, yo aprovechaba para practicar las escalas muy agudas. Estando él, las evitaba cuidadosamente. La convivencia así era casi perfecta. El hecho de salir y volver demostraba que su salto no había sido puramente mecánico o casual. De haber sido así, todos los Tiermusik de este pueblo se hubieran metido en mi guitarra. Fue un deseo, un ansia de él en particular que lo llevó a un padecimiento que ahora compartíamos. Yo no sabía qué buscaba él dentro de mi guitarra y si lo había logrado o no. Tampoco sabía qué significaba para mí, si era un intruso en mi vida o simplemente parte de ella. Lo que sí sabía era que el mundo estaba lleno de espantos por un lado y de amor por el otro, y que esto no era ni lo uno ni lo otro, nosotros en este pueblo no vivimos, nos bambolemos. Lo mismo le pasaba a él cuando aparentaba mirarme desde su opacidad en los estantes de la biblioteca. Para él lo importante era la guitarra y el sonido posible. El ^{me miraba como} ~~en realidad~~ estaba mi-

ya era como un arte

6
su composición de ramos y de
rando un árbol sin captar (el movimiento de las hojas, yo era
un paisaje para él, algo que a pesar de estar enfrente de uno
no comprenderemos jamás, desde que los paisajes están defini-
tivamente fuera de nosotros. Pero nos bamboleábamos juntos.

Mi madre no soportaba la presencia del Tiermusik en casa.
Tuvo ataques de miedo, ^{histerico} dijo que nos perseguirían por eso, que
a nosotros sin duda nos castigarían severamente pero que a
ella, por ser extranjera, en cinco minutos la pondrían en la
frontera y se vería obligada a transitar un camino que la ~~pon~~
llevaría directamente al corazón de sus verdugos! ^{que seguirian} Nunca su-
pe por qué mi madre vino a vivir a este país y a este pueblo,
^{trumentandola entre años y distancias}
ni por qué huyó del suyo; como tampoco sé de dónde es. En ge-
neral no sé nada del mundo: tengo bastante con mi Tiermusik.
La última vez que toqué en público fue una tortura para ella.
El Tiermusik soportó bien todo el concierto a pesar de las
notas agudas. Las soportó maravillosamente sin producir un
escándalo en la sala. Cuando terminé y me paré para saludar,
con la guitarra colgando de una mano, las patas del Tiermusik
resbalaron hacia el fondo de la caja sonora. Mi madre estaba
oyendo ese ruido, según vi en las alteraciones de su cara
los colores cambiantes de la piel que avanzaban desde el
blanco hasta el mismo centro del miedo. ^{(como si este fuera}
No sé si los demás ^{lo ella clamo el}
advirtieron la presencia del animal, pero estoy seguro de que
^{corazón de sus verdugos}
a esa altura de los acontecimientos todo el pueblo sabía de
su ^{existencia} ~~presencia~~ dentro de la guitarra pero lo callaban, cada uno
lo guardaba para sí evitando de este modo que llegase a los
oídos de las jerarquías y el consiguiente destierro de noso-

tros. El miedo de mi madre no se perdió en el aire ni terminó en su cara: se pasó a mí y se me metió en la sangre. Yo saludaba al público mientras mi sangre tenía miedo de que el animal saliese asustado, con la piel reventada por las vibraciones altas, y se refugiara entre el público, atacara a las autoridades, mordiera las piernas de sus esposas, ~~un~~ ^{el} concierto ~~que~~ ^{se} acababa en un desastre. Pero el Tiermusik, como si él también tuviese miedo, se mantuvo muy quieto en el fondo de la caja, incluso cuando uno de los jefes principales se acercó para felicitarme y se interesó por la marca de la guitarra examinándola por dentro, mientras mi madre, seguida por mi padre, se refugiaba en un rincón poco iluminado y se tomaba la cabeza en actitud de sacrificios extremos diciendo que el mundo estaba lleno de verdugos, que la superstición de los nativos (en nuestro pueblo quedan muchos indios todavía) la condenaría finalmente, que volvería a su tierra para que la matasen de una vez por todas.

En casa todos tocan algún instrumento de arco. Mamá trajo de Europa un baúl lleno de partituras. Cuando logró que en el pueblo aceptaran la música como algo inofensivo dedicó veinte años de su vida a civilizar musicalmente a los indios, que tienen un oído maravilloso. Durante mucho tiempo hemos tocado una vez por año en la sala pública, para el aniversario de la fundación del pueblo. A pesar de que en casa negaron siempre mis posibilidades musicales, sobre to-

do porque para mi madre los instrumentos de cuerda pulsada no existen, en el pueblo siempre me consideraron un artista de gran talento, alguien que trascendió las posibilidades de la aldea natal y que se irá pronto a conquistar el mundo. ¿Cuándo te vas? ¿No te das cuenta de que en este pueblo no hay posibilidades para un músico tan bueno? Eran las cosas que me decían todos, y esto era para mí como asegurar la partida.

Después del último concierto ~~en el pueblo~~ ^{La música, oficialmente, pasó a ser una actividad peligrosa, los motivos dejaron de contar, fueron condenados a silencio perpetuo.} pasó algo que ^{que} aumentó ^{los} los temores de mi madre. Aisló la casa del resto de la población y a mí dentro de la casa. Mi habitación se convirtió en un suburbio lleno de ruidos exteriores de origen impreciso. Era como estar viviendo en el interior de un instrumento, como mi Tiermusik. Desde entonces hasta ahora, cuando ^{hacemos música en casa, con cordura y en secreto,} ~~ensayan~~, cierran cuidadosamente las aberturas para que el sonido no salga de la casa. A mi madre se le ha vuelto a dibujar en la cara, según mi padre, ^{el mismo rictus de pánico} la misma expresión de ^{terror} ~~la~~ ^{recordar} presagios que tenía cuando llegó de Europa con su baúl de música. Era, dice él, una expresión muy triste que después se le borró con los hijos y los años. Ahora le ha vuelto, al borde de su vejez. A veces me siento culpable de todo esto. El Tiermusik desapareció hace mucho. Pero vive en ^{mi} ~~la~~ memoria ~~de mi madre.~~ Y en la mía, por supuesto.

A esta altura de mi vida, estoy muy lejos de ser el talentoso hijo de la aldea que saldrá a llenar el mundo con su música. ^{El miedo me ha inmovilizado} En la calle, las pocas veces que salgo, me ~~salgan~~

misma con desconfianza, se cruzan ~~de~~ ^{de} los otros vereda, como
~~aparatosamente sacándose el sombrero, reverencias a lo que~~
~~podría haber sido, no a lo que soy.~~ ^{Si yo fuera un individuo peligroso} En realidad se trata de
~~una nueva forma de indiferencia.~~ Es también como si tuviesen
~~miedo de hablar conmigo. No sé si es comprensión o compasión.~~
~~Lo más probable es que sean las dos cosas juntas.~~

Mientras tanto el mundo ^{circunstancial} a nuestro alcance cambia rápidamente, aunque nosotros ^{apenas} no lo sabemos. No salgo a ninguna parte para evitar que ciertos individuos se retiren de la reunión cuando me ven aparecer. Además me cuesta mucho seguir una conversación. Si me siento obligado a decir algo, a sustituir con palabras este silencio que es mi sobrevivencia, digo cosas que parecen incomprensibles y en general no sé nada de nada. La gente acepta sin discusión las barbaridades que digo. Procuro que mis palabras se adapten al tema de la conversación, a la realidad tratada, haciendo un gran esfuerzo, pero mientras hablo advierto que ^{lo que digo} mis palabras tienen intenciones que ni yo mismo conozco cabalmente. Todo esto me ha impedido luchar, amar y todo lo demás; sólo me ha permitido sobrevivir. Así, sé que siempre parezco alguien que está de más en toda circunstancia. A veces envidio al Tiermusik. El finalmente encontró ^{una forma de} su libertad en mi guitarra. Yo no puedo encontrarla en este pueblo. ^{Para nosotros en cambio la libertad se hace cada vez más a la palabra nunca.}

Esos animales, por lo que he visto, tienen posibilidades de saltar sobre sus propios sentidos, pueden inventarse una libertad. Nosotros, en cambio, no podemos, por una razón muy

simple: estamos en el final de la aventura. Yo supe siempre, aun antes de la aparición del Tiermusik, que todo esto estaba bloqueado. Pero el hecho de saberlo no significa abandonar los deseos de salir de aquí. Las cosas que suceden nos hacen creer que la libertad es inútil, que todo intento de salir aniquila. Por eso protegí a mi Tiermusik, para que no le pasara lo mismo, aunque fuese, como decía mi madre, una especie de ^{biológica} ~~basura~~ ~~Basura musical~~. Limbos, Arrabales. ~~Quizás sea eso lo único que se~~ ^{Quizás sea eso lo único que se} ~~salve, cuando todo esto se destruya, de pura obscuridad.~~

La última vez que salí a caminar por ahí, personas que me conocen (y que yo he olvidado) me advirtieron sobre algunas cosas. Dijeron que había muchos peligros, que era largo de explicar lo que había sucedido en los últimos tiempos, pero que no tuviera miedo, que con un poco de cuidado no me iba a equivocar. Que nada fundamental había cambiado, aunque existían muchas situaciones nuevas, ^{desaparecidos, torturas, esas cosas} que no había que tener miedo pero era peligroso, por ejemplo, salir con guantes en un día de lluvia. ^{Absurdo, claro, como todas}

Muchas veces ^{pese a todo} pensé salir de aquí. Huir. Si yo pudiera, saldría ^{estúpido} ~~de aquí~~, ^{quisiera huir hacia algo así como} ~~huiría~~ a mi tierra natal. Pero hay una dificultad insalvable: esta es mi tierra natal. ¿Adónde huir entonces?

Alimento esa esperanza a pesar de todo. Presiento que debe haber un lugar en el mundo adonde yo pueda ir, mejor dicho huir. No sé cómo es ese lugar. Acaso no exista. Pero si uno cierra los ojos con intención de mirar es posible, a veces, divisar alguno de sus contornos.

Carlos Spagnolo | P20 y

(93) 2150634 | Usos,
y dirección

Ofrecer libro mi nueva
de cemento dirección



Passato.

M. Vislin

Rolsto del halcón verde

Al otro lado del mar

En la atmósfera

~~carta al carcelero~~

Tiesmasik

Quelamin

